

CIC

000000

LIBRARY

UNIVERSITY OF TORONTO

PC2499

C98

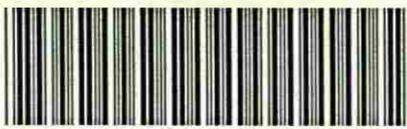
v.1

PC2499

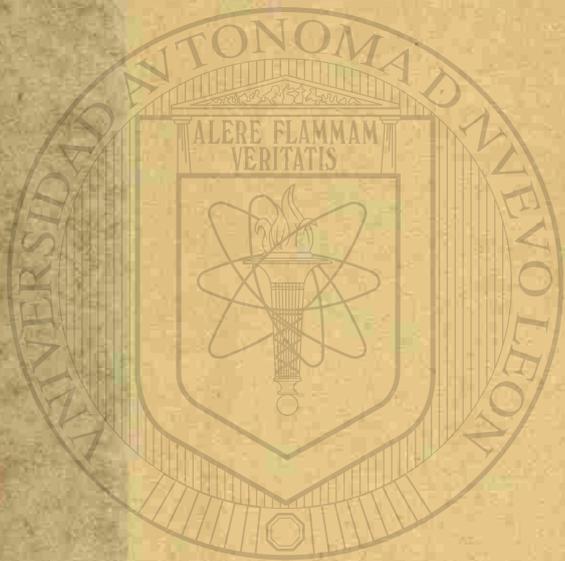
C98

v.1

286r



1020026896



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
FONDO RICARDO COVARRUBIAS



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

LA RALEA

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Emilio Zola

LA RALEA

(LA CURÉE)

Traducción de

EMILIO M.^a MARTINEZ

Tomo I

101161

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

JUAN DE GASSO - EDITOR — Sucesor de GASSÓ HERMANOS
Santa Teresa, 4 y 6 — BARCELONA

30846

Núm. Clas

Núm. Aut

Núm. ABGATIS

Proceden

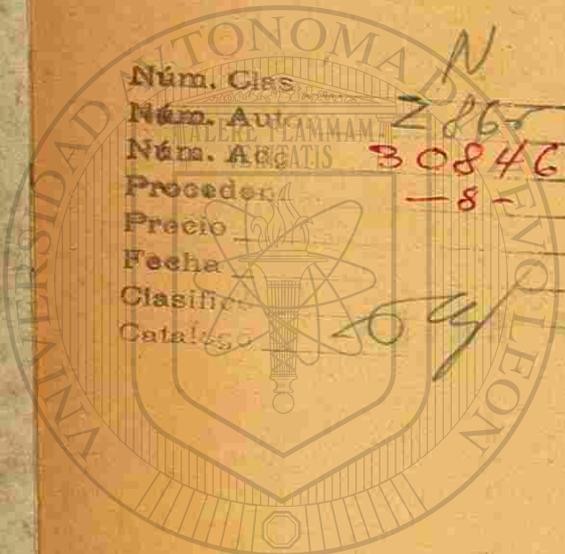
Precio

Fecha

Clasific

Catalago

N
286
30846
-8-
304



843

Z.

PQ 2499

.C98

v.1



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

LA RALEA

I

Era tanta la aglomeración al regreso de carruajes que volvían por la orilla del lago, que la carretela tuvo que marchar al paso. Hubo un instante en que los obstáculos aumentaron en tal medida, que hasta le fué preciso detenerse.

El sol declinaba a su ocaso en un cielo de octubre gris claro, surcado en el horizonte por ligeras nubecillas. Los últimos rayos, que se desprendían de las lejanas espesuras de la cascada, enfilaban el arrecife, cubriendo con claridad rojiza y pálida la interminable hilera de coches que se habían quedado parados. Los dorados reflejos, los vivos resplandores que despedían las ruedas, parecían haberse fijado en los pajizos colores de la carretera, cuyos tableros, de azul obscuro, reflejaban trozos del paisaje que se extendía alrededor. Y, sentados en el pescante, en plena claridad rojiza que les iluminaba por la espalda y que hacía relucir los botones de cobre de sus capotes, medio doblados sobre el asiento, el cochero y el lacayo, con su librea azul obscuro, con sus calzones blancos y con sus chalecos de rayas negras y amarillas, se mantenían rígidos, graves y pacientes, como servidores de buena casa, a quienes la confusión

de vehículos no llega nunca a hacer salir de sus casillas. Sus sombreros, adornados con escarapela negra, revestían gran dignidad. Tan sólo los caballos, soberbio tronco bayo, piafaban impacientes.

—¡Calle!—dijo Máximo,—allá lejos, en aquel cupé, está Laura de Aurigny... Mira, Renata.

Renata se incorporó ligeramente y entornó los ojos, con aquel gracioso mohín que le imprimía la debilidad de su vista.

—Yo la creía sabe Dios dónde—dijo.—Ha cambiado el color de los cabellos, ¿verdad?

—Sí—contestó Máximo echándose a reír;—su nuevo amante tiene una gran ojeriza al rojo.

Renata, echada hacia adelante, con la mano apoyada en la portezuela del coche, miraba, despierta ya del triste ensueño que desde hacía una hora la mantenía silenciosa, recostada en la testera del coche, como en un sillón de convaleciente.

Llevaba sobre un vestido de seda, color de malva, con delantal y túnica, adornado con anchos volantes rizados, un gabancillo de paño blanco con vueltas de terciopelo, que le comunicaba un aspecto de seductora desenvoltura. Su extraña cabellera, color amarillo pálido, de manteca fina, apenas quedaba oculta por un ligero sombrero adornado con una porción de flores de Bengala.

Continuaba guiñando los ojos, con su aspecto de jovenzuelo impertinente, con su frente pura, surcada por profunda arruga, con su boca, cuyo labio superior que sobresalía un tanto, se asemejaba al de un muchacho enfurruñado. Como no veía gran cosa, tomó el lente, un lente de hombre, con armazón de concha y teniéndolo en la mano, sin apoyarlo en la nariz, se puso a examinar a la corpulenta Laura de Aurigny a

su entero sabor, y con ademán del todo tranquilo.

Los carruajes continuaban estacionados. Entre las uniformes manchas de color obscuro que formaban las interminables hileras de los cupés, sobrado numerosos aquella tarde en el Bosque, relucían al lado de un cristal el bocado de un caballo, el plateado mango de un farol, los galones de un lacayo encaramado en su asiento del pescante. Acá y acullá, en un landó descubierto, brillaban telas espléndidas, tocados de mujer, sedas o terciopelos. Poco a poco había llegado a reinar un gran silencio en medio de aquel barullo, quedando todo inmóvil; de modo que desde el fondo de los carruajes se oían las conversaciones de los transeúntes. De portezuela portezuela cambiábanse mudas miradas, y nadie conversaba ya en aquella espera, interrumpida tan sólo por el crujir de los arneses y el impaciente piafar de los caballos. A lo lejos los confusos rumores del Bosque se desvanecían.

A pesar de lo avanzado de la estación, allí se encontraba todo París: la duquesa de Sternich, en un carruaje de gran gala; la señora de Lauwerens, en una victoria tirada por magnífico tronco; la baronesa de Meinhold, en un maravilloso birloche arrastrado por soberbios caballos castaños; la condesa Vanska, con sus jacas de abigarrada piel; la señora Daste, con sus famosos alazanes negros; la señora de Guende y la señora Teissiere, en cupé; la pequeña Sylvia, en un landó azul obscuro. Veíase también a don Carlos, vestido de luto, con su servidumbre de librea antigua y solemne; a Selim pachá, con su fez y sin su ayo; a la duquesa de Rozán, en su cupé-egoísta, con librea empolvada de blanco; al señor conde de Chibray, en su *dogcart*; al señor Simpson, en un *mail* de lo más elegante; toda

la colonia americana. No había que olvidar dos académicos, en sencillo fiacre.

Los primeros carruajes pudieron al fin desenvolverse, y poco a poco toda la fila no tardó en ponerse en movimiento, aunque con lentitud. Fue aquello como un despertar. Millares de resplandores aparecían aquí y allá, repentinos relámpagos cruzábanse en las ruedas e incesantes chispas se desprendían de los arneses agitados por los caballos. Por el suelo y sobre los árboles se extendían anchos y cristalinos reflejos. Aquel centelleo de los arneses y de las ruedas, aquel relumbrar de los charolados flancos de los vehículos en que parecía arder la roja brasa del sol poniente; todos aquellos vivos matices que se desprendían de las deslumbradoras libreas, destacándose sobre el celaje, y los lujosísimos trajes de las damas, que desbordaban de las portezuelas, todo parecía por tal modo arrasado en el rumor sordo, continuo y cadencioso del trote de los caballos. Y el desfile prosiguió, acompañado de los mismos ruidos y en las mismas horas, sin cesar y en un solo rayo de luz, como si los coches delanteros hubiesen tirado de los demás que iban tras ellos.

Renata se había abandonado al ligero movimiento de la carretela que se había puesto en marcha, y dejando caer el lente, había vuelto a medio recostarse sobre los almohadones. Sintiendo algún frío, atrajo hacia sí un extremo de la piel de oso que cubría el interior del carruaje como con un manto de sedosa nieve; sus enguantadas manos fueron a hundirse en la suavidad de la rizada piel. Habiase levantado un vienteccillo norte algo fresco. Aquella templada tarde de octubre, al comunicar al Bosque un retoñar de primavera que hizo salir a las señoras de la

aristocracia en carruaje descubierto, amenazaba terminar en noche de intenso frío.

Durante algunos momentos la joven permaneció arrebuñada, en su calentito rincón, entregándose al voluptuoso balanceo de todas aquellas ruedas que giraban a su vista. Después, volviendo el rostro hacia Máximo, cuyas miradas desnudaban con toda tranquilidad a las mujeres que se ostentaban en los cupés y en los landós vecinos:

—Pero ¿es cierto—le preguntó—que te parece bonita esa Laura de Aurigny? La elogiabas tanto el otro día cuando se anunció la venta de sus diamantes!... A propósito, ¿no has visto el collar y la piocha que tu padre me compró allí?

—En verdad que mi padre hace bien las cosas—dijo Máximo sin contestar y con maligna sonrisa.—Así encuentra medio de pagar las deudas de Laura y de regalar diamantes a su mujer.

La joven se encogió ligeramente de hombros. —¡Ah, libertino!—murmuró sonriendo.

Pero el joven habiase inclinado hacia adelante, siguiendo con la vista una dama cuyo vestido verde le interesaba. Renata había inclinado hacia atrás la cabeza, con los ojos medio cerrados mirando perezosamente a ambos lados de la avenida, aunque sin fijarse. Por la derecha desfilaban lentamente los verdes sotos, los achaparrados árboles de rojizas hojas y de mezquinas ramas; de vez en cuando, por la avenida reservada a los jinetes, atravesaban caballeros de delgado tallo, cuyas monturas, al galopar, levantaban nubecillas de sutil aroma. A la izquierda, al pie de las angostas fajas de césped que descienden recortadas a modo de canastillas y de macizos de verdura, el lago dormía con transparencia de cristal, sin la más leve espuma, como

recortado con toda limpieza en sus orillas por la azada de los jardineros; y a la otra parte de tan claro espejo, las dos islas, entre las cuales el puente que las une formaba una barra gris, alzaban sus risueñas escarpaduras, haciendo resaltar, bajo el pálido celaje, las teatrales líneas de sus abetos, de sus árboles de perpetuo follaje, cuya sombría verdura reflejaba el agua, semejantes a franjas de cortinajes graciosamente dispuestos en el límite del horizonte. Aquel rincón de la naturaleza, aquella decoración que parecía recién pintada, bañábase en ligera obscuridad, en azulado vapor que acababa de prestar a las lontananzas un exquisito embeleso de apariencia encantadora. En la margen opuesta, el *Chalet de las Islas*, como si hubiese sido barnizado la víspera, ofrecía resplandores de juguete acabado de comprar; y aquellas franjas de arena amarilla, aquellas estrechas avenidas de jardín que serpentean por entre el musgo y se envuelven en torno del lago, festoneadas de aros de hierro imitando varas rústicas, se destacaban por modo extraño en aquella hora del crepúsculo, sobre el verde suave del agua y del césped.

Acostumbrada a los artificiales atractivos de aquellos puntos de vista, Renata, dominada de nuevo por sus displicencias, había entornado por completo los párpados, sin mirar ya otra cosa que sus delgados dedos, en los que se entretenía en enrollar, a manera de husos, los largos mechones de la piel de oso. Mas a consecuencia de una brusca sacudida en el trole regular de la hilera de coches, levantó la cabeza y saludó a dos mujeres jóvenes, recostadas una al lado de otra con amorosa languidez, en una lujosa carretela, que se apartaba con gran estrépito de la orilla del lago, para alejarse por una avenida lateral.

La señora marquesa de Espanet, cuyo marido, edecán a la sazón del emperador, acababa de unirse ruidosamente al escándalo de la antigua nobleza mohina y despechada, era una de las más ilustres mujeres de mundo del segundo imperio; la otra, la señora Haffner, se había casado con un famoso industrial del Colmar, veinte veces millonario, y del que el imperio hacía un hombre político. Renata, que había conocido en el colegio a las dos inseparables, como se las designaba con cierta malicia, las llamaba Adeline y Susana, que eran sus respectivos nombres de pila.

Y como después de dirigir su sonrisa a ambas amigas, se dispusiese de nuevo a arrebujarse en el fondo del coche, una carcajada de Máximo hizo que de nuevo se volviera.

—No, en realidad estoy triste, no te rías, esto es serio—dijo al ver que el joven la contemplaba en són de burla, figándose de su abatida actitud.

Máximo, en tono impertinente, contestó:

—A lo que se ve, tenemos nuestras grandes melancolias. ¿Si estarias celosa?

Renata pareció de veras sorprendida.

—¡Yo! —exclamó.— ¿Por qué habria de estarlo?

Luego agregó con un mohín desdeñoso, como si hiciese memoria:

—Ah, sí, de la gran Laura. ¡Bah! apenas me acuerdo de ella. Si Aristides, como queréis todos hacérmelo comprender, ha pagado las deudas de esa muchacha, evitándole por tal modo un viaje al extrajero, es porque es menos apasionado por el dinero de lo que yo creía. Esto va a ponerle un gran predicamento para con las damas... Por mi parte, bien libre está el buen señor.

Sonreíase mientras pronunciaba aquel "buen señor" en tono rebosante de indiferencia amistosa. Y de súbito, volviendo a ponerse triste y paseando en torno suyo esa mirada de desesperación de las mujeres, que no atinan a qué distracción entregarse, dijo en voz queda:

—¡Oh! Bien lo quisiera... Pero no, no soy celosa, no lo soy en absoluto.

Y se detuvo, como si vacilara. Por último, con brusco acento, prosiguió:

—Ya tú lo ves, me aburro soberanamente.

Entonces se calló y se mordió los labios.

La hilera de coches continuaba desfilando a la orilla del lago con acompasado trote, con cierto murmullo de catarata lejana. A la izquierda, entre el agua y la calzada, se veían entonces bosquecillos de verdes árboles, de rectos y delgados troncos, que formaban curiosos haces de columnillas. A la derecha los sotos y los árboles enanos se habían acabado ya; el Bosque ostentaba extensos prados de césped, inmensas alfombras de verde hierba, interrumpidas acá y allá con grupos de corpulentos árboles; las verdes praderas veíanse siempre, unas tras otras, formando ligeras ondulaciones hasta la Puerta de la Muette, cuya verja se distinguía de lejos, semejante a un trozo de encaje negro extendido a ras del suelo; y allá en las cuevas, en los parajes en que las ondulaciones descendían, las hierbas aparecían de azulado matiz.

Renata miraba con los ojos fijos, como si aquella dilatación del horizonte, aquellas sedosas praderas, humedecidas por la brisa vespertina, le hubiesen hecho sentir con más energía el vacío de su existencia.

Tras de corto silencio, repitió con acento de reconcentrada cólera:

—¡Oh! sí, me aburro, me aburro hasta no poder más.

—Ya sabes que tu carácter no es de lo más regocijado—dijo tranquilamente Máximo.—Culpa es de tus nervios, seguramente.

La joven volvió a sentarse en la testera del coche.

—Sí, sí, estoy nerviosa—contestó con sequedad.

Después, con acento maternal, prosiguió:

—Voyme haciendo vieja, querido hijo mío; pronto cumpliré los treinta... Esto es horrible; en nada encuentro ya placer... Tú, a los veinte años, no puedes formarte una idea...

—¿Me has traído por ventura aquí para confesarte?—interrumpió el joven.—Sería cuento de nunca acabar.

Renata acogió esta impertinencia con débil sonrisa, como una genialidad de niño consentido a quien todo se le permite.

—Te aconsejo que te quejes—continuó Máximo.—En trajes y demás gastas más de cien mil francos al año, habitas en un espléndido hotel, tienes soberbios caballos, tus caprichos son leyes, y los periódicos se ocupan de todos y cada uno de tus vestidos nuevos, como si se tratara de un acontecimiento de la mayor gravedad; las mujeres de ti están celosas, y los hombres hasta darían diez años de su vida para besarte tan sólo las yemas de los dedos... ¿Es o no verdad?

Renata hizo con la cabeza un signo afirmativo, sin contestar una palabra. Bajando los ojos, volvió a rizar los mechones de la piel de oso.

—Vaya, no seas modesta—continuó Máximo;—confiesa lisa y llanamente que eres una de las columnas del segundo imperio. Entre nosotros estas cosas pueden decirse. Por do quiera,

en las Tullerías, en casa de los ministros, en la de los simples millonarios, abajo y arriba, reinas como verdadera soberana. No hay diversión ni placer en donde no te hayas metido, y, si me atreviera, si el respeto que te debo no me contuviera, diría...

Detúvose unos segundos y se puso a reír; después dió fin por modo libre a su frase:

—Diría que has probado todas las manzanas. Ella no pestañeó siquiera.

—¡Y dices que te aburres!— repuso el joven con cómica viveza.—¿Hay lástima mayor? ¿Qué es lo que quieres? ¿Qué es lo que sueñas?

Renata se encogió de hombros como para decir que no lo sabía. Aunque había bajado la cabeza, vióla entonces Máximo tan seria, tan sombría, que no dijo una palabra más. Púsose a mirar la hilera de coches que, al llegar al extremo del lago, se ensanchaba y llenaba la amplia encrucijada. Los carruajes, ya no tan numerosos, daban la vuelta con exquisita gracia, y el más rápido trotar de los bridones resonaba con estrépito sobre la tierra dura.

Entonces la carretela, al dar la gran vuelta para ponerse en hilera, experimentó una oscilación que produjo en Máximo un deleite especial. Entonces, cediendo al deseo de abrumar a Renata:

—¡Vaya!—le dijo,—¡merecerías ir en coche de alquiler! ¡y te estaría bien empleado! Mira, mira ese gentío que regresa a París, esa multitud que se arrastra a tus plantas. Se te saluda como si fueses una reina, y poco falta para que tu excelente amigo, el señor Mussy, no te eche besos.

Efectivamente, un caballero saludaba a Renata. Máximo había hablado en tono hipócritamente burlón; mas Renata apenas se volvió, y

se encogió de hombros. Aquella vez el joven hizo un mohín de despecho.

—Pero, ¿en eso estamos?... En verdad, si todo lo tienes, ¿qué es lo que apetece aún?

Renata alzó la cabeza. En sus ojos fulguraban vivísimas claridades como una ardiente sed de curiosidad no saciada.

—Quiero otra cosa—contestó a media voz.

—Mas, una vez que todo lo tienes—repuso Máximo riendo,—otra cosa nada significa... ¿Cómo, pues, otra cosa?

—¿Cómo?—repitió Renata.

Y no prosiguió. Habíase vuelto por completo, y contemplaba el extraño cuadro que se desvanecía a su espalda. La noche se había casi ya echado encima; un lento crepúsculo parecía como si hiciese llover sobre la tierra una finísima ceniza. El lago, visto de frente, a la pálida claridad que se deslizaba todavía a flor de agua, se redondeaba, semejante a una inmensa placa de estaño; a ambas orillas los bosquecillos de verdes árboles, cuyos troncos delgados y rectos parecían salir de la dormida alfombra de verdura, diríase que en aquella hora tomaban la forma de columnatas violáceas, dibujando con su arquitectura regular las estudiadas curvas de sus riberas; luego, en el fondo, elevábanse espesuras de árboles; colosales follajes, confusas y extensas manchas oscuras cerraban el horizonte. Tras de aquellas manchas se percibía, como encendidas ascuas, una puesta de sol medio desvanecida, que no inflamaba sino un jirón de la inmensidad cenicienta. Por encima de aquel lago inmóvil, de aquella enana arboleda, de aquel panorama tan desprovisto de accidentes, la inmensidad del cielo se ofrecía, infinita, más profunda y más exenta aun. Aquel inconmensurable pedazo de cielo sobre tan pequeño rin-

cón de la naturaleza, producía un estremecimiento, una vaga tristeza; se desprendían de aquellas pálidas alturas tan otoñal melancolía, tan tenue y dolorosa obscuridad, que el Bosque, envuelto paulatinamente en un sudario de sombra, perdía sus gracias mundanales y se engrandecía, por el contrario, con el encanto poderoso de las selvas. El rodar de los carruajes, cuyos vivos colores se desvanecían en la sombra, se distinguía semejante a rumores lejanos de hojas caídas y de corrientes aguas. Todo se movía extinguiéndose. En el desfallecimiento universal, en medio del lago, la vela latina de la grande barca de paseo se destacaba, limpia y vigorosa, sobre la fulgurante ascua del ocaso. Y no se veía ya más que aquella vela, aquel triángulo de tela amarilla, ensanchada desmesuradamente.

Renata, dominada por su hastío, experimentó una singular sensación de no manifestados deseos en presencia de aquel paisaje, para ella ya desconocido, de aquella naturaleza tan artísticamente mundanal, convertida por la obscura noche en bosque sagrado, en una de esas ideales cañadas en cuyo fondo los antiguos dioses ocultaban sus gigantescos amores, sus adulterios y sus incestos divinos. Y a medida que la carretela se alejaba, parecían que el crepúsculo se llevaba tras ella, en sus venas temblorosas, la tierra del ensueño, la vergonzosa y sobrehumana alcohada en donde por fin hubo saciado su corazón enfermo, sediento de goces.

Cuando ya el lago y los bosquecillos, desvanecidos en la obscuridad, no fueron sino una línea negra a ras del horizonte, la joven se volvió bruscamente, y con acento en que se mezclaban lágrimas de despecho, volvió a su interrumpida frase, exclamando:

—¿Que qué?... otra cosa, ¡pardiez! quiero

otra cosa. ¿Lo sé yo acaso? Si lo supiera... Pero, créeme, estoy hasta la coronilla de tanto baile, de tantas cenas, de tantas y tantas fiestas. Siempre lo mismo. Hay para morir. Y luego, los hombres son tan fastidiosos... Oh, sí, tan molestos...

Máximo se echó a reír. Tras de las actitudes aristocráticas de la mujer de mundo, se trasparentaba la pasión amorosa. Ya no agitaba los párpados; la arruga de la frente se acentuaba con dureza, y su labio de niño mimado, aparecía más saliente y apasionado, como aspirando a aquellos goces que anhelaba sin poderlos nombrar. Se había fijado en la risa de su compañero, mas se hallaba en aquellos instantes demasiado agitada para detenerse; medio recostada y entregándose al suave balanceo del coche, prosiguió sus entrecortadas y secas frases:

—Sí, por cierto, son ustedes pesados y fastidiosos. No lo digo por ti, Máximo, que eres demasiado joven... ¡Pues si te dijera de qué modo me pesó Aristides al principio! Pues, ¿y los demás, los que me han amado?... Ya sabes que nosotros somos dos buenos camaradas, y contigo no me aburro; hablo de verdad, días hay en que por tal modo me siento harta de esta vida de mujer rica, adorada y saludada, que de buen grado me cambiaría por una Laura de Aurigny, por una de esas mujeres que viven a lo solteras.

Y como Máximo riese cada vez de mejor gana, ella insistió:

—Sí, una Laura de Aurigny, lo que debe de resultar menos soso, menos siempre la misma cosa.

Callóse por breves instantes, como para imaginarse la vida que llevaría a ser ella Laura. Después, con desanimada expresión, repuso:

—No obstante, todo bien considerado, esas

mujeres deben de tener también sus ratos de fastidio. Nada hay del todo divertido, no hay que darle vueltas. Es cosa de morir... Bien lo decía yo, haría falta otra cosa; ya comprenderás que no la adivino; otra cosa que no sucediese a nadie, que no se viese todos los días, que constituyese un goce raro, desconocido...

Su voz se fué poco a poco moderando, de suerte que las últimas palabras las pronunció como si buscase, entregándose a un ensimismamiento profundo.

La carretela, subía entonces la avenida que dirige a la salida del Bosque. La obscuridad iba en aumento; los recortados bosquecillos se extendían a ambos lados como tapiales cenicientos; las sillas de hierro, pintadas de amarillo, en donde las tardes primaverales toma asiento la burguesía vestida de fiesta, se extendían en hilera a lo largo de las aceras enteramente vacías, revisiendo la negra melancolía de esos muebles de jardín, sorprendidos por el invierno; y el rodar apagado y cadencioso de los carruajes al regreso, se deslizaba con lastimera queja por la desierta avenida.

No hay que dudar que Máximo consideraba de mal tono el juzgar la existencia por modo tan peregrino. Si bien era cierto que contaba aún pocos años para entregarse a arranques de exaltada admiración, estaba dotado, en cambio, de tan señalado egoísmo, de tan burlesca indiferencia, que experimentaba ya sobrado cansancio positivo, para no considerarse abatido, estragado y hastiado del mundo. Por regla general, cifraba su gloria en confesión semejante.

Recostóse como Renata, y dió a su voz un acento plañidero.

—Pues mira, tienes razón—dijo—hay para reventar de una vez. ¡Bah! no creas que me di-

vierto mucho más que tú; mil veces he soñado también otra cosa. Nada hay tan tonto como viajar. Ganar dinero, prefiero comérmelo, aunque no resulta siempre tan divertido como se nos figura en un principio. Amar, ser amado; pronto llega la saciedad, ¿no es así? pronto se llega a la saciedad.

Como la joven no contestase, él prosiguió como para sorprenderla con una tremenda impiedad:

—Por mi parte, querría ser amado por una religiosa. ¡Eh! ¡esto sería tal vez de lo más chusco! ¿No has soñado tú nunca en amar a un hombre en quien no podrías pensar sin cometer un crimen?

Pero ella permaneció sombría, y Máximo, viendo que guardaba silencio creyó que no la escuchaba. Con la nuca apoyada en el almohadillado borde de la carretela, parecía Renata dormir con los ojos abiertos. Pensaba, inerte, paste de los ensueños que por tal modo la tenían aplomada y de vez en cuando ligeros latidos nerviosos contraían sus labios. Hallábase envuelta blandamente en la obscuridad del crepúsculo; todo cuanto aquella penumbra contenía de indecisa tristeza, de discreta voluptuosidad, de esperanzas no confesadas, penetraba en su interior, bañándola en una especie de ambiente lánguido y suave. A no dudarlo, mientras miraba fijamente las redondas espaldas del lacayo que ocupaba su sitio en el pescante, pensaba en los placeres de la víspera, en aquellas fiestas que encontraba tan sosas y de las que ya no quería disfrutar; revistaba su pasada vida, la satisfacción inmediata de sus apetitos, los desengaños del lujo, la abrumadora monotonía de los mismos amores y de las mismas traiciones. Después, cual una esperanza, se le ofrecía, con es-

tremecimientos de deseo, la idea de aquella "otra cosa" que su excitado espíritu no podía encontrar. Al llegar a este punto sus ensueños se extraviaban; hacia esfuerzos, pero la palabra apetecida se ocultaba a la continua en la obscuridad que se venía encima y se perdía en el incesante rodar de los carruajes. El suave movimiento de la carretela era una vacilación más que no la dejaba formular su deseo. Y una tentación sin límites se alzaba de aquella vaguedad, de aquel ruido de las ruedas y de aquella blanda oscilación que la colmaban de delicioso letargo. Mil indefinidas ráfagas venían a orear su rostro: ensueños sin ilación, voluptuosidades sin nombre, anhelos confusos, todo cuanto un regreso del Bosque a la hora en que el cielo palidece, puede llevar de exquisito y de monstruoso al fatigado corazón de una mujer. Tenía ambas manos bajo la piel de oso y sentíase muy abrigada con su gabán de paño blanco con vueltas de terciopelo color de malva. Al estirar un pie para extenderse con toda comodidad, rozó con el tobillo la pierna de Máximo, quien ni siquiera paró mientes en aquel contacto. Una sacudida del carruaje la sacó de su semi-letargo; alzó la cabeza y miró por modo extraño con sus ojos grises al joven, recostado con toda elegancia.

En aquel entonces la carretela salía del Bosque. La avenida de la Emperatriz se extendía en derechura a la claridad del crepúsculo, entre las dos líneas de sus barreras de madera pintada de verde, que iban a perderse en el horizonte. En la contra-avenida, reservada a los jinetes, veíase a lo lejos un caballo blanco, destacándose su mancha clara sobre el fondo gris. Por el lado opuesto, a lo largo de la calzada, veíanse acá y allá paseantes rezagados, grupos de puntos ne-

gros, dirigiéndose pasito a paso hacia París. Y allá arriba, al extremo del reguero bullidor y confuso de los carruajes, el Arco de Triunfo, edificado al sesgo, destacaba su blancura sobre el inmenso cielo, color de hollín.

Mientras que la carretela iba subiendo con más acelerado trote, Máximo, contemplando abortito el aspecto del paisaje a la inglesa, se fijaba, a uno y otro lado de la avenida, en los hoteles de caprichosa arquitectura, cuyos musgos bajan casi hasta las contra-avenidas; Renata, en su soñolienta abstracción, se divertía viendo, allá en el horizonte, encenderse uno tras otro los mecheros de gas de la plaza de la Estrella, y a medida que aquellas vivas luces esmaltaban la moribunda claridad del día con diminutas llamas amarillas, ella creía percibir voces secretas que la llamaban; parecíale que el refulgente París de las noches de invierno se iluminaba para ello y que le preparaba el desconocido goce que soñaba su saciedad.

La carretela tomó la avenida de la Reina Hortensia, yendo a detenerse al extremo de la calle de Monceaux, a algunos pasos del bulevar Malesherbes, delante de un gran hotel situado entre patio y jardín. Las dos verjas, cargadas de dorados adornos, que daban al patio, estaban flanqueadas por sendos pares de faroles en forma de jarrones, cubiertos asimismo de dorados, y en los que resplandecían grandes llamas de gas. Entre ambas verjas, el portero habitaba un elegante pabellón, que traía a la memoria un templo griego en miniatura.

Cuando el coche iba a entrar en el patio, Máximo saltó ligeramente a tierra.

—Ya lo sabes — dijo Renata reteniéndole por la mano. — Nos sentamos a la mesa a las siete

y media. Cuentas con más de una hora para irte a vestir. No te hagas esperar.

Y agregó con una sonrisa:

—Tenemos a los Mareuil... Tu padre desea que te muestres muy galante con Luisa.

Máximo se encogió de hombros.

—No es carga poco pesada—dijo con desapacible acento.—No me niego a casarme con ella, pero obligarme a hacerle la corte raya en estupidez... ¡Ah, Renata! qué buena serías si me librases de Luisa esta misma noche.

Y se revistió de su actitud de bromista, valiéndose del gesto y ademán que había tomado de Lassouche y del que se valía todas y cuantas veces iba a descolgarse con alguna de sus gracias habituales.

—¿Me lo prometes, mi querida mamá?

Renata le sacudió la mano como la de un camarada. Y en tono rápido y con nerviosa audacia de burla, dijo:

—Estoy en que si no me hubiese casado con tu padre, me habrías hecho la corte.

Al joven debió de parecerle aquella idea soberanamente cómica, pues ya había doblado la esquina del bulevar Malesherbes, cuando se iba todavía riendo.

La carretela entró por último y se paró ante la escalinata.

Aquella escalinata, de peldaños anchos y bajos, se hallaba abrigada por una amplia marquesina acristalada, coronada por un lambrequin de franjas y de glandes de oro. Los dos pisos del hotel se asentaban sobre las oficinas y dependencias de la casa, cuyas cuadradas ventanas, provistas de vidrios mates, se abrían casi a nivel del suelo. Encima de la escalinata se adelantaba la puerta del vestíbulo, flanqueada por delgadas columnas empotradas en la pared, for-

mando una especie de cuerpo saliente, con redondos vanos en cada piso, y alzándose hasta el techo, en donde terminaba por una especie de triángulo. A cada lado del hotel los pisos tenían cinco ventanas, alineadas con regularidad en la fachada, rodeadas con un sencillo marco de piedra. La cubierta, abuhardillada, era de forma horizontal, con anchos paños casi perpendiculares.

Mas por la parte del jardín, aunque por modo distinto, era no menos suntuosa; una escalinata real conducía a angosta terraza, que rodeaba todo el entresuelo; la balaustrada de aquella terraza, a estilo de las verjas del parque de Monceaux, estaba más recargada aún de dorados que la marquesina y que los faroles del patio. En los ángulos del hotel se alzaban dos pabellones, dos especies de torres, medio empotrados en el cuerpo del edificio, y que proporcionaban en el interior habitaciones circulares. En el centro, otra torrecilla, menos saliente, se redondeaba ligeramente. Las ventanas altas y estrechas de los pabellones, más distanciadas y cuadradas casi en las partes lisas de la fachada, presentaban, en los bajos, balaustres de piedra y antepechos de hierro forjado y dorado en los pisos superiores. Era todo aquello una ostentación, una profusión de riquezas. El hotel desaparecía bajo las esculturas. Alrededor de las ventanas, a lo largo de las cornisas, veíanse ensortijadas guirnaldas de ramos y flores, había balcones semejantes a canastas de verdura, sostenidas por mujeres desnudas, con caderas exageradas y pronunciados pechos; aquí y allá habíanse colocado escudos de pura fantasía, racimos de uvas, manojos de rosas, toda la florescencia posible de la piedra y del mármol. Conforme se alzaba la vista, más y más florecía el hotel. En

torno a la techumbre corría una balaustrada que sostenía, de trecho en trecho, unos jarrones sobre los cuales flameaban llamas de piedra. Y allá en lo alto, entre los tragaluces de los desvanes, que aparecían en el increíble barullo de frutas y de hojarascas, se desplegaban las partes principales de aquella sorprendente decoración, los frontones de los pabellones, en medio de los cuales volvían a aparecer las grandes mujeres desnudas, en diversas actitudes, jugando con manzanas entre haces de juncos. El techo, recargado con tantos ornamentos y recargado todavía con cresterías de plomo recortadas, con dos pararrayos y con cuatro enormes chimeneas simétricas, esculpidas como lo demás, parecía ser el ramillete final de aquel fuego artificial de arquitectura.

Veíase a la derecha un gran invernadero adosado al mismo hotel y que comunicaba con la planta baja por la puerta-ventana de un salón. El jardín, separado del parque de Monceaux por una verja baja disimulada por un vallado, tenía una pendiente bastante sensible. Demasiado reducido para el hotel, tan pequeño que un pradecillo de césped y alguno que otro grupo de verdes árboles bastaban para llenarlo, no era sencillamente más que un cerrillo, como un pedestal de verdura, sobre el que se erguía altanero el hotel en traje de gala. Al contemplarlo desde el parque, por encima de aquel recostado césped, de aquellos arbustos cuyo barnizado follaje relucía, aquel grande edificio, nuevo aun y de palidez mate, tenía la indefinida apariencia, la importancia adinerada y estúpida del advenedizo, con su pesada cubierta de pizarra, con sus barandas doradas y sus chorreteadas de esculturas. Era como una miniatura del Nuevo Louvre, uno de los modelos más característicos del estilo

Napoleón III, el más bastardo y opulento de todos los estilos. En las tardes de verano, cuando el sol iluminaba con sus oblicuos rayos el dorado de aquellos barandales sobre la blanca fachada, los paseantes del parque se detenían para mirar los cortinones de seda colorada que pendían en las ventanas del entresuelo; y, a través de los cristales, que tan anchos y tan claros parecían, como los de los escaparates de los grandes almacenes modernos, allí colocados para ostentar por de fuera la fastuosidad del interior, aquellas familias de modestos burgueses distinguían rincones de mobiliario, trozos de esplendentes tejidos, pedazos de techos de deslumbradora riqueza, cuya vista les mantenía llenos de admiración y de envidia en plena avenida.

Pero en aquella hora las sombras se desprendían de los árboles, la fachada dormía. Al lado opuesto, en el patio, el lacayo, con todo respeto, había ayudado a Renata a bajar del coche. Las caballerizas con sus aristas de rojos ladrillos, abrían a la derecha sus anchas puertas de barnizado roble, en el fondo de un cobertizo acristalado. A la izquierda, como para hacer juego, se veía, adosado a la pared de la casa vecina, una gran hornacina, con profusión de adornos, en la cual caía perpetuamente una cascada de agua de una concha que sostenía dos Amores con los brazos extendidos.

La joven permaneció un instante al pie de la escalinata, para dar ligeros golpecitos a sus faldas, que no querían bajar. Una vez que cesó el ruido del carruaje, en el patio volvieron a reinar la soledad, el aristocrático silencio, interrumpido tan sólo por la eterna cantilena de la cascada. En la negra masa del hotel, en donde, para el primero de los grandes banquetes de otoño, iban sin tardanza a encenderse las arañas, las

ventanas bajas del edificio, solitarias aun, resplandecían como ascuas de oro, iluminando el pavimento del patio, en el mayor orden y limpio como un tablero de damas, con vivas claridades de incendio.

Al empujar Renata la puerta del vestíbulo, se tropezó con el ayuda de cámara de su esposo, que bajaba a las dependencias con un jarro de plata. Aquel hombre, vestido rigurosamente de negro, era de aventajada estatura, fornido, de blanco rostro con las correctas patillas de un diplomático inglés y con el aspecto grave y digno de un magistrado.

—Bautista—le preguntó la joven,—¿ha vuelto el señor?

—Sí, señora, se está vistiendo—contestó el ayuda de cámara con inclinación de cabeza que le habría envidiado un príncipe al saludar a la multitud.

Renata subió poco a poco la escalera, quitándose los guantes.

El vestíbulo era también lujoso en extremo. Al entrar sentíase un ligero malestar de sofocación las mullidas alfombras que cubrían el pavimento y las escaleras, los holgados tapices de terciopelo rojo que cubrían las paredes y las puertas, impregnaban el ambiente de inalterable silencio, de tibio y suave perfume de capilla. Los cortinones caían desde la altura, y el techo, muy elevado estaba adornado con rosetones de relieve, fijos sobre un enrejado de varillas doradas. La escalera, cuya doble balaustrada de blanco mármol ostentaba un pasamano de rojo terciopelo, se dividía en dos ramales ligeramente curvos, y entre los cuales se veía en el fondo la puerta del gran salón. En la primera meseta, un inmenso espejo ocupaba toda la pared. Abajo, al pie de los ramales de la escalera, sobre

zócalos de mármol, había sendas mujeres de bronce dorado, desnudas hasta la cintura, sosteniendo grandes candelabros de cinco mecheros, cuyo brillante resplandor quedaba atenuado por globos de cristal mate. A ambos lados ostentábanse admirables jarrones de mayólica, en los que florecían exóticas y raras plantas.

Renata subía, y, en cada escalón su figura se agrandaba en el espejo; y se preguntaba, con la duda que asalta a las actrices más aplaudidas, si era en realidad tan hermosa, como se le decía.

Después, cuando se halló en su habitación, sita en el primer piso y cuyas ventanas tenían vista al parque de Monceaux, llamó a Celeste, su doncella, y se mandó vestir para el banquete. Empleóse en aquella operación hora y cuarto bien larga. Tan luego como quedó clavado el último alfiler, como hiciese gran calor en la estancia, abrió una de las ventanas, apoyó los codos en el alféizar y se olvidó de todo. Detrás de ella, Celeste iba de acá para allá discretamente poniendo en orden, uno por uno, los objetos del tocado.

Allá en lo hondo, en el parque, se extendía un inmenso mar de sombra. Las negras masas de los espesos follajes, agitadas por bruscas ráfagas, determinaban un amplio balanceo de flujo y reflujo, con el murmullo de hojas secas que recuerdan el romper de las olas contra una playa de guijarros. A veces, en aquel remolino de tinieblas, distinguíanse tan sólo los dos ojos amarillos de algún coche que parecía y desaparecía entre los macizos, a lo largo de la grande avenida que va desde la de la Reina Hortensia al bulevar de Malesherbes. Renata, en presencia de aquellas melancolías del otoño, sintió que todas sus tristezas le subían al corazón. Hacía

memoria de cuando era niña en casa de su padre, en aquel silencioso hotel de la isla de San Luis, en donde, desde hacia dos siglos, los Béraud Du Chatel habían exhibido su severa gravedad de magistrados. Pensó después en su matrimonio, en aquel viudo que se había vendido al casarse con ella, trocando su nombre de Rougon con el de Saccard, cuyas dos secas sílabas habían resonado las primeras veces en sus oídos con la brutalidad de dos paletas recogiendo oro; hizose dueño de ella para lanzarla hasta el extremo en aquella vida en que su pobre cabeza se desconcertaba un tanto cada día. Púsose a pensar, después, con pueril alegría, en las agradables partidas de raqueta que, en tiempos pasados, sostenía con su hermanita Cristina. Y llegaría una mañana en que se despertaría del ensueño de goces en que nadaba desde hacia diez años, loca, manchada por alguna de las torpes especulaciones de su marido, en la que él mismo se ahogaría. Esto fué como un rápido presentimiento. Hasta los árboles parecían lamentarse en más alta voz. Renata, turbada con aquellos pensamientos de vergüenza y de castigo, cedió a instintos de honrada burguesa que dormían en su interior; prometió a la negra noche que se enmendaría, que no gastaría tanto en su tocado, que buscaría algún inocente juego que pudiese distraerla como en los días felices de colegio, cuando las educandas cantaban. *Ya no iremos al bosque*, dando espaciosas vueltas bajo los plátanos.

En aquel instante Celeste, que había bajado, volvió y dijo por lo bajo al oído de su señora:

—El señor ruega a la señora que baje. Hay ya muchas personas en el salón.

Renata se estremeció. No había sentido el penetrante frío que helaba sus hombros. Al pa-

sar por delante del espejo, detúvose y se miró con movimiento maquinal. Sonrióse involuntariamente y bajó.

En efecto, casi todos los convidados habían llegado ya. Estaba allí su hermana Cristina, joven de veintiséis años, sencillamente vestida de muselina blanca; su tía Isabel, viuda de Aubertot, de raso negro, era una viejecita de sesenta años, de exquisita amabilidad; la hermana de su marido, Sidonia Rougon, mujer flaca, empalagosa, de edad problemática, con rostro de cera blanda, cuya palidez resaltaba aún más con su traje de marchito color; hallábanse allí también los Mareuil; el padre, el señor de Mareuil, que acababa de quitarse el luto de su mujer, buen mozo, bueno, serio, que tenía notable semejanza con el lacayo Bautista, y su hija, aquella pobre Luisa, como se la llamaba, niña de diez y siete años, raquítica, un tanto cargada de espaldas, que llevaba con maldita la gracia un traje de seda blanco con pintas coloradas; veíase también allí todo un grupo de hombres graves, personas archi-condecoradas, señores de empleos oficiales, con semblantes pálidos y de muda expresión, y más allá otro grupo de jóvenes de vicioso aspecto, con el chaleco descotado, rodeando a cinco o seis damas de la mayor elegancia, entre las cuales sobresalían las inseparables, la marquesita de Espanet, vestida de amarillo, y la rubia señora de Haffner de violeta. El señor de Mussy, aquel caballero a cuyo saludo no había contestado Renata, hallábase también allí, con el inquieto rostro del amante que ve venir la despedida. Y en medio de aquel lujo y de las colas que se arrastraban por las alfombras, veíanse dos contratistas, dos albañiles enriquecidos, Mignon y Charrier con los cuales Saccard, al día siguiente, había de dar cima a un

negocio que paseaban rudamente sus recias botas con las manos a la espalda y reventando en sus negros trajes.

Aristides Saccard, en pie junto a la puerta, al par que peroraba ante el grupo de los hombres graves con su voz nasal y su verborrea meridional, no le faltaba medio para saludar a cuantas personas iban llegando; estrechábales la mano y les dirigía las palabras más cariñosas y corteses. De mezquina estatura, de canijo rostro, se doblegaba como un polichinela; y de toda su persona cenceña, sagaz y negruzca, lo que mejor se destacaba era la mancha roja de la cruz de la Legión de honor, que llevaba muy ancha.

Cuando entró Renata oyóse un murmullo de admiración. Estaba lo que se llamaba encantadora. Sobre una falda de tul, guarnecida por detrás con multitud de volantes, lucía una túnica de raso verde claro, orlada con valiosísimos encajes de Inglaterra, levantada y sujeta con hermosos ramos de violetas; un sólo volante guarnecía la delantera de la falda, en la cual nuevos ramos de violetas, cogidos con guirnalda de hiedras, sostenían ligeros adornos de muselina; el donaire de la cabeza y el corpiño eran por demás encantadores, por encima de aquellas faldas de regia amplitud y de riqueza un tanto exagerada. Descotada hasta el nacimiento del seno, con los brazos desnudos y adornados con ramos de violetas en los hombros, la joven parecía salir por completo desnuda de su envoltura de tul y seda, a la manera de una de esas ninfas, cuyo busto se desprende de las sagradas encinas, y su alabastrino seno, su cuerpo flexible, sentíanse tan satisfechos en aquella especie de semi-libertad, que las miradas esperaban ver cómo poco a poco, corpiño y faldas se deslizaban, co-

mo el vestido de una bañista, orgullosa con sus encantos. El alto peinado, la finísima y rubia cabellera anudada en forma de casco y por la que se extendía una rama de hiedra, contenida por un nudo de violetas, aumentaba aún su desnudez, dejando al descubierto su nuca, ligeramente sombreada con ensortijados cabellos semejantes a hilillos de oro. Llevaba en la garganta un collar de piedras preciosas de admirables aguas, y en la frente una piocha compuesta de hojuelas de plata salpicadas de diamantes.

Detúvose unos instantes en el umbral, de pie, con su esplendoroso atavío, con los hombros atornasolados en aquella claridad resplandeciente. Como había bajado con tanta precipitación, sentía la respiración algo agitada, y sus ojos, que la obscuridad del parque de Monceaux habían llenado la sombra, parpadeaban ante aquella brusca oleada de luz, transmitiéndole aquel vacilante mirar de los miopes, que en ella resultaba un encanto.

Al distinguirla, la marquesita se levantó en seguida, corrió hacia ella y le apretó ambas manos; y sin dejar de examinarla de pies a cabeza, murmuraba con aflautada voz:

—¡Ah! ¡qué hermosa estás, qué hermosa!

Entre tanto, prodújose un gran movimiento, pues todos los convidados se dirigieron a saludar a la hermosa señora de Saccard, como se llamaba a Renata en la distinguida sociedad; ella, por su parte, estrechó la mano a casi todos los invitados. Luego fué a buscar a Cristina y a pedirle noticias de su papá, quien jamás se presentaba en el hotel del parque de Monceaux. Y permaneció en pie, risueña, saludando siempre con la cabeza, ante el círculo de señoras que se fijaban con curiosidad en el collar y en la piocha.

La rubia señora de Haffner no pudo resistir a la tentación; así fué que se acercó para contemplar un buen rato las joyas, y dijo con celoso acento:

—Son el collar y la piocha, ¿verdad?

Renata hizo una señal afirmativa. Entonces todas las mujeres se deshicieron en elogios; las alhajas eran encantadoras, divinas; después, como por la mano, pusieron a hablar con admiración rebotante de envidia de la almoneda de Laura de Aurigny, en la que Saccard las había comprado para su esposa; quejábanse de que esa clase de mujeres arramblaban con las cosas más bellas y de que antes de mucho no habría diamantes para las mujeres honradas. Y, en medio de sus declaraciones, bien se transparentaba el deseo de sentir sobre su desnudo cutis una de aquellas joyas que París entero había visto en los hombros de una impura ilustre, y que les contaría tal vez al oído los escándalos de las alcobas, donde se detenían con tanta complacencia sus ensueños de grandes señoras. Estaban bien enteradas de los fabulosos precios, y citaron un soberbio chal de cachemira y de encajes magníficos. La piocha había costado quince mil francos y el collar cincuenta mil. La señora de Espanet estaba entusiasmada con aquellas sumas; llamó a Saccard y le dijo:

—Venga usted a que se le felicite. Esto se llama un buen marido.

Aristides Saccard se acercó, inclinóse e hizo-se el modesto; pero su semblante gesticulador ocultaba la satisfacción más viva. Y miraba al propio tiempo con el rabillo del ojo a los dos contratistas, a los dos albañiles enriquecidos, plantados a algunos pasos de allí, que escuchaban sonar las cantidades de quince mil y de cincuenta mil francos con visible respeto.

En aquel momento Máximo, que acababa de entrar, admirablemente vestido de etiqueta, se apoyó con familiaridad en el hombro de su padre y le habló en voz queda, como a un camarada, señalándole a los contratistas con una mirada. Saccard le contestó con la discreta sonrisa del actor aplaudido.

Todavía acudieron algunos convidados. Lo menos había una treintena de personas en el salón. Las conversaciones se reanudaron; durante los instantes de silencio, percibíanse, detrás de las paredes, ligeros ruidos de vajilla y de cubiertos de plata. Por último, Bautista abrió una puerta de doble hoja y dijo la frase sacramental de:

—La comida está servida.

Entonces, con toda quietud, dió principio el desfile. Saccard dió el brazo a la marquesita; Renata tomó el de un anciano caballero, senador, el barón Gourand, ante el cual todo el mundo doblaba el espinazo con excesiva humildad. Máximo no tuvo más remedio que ofrecer su brazo a Luisa de Mareuil; los demás comensales seguían su procesión y a la cola andaban los dos contratistas, con los brazos colgando.

El comedor era una inmensa pieza cuadrada, cuyas ensambladuras, de peral pintado de negro, y barnizado, llegaban a la altura de un hombre, estaban adornados con delgados filetes de oro. Los cuatro grandes testers se habían dispuesto de manera que pudiesen dar cabida a cuadros de naturaleza muerta; pero habían quedado vacíos, porque sin duda el dueño del hotel había retrocedido ante un gasto meramente artístico; por esto se les había sencillamente cubierto con terciopelo verde oscuro. Los muebles, las cortinas y las antepuertas, de la misma tela, comunicaban a la habitación un carácter so-

brio y grave, bien calculado para concentrar sobre la mesa todos los esplendores de la luz.

Y, efectivamente, en aquella hora, en medio de la ancha alfombra persa, de tinte sombrío, que ahogaba el ruido de los pasos, bajo la excesiva claridad de la araña, la mesa, rodeada de sillas, cuyos respaldos negros con filetes dorados la ceñían con sombría línea, se asemejaba a un altar, a una capilla ardiente, en que, sobre la deslumbradora blancura del mantel ardían los claros resplandores de la cristalería y de los objetos de plata. Más allá de los esculpidos respaldos, en la flotante obscuridad, gracias que se distinguiesen las ensambladuras de las paredes, un gran aparador y los cortinones de terciopelo que arrastraban. Quieras que no, las miradas se convertían de nuevo a la mesa, que las dejaba deslumbradas. Un admirable centro de mesa de plata mate, cuyas cinceladuras brillaban, ocupaba el medio de la mesa; componíanlo una banda de faunos robando ninfas; y en lo alto del grupo, surgiendo de un ancho caracol de mar, veíase un enorme ramillete de flores naturales cayendo en racimos. A ambos extremos de la mesa ostentábanse también lujosos búcaros, conteniendo asimismo haces de flores; dos candelabros, formando juego en el grupo del centro, figurando sátiros corriendo, llevando en uno de sus brazos una mujer desmayada y en el otro un tetero de diez luces, agregaban el resplandor de sus bujías a la irradiación de la araña central. Entre aquellas piezas principales, las estufillas, grandes y pequeñas, hallábanse alineadas simétricamente, cargadas con el primer servicio, flaqueadas por conchas llenas de entremeses, separadas por canastillas de porcelana, por vasos de cristal, por platos llanos, por colmadas compoteras, conteniendo la parte del pos-

tre que ya figuraba en la mesa. A lo largo de la hilera de platos, el ejército de los vasos, las jarras de agua y de vinos, los diminutos saleros, toda la cristalería del servicio era delgadísimo y tan ligera como la muselina, sin la menor cinceladura, y tan transparente que no proyectaba la menor sombra. Y el centro de mesa, las grandes piezas parecían otras tantas fuentes de fuego; vivos relámpagos parecían correr por los pulidos flancos de las estufillas; los trinchantes, las cucharas, los cuchillos con puños de nácar, parecían despedir llamas; multitud de arco-iris iluminaban los vasos; y en medio de aquella lluvia de centellas, en aquel conjunto incandescente, las cristalinas jarras de vino teñían de rojo el deslumbrante mantel.

Al penetrar en el comedor, los convidados que sonreían a las damas que llevaban del brazo, dieron a sus semblantes una expresión de beatitud discreta. Las flores difundían la frescura en el ambiente tibio. Ligeras nubecillas de humo se esparecían por la atmósfera, mezcladas al perfume de las rosas; mas lo que allí dominaba era el penetrante olor de los cangrejos y el agrio de los limones.

Cuando cada comensal hubo dado con su nombre, escrito al dorso de la minuta de la comida, dejóse oír un ruido de sillas y un gran crujir de las faldas de seda, los hombros desnudos, sembrados de diamantes, al lado de los negros trajes de los caballeros que hacían destacar la palidez, agregaron sus blancuras lechosas a la irradiación de la mesa.

Dió principio el servicio en medio de las sonrisitas cambiadas entre los vecinos, en un semisilencio no interrumpido aún sino por el confuso ruido de las cucharas. Bautista desempeñaba las funciones de maestresala con sus graves ac-

titudes de diplomático; tenía a sus órdenes, a más de los dos lacayos, cuatro criados que reclutaba tan sólo para las grandes comidas. A cada plato que presentaba y que iba a trinchar en el fondo del comedor, sobre una mesa de servicio, tres sirvientes daban muy despacio la vuelta a la mesa, con un plato en la mano, ofreciendo por su nombre a media voz, los manjares a los convidados. Los otros escanciaban los vinos y cuidaban del pan y de las botellas. Los segundos cubiertos y demás platos iban y venían lentamente, sin que por ellos las risitas de las damas se destacasen más.

Los comensales eran sobrado numerosos para que la conversación pudiese fácilmente hacerse general. No obstante, en el segundo servicio, cuando los asados y los entremeses hubieron ocupado el lugar de los "relevés" y de las entradas y que los exquisitos vinos de Borgoña, el Pomard, el Chambertin, sucedieron al Léoville y al Château-Lafitte, el rumor de las voces tomó incremento y las carcajadas hacían resonar los ligeros cristales.

Renata, en el centro de la mesa, tenía a su derecha al barón Gourand, y a su izquierda al señor Toutin-Laroche, antiguo fabricante de bujías, a la sazón consejero municipal, director del Crédito Vitícola, miembro del consejo de vigilancia de la Sociedad general de los puertos de Marruecos, hombre flacucho y de importancia, y a quien Saccard, colocado enfrente, entre las señoras de Espanet y de Haffner, llamaba con voz aduladora, tan pronto: "Mi querido colega", como "Nuestro gran administrador". Venían después los hombres políticos: el señor Hupel de la Noue, prefecto que pasaba ocho meses del año en París; tres diputados, entre los cuales el señor Haffner ostentaba su amplio rostro al-

saciano; luego el señor de Saffre, joven encantador, secretario de un ministro; el señor Michelin, jefe del negociado de la inspección de caminos; y otros empleados de superior categoría. El señor de Mareuil, candidato perpetuo a la diputación, se encontraba frontero al prefecto, al que parecía mirar con cariño. Por lo que toca al señor de Espanet, éste no acompañaba nunca a su mujer en sociedad. Las señoras pertenecientes a la familia estaban colocadas entre los más notables de aquellos personajes. No obstante, Saccard había hecho una excepción de su hermana Sidonia, poniéndola más lejos, entre ambos contratistas, el señor Charrier a la derecha y el señor Mignon a la izquierda, como en un puesto de confianza donde se trata de vencer. La señora de Michelin, la esposa del jefe de negociado, una linda morenita, regordeta, se encontraba al lado del señor de Saffré, con quien hablaba vivamente en voz baja. Por último, a los dos extremos de la mesa, se hallaba la juventud, auditores en el consejo de Estado, hijos de padres poderosos, pequeños millonarios en ciernes, el señor de Mussy, que dirigía a Renata miradas de desesperación. Máximo, teniendo a su derecha a Luisa de Mareuil, y cuya vecina parecía querer hacer su conquista. Poco a poco habíanse puesto a reír en alta voz y de la mejor gana. De allí fué de donde partieron las primeras carcajadas de alegría.

En esto, el señor Hupel de la Noue preguntó con galantería:

—¿Tendremos el placer de ver a su excelencia esta noche?

—Creo que no—contestó Saccard con aire de importancia, que ocultaba secreta contrariedad.

—¡Está mi hermano tan ocupado!... Nos ha

mandado a su secretario, el señor de Saffré, para decirnos que le dispensemos.

El joven secretario, a quien la señora de Michelin monopolizaba visiblemente, alzó la cabeza al pronunciar su nombre, y exclamó, saliera lo que saliera, creyendo que se habían dirigido a él:

—Sí, sí, debe tener lugar una reunión de ministros a las nueve en casa del guardasellos.

Durante este tiempo, el señor Toutin-Laroche, a quien se había interrumpido, prosiguió gravemente, como si estuviese perorando en medio del atento silencio del consejo municipal.

—Los resultados son soberbios. Este empréstito de la ciudad quedará como una de las más hermosas operaciones financieras de la época actual. ¡Ah, señores míos!...

Pero aquí su voz se vió de nuevo apagada por las risas que estallaban en uno de los extremos de la mesa. Oíase, en medio de aquellas ráfagas de alegría, la voz de Máximo, que daba fin a una anécdota: “Esperen ustedes, que no he concluido. La pobre mujer fué levantada por un peón caminero. Dícese que le está haciendo dar una brillante educación para casarse con él más adelante. No quiere que hombre alguno, a no ser su marido, pueda vanagloriarse de haber visto cierta señal negra que tiene más arriba de la rodilla”. Las risas estallaron de nuevo a más y mejor, y Luisa se reía a rienda suelta, en tono más elevado que los hombres. Y en esto, con mucho cuidado, en medio de las risas, y como si fuese sordo, un criado metía, entre uno y otro convidado, su cabeza grave y pálida para ofrecer en voz queda agujetas de pato silvestre.

Aristides Saccard llevó a mal la escasa atención que se concedía al señor Toutin-Laroche.

Y repuso, para demostrarle que había escuchado:

—El empréstito de la ciudad...

Pero el señor Toutin-Laroche no era hombre a propósito para perder el hilo de una idea.

—¡Ah, señores!— prosiguió cuando las risas se hubieron apaciguado,—el día de ayer fué un consuelo imperecedero para nosotros, cuya administración está siendo el blanco de innobles ataques. Acúsase al consejo de llevar a la ciudad a su ruina, y, ya lo veis, desde el punto y hora en que la ciudad abre un empréstito, todo el mundo acude con su dinero, hasta los que más gritan.

—Ustedes han hecho milagros—dijo Saccard.

—París se ha convertido en la capital del mundo.

—Sí, es en verdad prodigioso—interrumpió el señor Hupel de la Noue.—Figúrense ustedes que yo, que soy un viejo parisiense, casi ya no conozco a París. Ayer me perdí al ir desde el Ayuntamiento al Luxemburgo. ¡Es prodigioso, prodigioso!

Hubo un rato de silencio; y ahora todos los hombres graves fijaban la atención.

—La transformación de París—continuó el señor Toutin-Laroche,—será la gloria del reinado. El pueblo es ingrato; debería de besar los pies del emperador. Esta mañana decía yo en el Consejo: “Señores, dejemos que se despachen a su gusto esos vocingleros de la oposición: volver de arriba abajo a París es fertilizarlo”.

Saccard sonrió cerrando los ojos para saborear mejor la delicadeza de la frase. Inclínose por detrás de la espalda de la señora de Espanet, y dijo al señor Hupel de la Noue, bastante alto para que fuese oído:

—Tiene un talento asombroso.

Desde que se estaba hablando de las obras de París, el señor Charrier alargaba el cuello, como si quisiese echar su cuarto a espadas en la conversación. Su asociado Mignon no se ocupaba más que de madama Sidonia, que le daba mucho que hacer. Saccard, desde el principio de la cena, vigilaba de soslayo a los contratistas.

—La administración — dijo, — ha encontrado tantas abnegaciones! Todo el mundo ha querido contribuir a la grande obra. A no ser por las acaudaladas compañías que han acudido en su ayuda, la ciudad no habría podido obrar nunca tan bien ni tan pronto.

Y volviéndose, agregó con una especie de tosqueda lisonjera:

—Los señores Mignon y Charrier saben de ello lo bastante, ya que, si bien han tenido su parte de trabajo, tendrán también su parte de gloria.

Los albañiles enriquecidos recibieron con arrobamiento aquella frase en mitad del corazón. Mignon, a quien madama Sidonia decía haciendo arrumacos: "Ah, señor, usted me lisonjea, no, el color de rosa sería demasiado llamativo para mí...", la dejó en medio de la frase, para contestar a Saccard:

—Usted es demasiado bueno: ya hemos sabido hacer nuestro negocio.

Pero Charrier estaba más desbastado. Dió fin a su vaso de Pomard y encontró la manera de hacer una frase:

—Los trabajos de París — dijo, — han hecho que viva el obrero.

—Diga usted también — repuso el señor Toutin-Laroche, — que han dado un soberbio impulso a los negocios financieros e industriales.

—Y no hay que olvidar el lado artístico; las nuevas vías son majestuosas — agregó el señor

Hupel de la Noue, quien se preciaba de ser hombre de buen gusto.

—Si, si, es un trabajo exquisito — murmuró el señor de Mareuil, por decir algo.

—En cuanto al gasto — declaró gravemente el diputado Haffner, que no abría la boca sino en las grandes ocasiones, — nuestros hijos lo pagarán, y nada será más justo.

Y como al decir esto miraba al señor de Saffré, con quien la linda señora de Michelin parecía estar de monos, desde hacía un instante, el joven secretario, para dar a entender que estaba al corriente de lo que se decía, repitió:

—Nada será más justo, en efecto.

Todo el mundo había echado a volar su frase, en el grupo que los hombres graves formaban en el centro de la mesa. El señor Michelin, el jefe de negociado, se sonreía y movía la cabeza; por regla general, éste era su modo de tomar parte en una conversación; tenía sonrisas para saludar, para responder, para aprobar, para dar gracias, para despedirse, toda una linda colección de sonrisas, que le dispensaban casi siempre de tener que servirse de la palabra, lo que tenía sin duda por más fino y más favorable para sus progresos.

Otro personaje, por igual manera, había permanecido sin decir esta boca es mía: el barón Gourand, quien mascaba lentamente como un buey de pesados párpados. Hasta entonces había parecido absorto en el espectáculo de su plato. Renata, que con él tenía ligeras atenciones, no obtenía en recompensa sino gruñidos de satisfacción. Así fué que causó la mayor sorpresa al verle levantar la cabeza y oírle decir, limpiándose los grasientos labios:

—Por mi parte, yo, que soy propietario, cuan-

30846

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

do mando reparar y decorar nuevamente una habitación, aumento el precio del alquiler.

La frase del señor Haffner: "Nuestros hijos pagarán", había conseguido despertar al senador. Todos batieron palmas discretamente, y el señor de Saffré exclamó:

—¡Ah! ¡delicioso, encantador! mañana haré que reproduzcan la frase en los periódicos.

—Tenéis mucha razón, señores míos, vivimos en el mejor de los tiempos—dijo el señor Mignon, como para concluir, en medio de las sonrisas y de las admiraciones que la frase del barón excitaba.—Más de uno conozco yo que ha sabido redondear su fortuna. No hay más, cuando se gana dinero, todo resulta de color de rosa.

Estas últimas palabras helaron a los hombres graves. La conversación decayó visiblemente, y todos parecían que evitaban mirar a su vecino. La frase del albañil alcanzaba a aquellos señores de medio a medio. Michelin, que precisamente contemplaba a Saccard con rostro agradable, retiró su sonrisa, espantadísimo, por haber parecido un instante que aplicaba las palabras del contratista al dueño de la casa. Este lanzó una mirada a la señora Sidonia, quien monopolizó de nuevo a Mignon, diciendo: "Conque a usted le gusta el color de rosa, caballero..." En seguida Saccard dió una expresiva enhorabuena a la señora de Espanet; su rostro negrozco, desmirriado, tocaba casi los blancos hombros de la joven, quien se echaba atrás con ligeras sonrisitas.

Hallábanse ya en los postres. Los criados iban en torno de la mesa con paso más acelerado. Hubo un instante de suspensión, durante el cual el mantel acabó de colmarse de frutas y de dulces. En uno de los extremos, en el lado en que

se hallaba Máximo, las risas subían cada vez más de punto; oíase la agrídulce voz de Luisa, que decía: "Yo aseguro a ustedes que Silvia llevaba un vestido de raso azul en su papel de Dindonette; y otra voz de muchacho, agregaba: "Sí, pero el vestido estaba guarnecido de encajes blancos".

Hacia un calor insoportable. Los semblantes, más colorados, se hallaban como enervados por bienandanza interna. Los criados dieron vuelta a la mesa escanciando alicante y tokai.

Desde los comienzos de la comida, Renata parecía distraída. Cumplía sus deberes de señora de la casa con sonrisa maquinal. A cada estallido de alegría que llegaba del extremo de la mesa, en donde Máximo y Luisa, uno al lado del otro, bromeaban como buenos amigos, ella lanzaba hacia aquel lado una mirada resplandeciente. Se aburría, los hombres graves la ponían de mal talante. La señora de Espanet y la señora Haffner le lanzaban miradas de desesperación.

—¿Y cómo se presentan las nuevas elecciones?—preguntó de repente Saccard al señor Hupel de la Noue.

—Muy bien, no hay que decirlo—contestó éste sonriendo;—sólo que por mi parte no tengo aún candidatos designados para mi departamento. El ministro vacila, a lo que parece.

El señor de Mareuil, quien, con una mirada, había dado las gracias a Saccard por haber suscitado esta conversación, parecía hallarse sobre ascuas. Púsose ligeramente colorado, e hizo un saludo con encogimiento, cuando el prefecto, dirigiéndose a él, continuó:

—Mucho se me ha hablado de usted en el país, caballero. Las inmensas propiedades de usted le crean numerosos amigos, y todo el mun-

do sabe cuán devoto es usted del emperador. Todas las probabilidades están de parte de usted.

—Papá— gritó en aquel momento Máximo desde el extremo de la mesa, —¿no es verdad que Silvia vendía cigarrillos en Marsella, en 1849?

Pero como Aristides Saccard fingiese no haber oído, el joven repuso más por lo bajo:

—Mi padre la conoció particularmente.

Oyéronse algunas ahogadas risas. Entretanto, mientras el señor Mareuil seguía saludando, el señor Haffner había proseguido con voz sentenciosa:

—La adhesión al emperador es la única virtud, el único patriotismo, en estos tiempos de interesada democracia. Todo el que quiere al emperador, quiere a Francia, por lo que veríamos con sincera alegría que el señor llegase a ser uno de nuestros colegas.

—El señor triunfará— dijo a su vez el señor Toutin-Larache. —Las grandes fortunas deben agruparse alrededor del trono.

Renata ya no pudo aguantar más. Enfrente de ella, la marquesa ahogaba un bostezo, y como Saccard se proponía reanudar la palabra:

—Por favor, amigo mío, compadécete un poco de nosotras. Acaben ustedes ya con su antipática sonrisa.

Entonces el señor Hupel de la Noue, galante como todo un señor prefecto, dijo que a aquellas damas les sobraba razón. Y dió principio al relato de una historia escabrosa que había acaecido en su distrito. Tanto la marquesa, como la señora de Haffner y las demás rieron a más y mejor al oír ciertos detalles. El prefecto narraba de modo asaz gracioso, empleando medias palabritas, reticencias e inflexiones de voz

que comunicaban un sentido muy picaresco a las palabras más inocentes. Hablóse después del primer martes de la duquesa, de una bufonada que se había representado el día anterior, de la muerte de un poeta y de las últimas corridas del otoño. El señor Toutin-Laroche, amable a ratos, comparó a las mujeres con las rosas, y el señor de Mareuil, en la turbación en que le habían dejado sus esperanzas electorales, se descolgó con palabras de gran profundidad acerca de la nueva forma de los sombreros. Renata permanecía distraída.

En esto los convidados no comían ya. Un viento cálido parecía haber soplado sobre la mesa, empañando los vasos, desmigajando el pan, ennegreciendo las mondas de las frutas en los platos e interrumpiendo la bella simetría del servicio. Las flores se marchitaban en sus grandes búcaros de plata cincelada. Y los convidados olvidábanse de sí mismos un momento, ante los relieves de los postros, extasiados y sin valor para ponerse en pie. Con un brazo apoyado en la mesa, medio inclinados, ofrecían la mirada opaca, la vaga postración de esa embriaguez mesurada y decente de la gente principal que se alumbraba a traguitos. Las carcajadas habían decaído y las palabras no abundaban gran cosa. Habíase bebido y comido mucho, lo que revestía de mayor gravedad aún al grupo de señores decorados. Las damas, en el pesado ambiente, sentían ciertos efluvios humedecerles frente y nuca. Esperaban pasar al salón, serias, un tanto pálidas, como si sus cabezas hubiesen dado ligeras vueltas. La señora de Espanet estaba coloradita, al paso que los hombros de la señora Haffner habían adquirido la blancura de la cara. Entretanto, el señor Hupel de la Noue examinaba atento el puño de un cuchillo; el señor

Toutin-Laroche continuaba lanzando el señor Haffner relazos de frases, que éste acogía con movimientos de cabeza; el señor de Mareuil soñaba mirando al señor Michelin, quien le sonreía costésmente. En cuanto a la linda señora Michelin, hacía buen rato que no soltaba una palabra; como una amapola colorada, dejaba caer bajo el mantel una de sus manos que el señor de Saffré debía de estrechar en la suya, pues se estiraba torpemente en el borde de la mesa, con las cejas estiradas y con el gesto del hombre que resuelve un problema algebraico. La señora Sidonia había vencido también; los señores Mignon y Charrier, acodados ambos y vueltos hacia ella, parecían hechizados al recibir sus confidencias; ella confesaba que se perecía por las comidas de leche y que tenía miedo a los aparecidos. Y hasta Aristides Saccard, con los ojos medio cerrados, sumido en ese arrobamiento de amo de casa que está seguro de haber achispado honradamente a sus comensales, no pensaba siquiera en dejar la mesa; contemplaba, con respetuosa ternura, al barón Gouraud, pasto de indigestión laboriosa y extendiendo sobre el blanco mantel su derecha mano, mano de viejo sensual, corta, gruesa, cubierta de amoratadas manchas y llena de pelos rojos.

Renata daba fin maquinalmente a las pocas gotas de tokai que quedaban en el fondo de su vaso. El bochornoso calor subíale al rostro, y los cortos cabellos rubios de su frente y nuca, en estado de rebeldía, iban de un lado a otro como agitados por viento húmedo. Sus labios y nariz aparecían como adelgazados nerviosamente, con el semblante mudo del niño que ha bebido vino puro. Si eran buenos y modestos pensamientos los que habían acudido a su mente ante las sombras del parque de Monceaux,

aquellos pensamientos sentíanse entonces anegados en la excitación de los manjares, de los vinos, de las luces, en aquel ambiente perturbador, en que se difundían hálitos y alegrías ardorosos. Ya no cruzaba tranquilas sonrisas con su hermana Cristina y su tía Isabel, modestas ambas, obscureciéndose y hablando apenas. Con severa y dura mirada había hecho bajar la vista al pobre señor de Mussy. En su aparente distracción, aun cuando evitase entonces el moverse, apoyada en el respaldo de la silla, en el que el raso de su corpiño crujía suavemente; dejaba escapar imperceptibles estremecimientos a cada nueva carcajada que llegaba a sus oídos desde el extremo en que Máximo y Luisaromeaban, en voz lo bastante alta para que sobresaliera del moribundo ruido de las conversaciones.

Y detrás de ella, en la penumbra, dominando con su aventajada estatura la mesa en desorden y los convidados medio desfallecidos, Bautista se mantenía en pie, con el semblante blanco, la fisonomía grave y con la desdeñosa actitud del eriado que ha nutrido a sus señores. El era el único que, en aquella atmósfera cargada de embriaguez bajo las reverberantes luces de la araña, que palidecían, permanecía correcto, con su cadena de plata al cuello, con su fría mirada, a la cual los desnudos hombros de las mujeres no llevaba la más ligera llama, con el aspecto de eunuco sirviendo a parisienses de la decadencia y conservando siempre la dignidad de su persona.

Levantóse por fin Renata, con movimiento nervioso. Todos la imitaron y se dirigieron al salón, en donde el café estaba servido.

El gran salón del hotel era una vasta estancia prolongada, una especie de galería que iba de un

pabellón a otro y que ocupaba toda la fachada de la parte del jardín. Una ancha puerta ventana daba a la escalinata. Aquella galería aparecía resplandeciente de oro. El techo, ligeramente abovedado, contenía enguarnaldados caprichosos, corriendo alrededor de grandes medallones dorados, que resplandecían como escudos rosetones y deslumbradoras guirnaldas rodeaban toda la bóveda; unos filetes, semejantes a chorros de metal en fusión, se extendían por las paredes, sirviendo como de marco a los teteros revestidos de tela de seda roja; grandes manojos de rosas, con gavillas de mieses que surgían de la parte superior, se deslizaban a lo largo de los espejos. Una alfombra de Aubusson, con flores de púrpura, se extendían sobre el entarimado. El mueblaje de damasco de seda colorado, las antepuertas y las cortinas de la misma tela, el enorme reloj de rocalla puesto sobre la chimenea, los jarrones de China colocados en las consolas, los pies de dos largas mesas adornadas con mosaicos de Florencia, hasta las jardineras puestas en los vanos de las ventanas: todo sudaba oro, todo destilaba oro. En los cuatro ángulos se veían otros tantos grandes candelabros sostenidos en zócalos de mármol rojo, a los que estaban unidos con cadenas de bronce dorado, que caían con simétrica gracia. Y del techo se desprendían tres arañas con colgantes de cristal, resplandecientes de gotas de luz azul y rosa, y cuyas fulgurantes claridades hacían despedir llamas a todo el oro del salón.

Los hombres no tardaron en retirarse al fumadero. El señor de Mussy fué a tomar familiarmente el brazo de Máximo, a quien había conocido en el colegio, aunque tenía seis años más que él. Llevóle hacia la terraza, y luego que hu-

hieron encendido un cigarro, quejóse amargamente de Renata.

—Pero, ¿qué es lo que tiene? dígame usted. Ayer la vi y estaba amabilísima. Y he aquí que hoy me trata como si todo hubiese concluido entre nosotros. ¿Qué crimen he podido cometer? Me haría usted un gran favor, querido Máximo, si la preguntara y le dijera lo mucho que me hace padecer.

—¡Ah! en cuanto a eso, no — contestó Máximo riendo. — Renata está nerviosa, y no tengo empeño en recibir el chaparrón. Compónganselas ustedes, y obre usted por sí mismo.

Y agregó, después de haber lanzado sibaríticamente una bocanada de humo de su cigarro habano:

—¡Pues bonito papel quiere usted que yo haga!

Pero el señor de Mussy púsose a hablar de su estrecha amistad, y acabó por decirle que no esperaba sino una ocasión para probarle lo mucho que le consideraba. Teníase por muy desgraciado; ¡era tanto lo que quería a Renata!

—Bueno, bueno, convenido — dijo por último Máximo, — ya le diré algo; mas tenga usted entendido que nada prometo; de seguro que me mandara a que se lo cuente a mi abuela.

Entraron en el fumadero y se arrellenaron en cómodos sillones camas. Allí, durante media hora larga, el señor de Mussy contó sus cuitas a Máximo; díjole por la décima vez cómo se había enamorado de su hermosa madrastra y cómo ella se había dignado distinguírle; y Máximo, en tanto que daba fin a su cigarro, se puso a aconsejarle, a explicarle el carácter de Renata y a aconsejarle de qué medios habría de valerse para dominarla.

—Si yo estuviera en lugar de usted, obraría

con mucho atrevimiento. Eso es lo que a ella le gusta.

La sala de fumar, al extremo del gran salón, era una de las habitaciones redondas formadas por las torrecillas; su decorado era riquísimo al par que sobrio. Tapizada con imitaciones del cuero de Córdoba, tenía cortinajes y antepuertas de tela argelina, y, como alfombra, una moqueta de dibujo persa. El mueblaje, tapizado de piel de zapa, color de madera, componíase de taburetes, de butacas y de un diván circular, que guardaba en parte la redondez de la habitación. La pequeña araña del techo, los adornos tanto del velador como de la chimenea, eran de bronce florentino color verde pálido.

Apenas habían quedado con las damas algunos jóvenes y ciertos viejos de pálido y blandujo semblante, que tenían horror al tabaco. En el fumadero se reía y se bromeaba con entera libertad. El señor Hupel de la Noue regocijó por todo lo alto a aquellos señores, contándoles de nuevo la historia que había referido durante la comida, pero con aditamentos de color más que subido. Era aquella su especialidad, contaba siempre con dos versiones de una anécdota, una para las señoras y otra para el sexo feo.

Así que entró Aristides Saccard, todos le rodearon y le dieron la enhorabuena, pero como hacía como que no entendía, el señor de Saffré le dijo, empleando una frase muy aplaudida, que había merecido bien de la patria, con evitar que la hermosa Laura de Aurigny hubiese pasado a los ingleses.

—No, no, señores, en verdad que ustedes se equivocan — tartamudeó Saccard con falsa modestia.

—Vaya, no vengas ahora defendiéndote — ex-

clamó regocijadamente Máximo.—A tu edad eso es de primera.

El joven, que acababa de tirar el cigarro, se volvió al gran salón. Había llegado mucha gente. La galería estaba atestada de trajes negros, en pie y hablando a media voz, y de faldas, holgadamente extendidas a lo largo de los confidentes. Los criados empezaron a pasear bandejas de plata cargadas de helados y de vasos de ponche.

Máximo, que deseaba hablar con Renata, atravesó el gran salón en toda su longitud, sabiendo muy bien en dónde daría con el cenáculo de aquellas señoras. Había, en el otro extremo de la galería, y formando juego con el salón de fumar, una pieza redonda de la que se había hecho un precioso retrete; con sus tapicerías, sus cortinajes y sus antepuertas de raso botón de oro, revestía un voluptuoso encanto, un sabor original y exquisito. Los resplandores de la araña, delicadamente dispuesta, cantaban una sinfonía en amarillo menor, en medio de todas aquellas estofas de color de sol; era como un irradiar de tenues rayos, una puesta de astro que se duerme sobre sábana de doradas mieses. En el suelo, la luz venía a extinguirse sobre una alfombra de Aubusson sembrada de hojas secas. Un piano de ébano, incrustado de marfil, dos pequeños muebles, cuyos espejos permitían ver un mundo de preciosas baratijas, una mesa Luis XVI, una consola jardinera coronada por multitud enorme de flores, bastaban para amueblar la habitación. Los confidentes, las butacas, los taburetes, estaban tapizados de raso botón de oro apuntado, con anchas fajas de raso negro bordado con vistosos tulipanes. Veíanse también allí asientos bajos, todas las variedades elegantes y caprichosas del taburete. La madera de

aquellos muebles quedaba oculta a la vista; el raso, el apuntado, lo cubrían todo. Los respaldos con sus muelles estaban cubiertos por almohadones. Todo allí tenía apariencias de discretos lechos de pluma, en donde se podía dormir y amar, en medio de un cálido ambiente que convidaba a lascivas sensualidades.

Renata sentía predilección por aquel saloncito, una de cuyas puertas-ventanas daba al magnífico invernadero adosado al lado del hotel. Durante el día, allí pasaba sus horas de ocio. La tapicería amarilla, lejos de apagar los tonos de su cálida cabellera, los doraba con resplandores extraños; destacábase su cabeza en medio de claridades de aurora, rosada y blanca como la de la rubia Diana despertándose al herirle la luz matutina; por eso sin duda tenía cariño a aquella habitación, que ponía su belleza tan a la claridad del día.

En aquella ocasión se encontraba allí con sus íntimas amigas. Su hermana y su tía se acababan de ir y ya no había en el cenáculo más que cabezas de chorlito. Medio recostada en un confidente, Renata prestaba oído atento a los secretos de su amiga Adelina, quien le hablaba muy bajo con ademanes de gata y atropelladas risitas. Susana Haffner se hallaba muy rodeada; hacia frente a un grupo de jóvenes, que la estrechaban muy de cerca, sin que perdiese su languidez alemana, su provocativo descaro, desnudo y frío como sus hombros. Allá en un rincón, madama Sidonia daba lecciones en voz bajita a una joven con pestañas de virgen; más allá, Luisa, en pie, hablaba con un buen mozo, tímido que se sonrojaba hasta las orejas; en tanto que el barón Gouraud, en plena luz, dormitaba en su sillón, exhibiendo sus blandujas carnes y sus anchos hombros de elefante macilento.

en medio de las delicadas gracias y de la sedosa delicadeza de las damas. Y en toda la habitación, sobre los vestidos de raso, de anchos pliegues y brillantes como porcelana, sobre los hombros cuya deslumbradora blancura se veía cubierta de diamantes, una claridad de encantamiento caía deshecha como en polvos de oro.

Voces delicadas, y risas semejantes a un arrullo, llegaban a los oídos con tersuras de cristal. Hacía mucho calor; los abanicos con su batir de alas, se agitaban lentamente, difundiendo a cada aleteo, en el lánguido ambiente, los almizclados perfumes de los corpiños.

Cuando Máximo se presentó bajo el dintel de la puerta, Renata, que escuchaba a la marquesa con distracción, se levantó de repente, como si tuviese que desempeñar su papel de ama de casa. Dirigióse al gran salón, a donde la siguió el joven. Allí dió algunos pasos, sonriente, y distribuyendo apretones de manos; después, atrayendo a Máximo aparte:

—Vaya — le dijo a media voz y con irónico acento, — la carga es suave; no resulta tan estúpido el hacerle la corte.

—No comprendo — contestó el joven, que iba a defender la causa de De Mussy.

—Me parece que he hecho bien en no libertarte de Luisa. Parece que los dos vais deprimida.

Y agregó con cierto despecho:

—En la mesa resultaba hasta indecente.

Máximo se echó a reír.

—¡Ah! sí, estuvimos contándonos algunas historias. No conocía bien a esa niña. Es muy graciosa y tiene todo el aspecto de un muchacho.

—¿Crees por ventura, querida mamá, que le he pellizcado las rodillas bajo la mesa? ¡Qué

diantre! ¡uno sabe cómo ha de portarse con su prometida!... Tengo algo más grave que decirte. Escúchame... Me escuchas, ¿verdad?

Y bajó la voz más todavía.

—Verás... De Mussy se siente muy desgraciado, acaba de decírmelo. Por mi parte, como tú comprendes, mi oficio no es el de ponerlos en paz, si por acaso habéis perdido las amistades. Pero, como tú sabes, le conocí en el colegio, y como en realidad parecía desesperado, le he prometido decirte dos palabras.

Y se detuvo. Renata le miraba por modo indefinible.

—¿No contestas?...—prosiguió. Lo mismo da; mi encargo queda desempeñado. Arreglaos como mejor os cuadre. El pobre muchacho me ha dado lástima. Yo, en tu lugar, le enviaría alguna palabra consoladora.

Entonces Renata, que no había cesado de mirar a Máximo con los ojos fijos, en que resplandecía viva llama, contestó:

—Ve y di a De Mussy que me encocora.

Y prosiguió andando lentamente en medio de los grupos, sonriendo, saludando y dando apretones de manos. Máximo se quedó plantado, con tanta boca abierta; después se echó a reír para sus adentros.

Nada deseoso de cumplir el encargo recibido para De Mussy, dió la vuelta alrededor del salón. La velada tocaba a su fin, maravillosa y trivial como todas. Era cerca de media noche y la concurrencia se iba retirando poco a poco.

No queriendo Máximo ir a recogerse, desagradablemente impresionado, se decidió a ir en busca de Luisa. Pasaba por delante de la puerta de salida, cuando vió en el vestíbulo a la preciosa señora de Michelin, a la cual su marido envol-

vía con toda delicadeza en una "salida de baile" azul y rosa.

—Ha estado delicioso, encantador—decía la joven. Durante toda la comida hemos estado hablando de ti. Hablará al ministro; sólo que no es a él a quien el asunto concierne...

Y como, al lado de ellos, un lacayo envolvía al barón Gouraud en un gran gabán forrado de pieles:

—Ese gordo señor sería quien conseguiría el negocio—agregaba al oído de su marido, mientras que éste le anudaba bajo la barba los cordones del capuchón.—Hace cuanto se le antoja en el ministerio. Mañana, en casa de los Mareuil, será preciso tratar...

El señor Michelin se sonrió. Partió con su costilla con toda precaución, como si llevara al brazo un objeto frágil y precioso. Máximo, después de asegurarse con una mirada de que Luisa no estaba en el vestíbulo, se dirigió en derecha al saloncillo. En efecto, se encontraba todavía allí, casi sola, esperando a su padre, quien debió de haber pasado la velada en el fumadero, con los hombres políticos. La marquesa y la señora de Haffner, ya se habían ido. No quedaba más que la señora Sidonia, quien decía a las esposas de algunos funcionarios lo mucho que le gustaban los animales.

—¡Ah! ya está aquí mi maridito—exclamó Luisa.—Siéntese usted aquí y dígame en qué sillón ha podido mi padre quedarse dormido. Sin duda se ha figurado hallarse ya en la Cámara.

Máximo le contestó en el mismo tono, y ambos jóvenes volvieron con la mejor gana a sus regocijadas carcajadas de la comida. Sentado a sus pies, en un asiento muy bajo, acabó por cogerle las manos y por jugar con ella como con un amigo del alma. Y, en realidad, con su vesti-

do de seda blanco, con pintitas coloradas, con su corpiño hasta arriba, con su pecho aplastado y con su cabecilla fea y sagaz de pilluelo, parecía un muchacho disfrazado de mujer. Mas, sucedía a veces que sus delgados brazos y su desviado talle, tomaban posturas de abandono; y la ardiente brillantez que aparecía en el fondo de sus ojos, rebosantes aun de puerilidad, no la llevaban a ruborizarse lo más mínimo por los juegos de Máximo. Y ambos ríe que te ríe, creyéndose solos, sin percatarse siquiera de que Renata estaba en medio del invernadero, medio oculta y mirándoles desde lejos.

Hacia un instante que, al atravesar un pasillo, la vista de Máximo y de Luisa hizo que la joven se detuviera detrás de un arbusto. A su alrededor, el invernadero, semejante a una nave de iglesia, cuyas delgadas columnillas de hierro subían de un solo arranque para sostener la abovedada cubierta de vidrio, ostentaba sus lozanas vegetaciones, sus macizos de poderosas hojas, sus haces exuberantes de verdura.

En el centro, en un estanque de forma elíptica al nivel del suelo, vivía, con la vida misteriosa y glauca de las plantas de agua, toda la flora acuática de las regiones del sol. Los ciclan- tos, alzando sus penachos verdes, rodeaban, con cinturón monumental, el surtidor, que se asemejaba al capitel truncado de alguna columna ciclópea. A los dos extremos, enormes tornelias extendían sus extrañas malezas por encima del estanque, sus ramas secas, desnudas, retorcidas como serpientes enfermas, y dejando caer aéreas raíces, semejantes a redes de pescador colgadas al aire libre. Cerca de la orilla, un pandano de Java desplegaba su gavilla de verdosas hojas, estriadas de rayas blancas, delgadas como espadas, espinosas y dentadas como puñales ma-

layos; y, a flor de agua, en la tibieza de aquella superficie dulcemente dormida, los nenúfares abrían sus rosados cálices, mientras que las enrietas arrastraban sus redondas hojas, sus hojas leprosas, nadando a ras del agua, como caparzones de monstruosos sapos cubiertos de pústulas.

Una ancha capa de selaginela rodeaba el estanque; esta especie de helecho enano formaba una espesa alfombra de musgo, de verde claro; y, más allá de la grande avenida circular, cuatro enormes grupos de árboles se remontaban vigorosamente hasta la bóveda; las palmeras, gráciosa y ligeramente inclinadas, abrían sus abanicos, dejando caer sus palmas, cual si fuesen remos dispuestos para su eterno viaje por el azulado firmamento; los grandes bambúes de la India se alzaban rectos, delgados y duros, dejando caer desde la altura su ligera lluvia de hojas; un ravenalo, el árbol del viajero, alzaba su ramillete de inmensas pantallas chinas; y, allá en un rincón, un plátano, cargado de racimos de fruto, extendía en todas direcciones sus largas hojas horizontales, en las que dos amantes podrían tenderse con comodidad, estrechándose el uno contra el otro. Veíanse en los ángulos euforbios de Abisinia, esos cirios espinosos, contrahechos, llenos de vergonzosas jorobas, su- dando veneno. Y, bajo los árboles, para cubrir el suelo, los helechos enanos, los adiantos y los ptérides, ostentaban sus delicados encajes y sus elegantes recortes. Las alofilas, de la más alta especie, extendían sus gradas de ramas simétricas, y de seis ángulos, y tan regulares, que habríaselas tenido por grandes piezas de fayenza destinadas a contener frutas de algún postre gigantesco. Una orla de begonias y de caladios rodeaba los grupos; las begonias, de retorcidas

hojas, elegantemente manchadas de verde y rojo; los caladios, cuyas lanceoladas hojas, blancas y con nervios verdes, parecen anchas alas de mariposa; todas plantas raras cuyo follaje vive por modo extraño, con sombrío brillo o pálido de enfermizas flores.

Detrás de los grupos de vegetación, otra avenida, más estrecha, daba la vuelta al invernadero. Allí, sobre una gradería, que medio ocultaba los tubos de calefacción, florecían las marantas, suaves al tacto como terciopelo; las gloninias, con campanillas color de violeta, las dracenas, semejantes a hojas de viela laca barnizada.

Pero uno de los principales encantos de aquel jardín de invierno se encontraba en los cuatro ángulos; eran una especie de antros de verdura, unos a modo de bóvedas profundas, cubiertas por espesos cortinajes de bejucos y otras plantas trepadoras. Algunos trozos de selva virgen habían levantado en aquellos sitios verdaderas murallas de follaje, con su impenetrable desorden de flexibles vástagos, enredándose en el ramaje, atravesando el espacio con atrevido vuelo y volviendo a caer de la bóveda como borlas de ricas colgaduras. Un árbol de la vainilla, cuyo maduro fruto exhalaba penetrante perfume, se extendía por la redondez de un pórtico guarnecido de musgo; las cocas de Levante tapizaban las columnitas con sus redondas hojas; las bauhimias, con sus racimos rojos, los quíscualos, cuyas flores pendían como collares de bujerías de vidrio, desfilaban, se esparcían, se anudaban, como delgadas culebras, jugando y extendiéndose sin fin en los oscuros verdores.

Y, bajo las arcadas, entre las espesuras, aquí y allá, unas cadenitas de hierro sostenían canastillas, en las cuales se ostentaban brquídeas,

plantas raras de aire libre, que prenden por doquier sus vástagos nudosos, rechonchos y encorvados, como miembros enfermos. Veíanse allí también zuecos de Venus, cuya flor guarda semejanza con una maravillosa zapatilla, guarnecida en el talón con alas de libélula, o caballito del diablo; las aéridas, de tan delicado perfume; las stanhopeas, las flores pálidas y atigradas, que transmiten a lo lejos tan desagradable aliento, como el de la amarga garganta del convaleciente.

Pero lo que, entre todas las vueltas y revueltas de las avenidas, atraía las miradas, era un gran hibisco de la China, cuya inmensa sábana de verdura y de flores cubría todo el lado del hotel en que el invernáculo estaba adosado. Las anchas flores color de púrpura de aquella malva gigantesca que se reproducían sin cesar, tan sólo viven unas horas; habríaselas tenido por sensuales bocas de mujer, que se abrían con los labios rojos y húmedos de alguna gigantesca Mesalina, a quien los besos mataban y que renacían a la continua con su sonrisa ávida y sangrienta.

Renata, junto al estanque, se estremecía en medio de aquella soberbia florescencia. Detrás de ella, una gran esfinge de mármol negro, asentada sobre un bloque de granito, con la cabeza vuelta hacia el acuario, ostentaba una sonrisa de gato astuto y cruel, y aparecía, como el Idolo sombrío, de relucientes muslos, de aquella tierra de fuego. En semejante hora, los globos de cristal mate iluminaban el follaje de blancos fulgores; las estatuas, los bustos de mujer, cuyo cuello se ladeaba henchido de risas, aparecían blancos en el fondo de las espesuras, con manchas de sombras que reforcían sus locas carcajadas. En el agua espesa y dormida del estan-

que, extraños y jugueteros rayos se movían, iluminando con indecisas formas los verdosos conjuntos, semejantes a bosquejos monstruosos. Sobre las lisas hojas del Ravenala, sobre los barnizados abanicos de las palmas brasileñas; extendíase una oleada de resplandores blanquecinos; al paso que, de los encajes de los helechos, caían en menuda lluvia gotas de luz; en lo alto brillaban reflejos de cristal entre las sombrías copas de las altas palmeras. Después, todo alrededor, en la obscuridad se amontonaba; las bóvedas, con su follaje de trepadores bejucos, anegábanse en las tinieblas, como nidos de reptiles aletargados.

E, inundada en vivísima luz, Renata pensaba mirando de lejos a Luisa y a Máximo. No era ni el ensueño flotante, ni la adormecida tentación del crepúsculo, en las frescas avenidas del Bosque. Sus pensamientos no se hallaban ya arrullados y adormecidos por el tróte de sus caballos, a lo largo de las praderas de musgo y de los bosquecillos, en donde las familias burguesas comen los domingos. Ahora un deseo franco, agudo la embargaba.

Un amor inmenso, una voluptuosa necesidad se cernía en aquella cerrada nave, en donde hervía la ardiente savia de los trópicos. Sentíase la joven como en brazos de esas potentes bodas de la naturaleza que engendraba en torno suyo los follajes sombríos, los troncos colosales, y los punzantes alumbramientos de aquella madre de fuego, aquel florecimiento de selva, aquel mar de vegetaciones, ardientes desde las mismas entrañas que las nutrían... lanzaban sobre ella turbadores efluvios cargados de embriaguez. A sus pies, el estanque, la masa de agua tibia, espesada por los jugos de las raíces flotantes, parecía despedir humo y llevaba a sus hombros

un manto de pesados vapores, una cálida atmósfera que le encendía la piel, como al contacto de una mano húmeda de voluptuosidad. Sentía sobre su cabeza el rocío de las palmeras y los elevados follajes despedir sus aromas. Y mucho más que la ardiente sofocación de la atmósfera, más que las vivas claridades, más que las flores anchas, deslumbradoras, semejantes a rostros, riendo, o haciendo muecas entre las hojas, eran los embriagadores perfumes los que sobre todo la trastornaban. Olores indefinibles, penetrantes, excitativos, formados de perfumes mil; transpiraciones humanas, alientos de mujer, olores de cabelleras; ráfagas suaves e insulsas hasta el desmayo, veíanse interrumpidas por bocanadas pestilenciales, rudas, cargadas de venenos. Pero, en medio de aquella extravagante música de olores, la frase melódica que volvía siempre, dominando, ahogando las delicadezas de la vainilla y las agudas puntas de las orquídeas, era aquel olor humano, penetrante, sensual, aquel olor de amores que exhala por las mañanas la cerrada alcoba de los jóvenes esposos.

Renata, poco a poco, se había ido acercando al zócalo de granito. Con su traje de raso verde, con la garganta y el rostro teñidos de rojo, humedecidos por las diáfanas gotas de sus diamantes, parecía a una gran flor, rosada y verde, a uno de los nenúfares del estanque, languideciente por el calor.

En aquella hora de clara visión, todas sus buenas resoluciones se desvanecían para siempre, la embriaguez de la comida subíasele a la cabeza, imperiosa, cantando victoria, centuplicada por los ardorosos efluvios de la estufa. Ya no pensaba en el fresco ambiente de la noche que la había calmado, en aquellas susurrantes

sombras del parque, cuya voz le había aconsejado la dichosa paz. Sus sentidos de ardiente mujer, sus caprichos de mujer estragada, despertábanse en ella. Y, por encima de su cabeza, la grande esfinge de mármol negro se reía con risa misteriosa, como si hubiese leído el deseo al fin formulado que galvanizaba aquel corazón muerto, el deseo, por tanto tiempo fugitivo. Aquella "otra cosa", en vano buscada por Renata, en los vaivenes de su carretela, en el invisible polvillo de la caída de la tarde, acababa de serle repentinamente revelada a la viva claridad, en medio de aquel jardín de fuego, a la vista de Luisa y Máximo, riendo y jugando, con las manos entrelazadas.

En aquel instante salió un rumor de voces de una de las cercanas grutas, a donde Aristides Saccard había llevado a los señores Mignon y Charrier.

—No, en rigor de verdad, señor Saccard—decía la tartajosa voz de este último,—no nos es posible volvérselo a comprar a usted a más de doscientos francos el metro.

Y la agria voz de Saccard exclamaba:

—Mas, por lo que toca a mi padre, ustedes me han adjudicado el metro de terreno a razón de doscientos cincuenta francos.

Y las voces continuaron, brutales, repercutiendo por modo extraño en las colgantes ramas del follaje. Mas no hicieron sino atravesar como vano ruido el ensueño de Renata, ante cuyo espíritu se erguía, con la atracción del vértigo, un goce desconocido, furioso de crimen, más ardiente que cuantos había ya apurado, el último que le quedaba por gozar. Ya no se sentía cansada.

El arbusto tras del cual medio se ocultaba, era una planta maldita un tanghin de Madagascar,

con anchas hojas de boj, con ramas blancuzcas, cuyos menores nervios destilaban un jugo ponzoñoso. Y en un instante, cuando Luisa y Máximo reían de la mejor gana, en el reflejo amarillo, en la puesta del sol del saloncillo, Renata, fuera de sí, con la boca seca e irritada, llevóse a los labios una ramita de tanghin que se hallaba a la altura de su boca, y mordió una de sus amargas hojas.

II

Aristides Rougon cayó sobre París al siguiente día del 2 de diciembre, con ese olfato de las aves de rapiña que huelen de lejos los campos de batalla. Llegaba de Plassans, subprefectura del Mediodía, en donde su padre acababa de pescar en el río revuelto de los acontecimientos una recaudación largo tiempo codiciada. Aristides, joven aun, después de haberse comprometido como un tonto, sin gloria ni provecho, debió de considerarse muy feliz con sólo haber salido indemne de la sarracina. Acudía, dado a los mil demonios por haber errado el camino, echando sapos y culebras de la provincia, hablando de París con apetitos de lobo y jurando que no volvería a ser tan rocín; la incisiva sonrisa que acompañaba estas palabras adquiría una endiablada significación en sus delgados labios.

Llegó a París en los primeros días de 1852. Llevaba consigo a su mujer, rubia e insípida, a quien instaló en una mezquina habitación de la calle de Saint-Jacques, como mueble que es-

sombras del parque, cuya voz le había aconsejado la dichosa paz. Sus sentidos de ardiente mujer, sus caprichos de mujer estragada, despertábanse en ella. Y, por encima de su cabeza, la grande esfinge de mármol negro se reía con risa misteriosa, como si hubiese leído el deseo al fin formulado que galvanizaba aquel corazón muerto, el deseo, por tanto tiempo fugitivo. Aquella "otra cosa", en vano buscada por Renata, en los vaivenes de su carretela, en el invisible polvillo de la caída de la tarde, acababa de serle repentinamente revelada a la viva claridad, en medio de aquel jardín de fuego, a la vista de Luisa y Máximo, riendo y jugando, con las manos entrelazadas.

En aquel instante salió un rumor de voces de una de las cercanas grutas, a donde Aristides Saccard había llevado a los señores Mignon y Charrier.

—No, en rigor de verdad, señor Saccard—decía la tartajosa voz de este último,—no nos es posible volvérselo a comprar a usted a más de doscientos francos el metro.

Y la agria voz de Saccard exclamaba:

—Mas, por lo que toca a mi padre, ustedes me han adjudicado el metro de terreno a razón de doscientos cincuenta francos.

Y las voces continuaron, brutales, repercutiendo por modo extraño en las colgantes ramas del follaje. Mas no hicieron sino atravesar como vano ruido el ensueño de Renata, ante cuyo espíritu se erguía, con la atracción del vértigo, un goce desconocido, furioso de crimen, más ardiente que cuantos había ya apurado, el último que le quedaba por gozar. Ya no se sentía cansada.

El arbusto tras del cual medio se ocultaba, era una planta maldita un tanghin de Madagascar,

con anchas hojas de boj, con ramas blancuzcas, cuyos menores nervios destilaban un jugo ponzoñoso. Y en un instante, cuando Luisa y Máximo reían de la mejor gana, en el reflejo amarillo, en la puesta del sol del saloncillo, Renata, fuera de sí, con la boca seca e irritada, llevóse a los labios una ramita de tanghin que se hallaba a la altura de su boca, y mordió una de sus amargas hojas.

II

Aristides Rougon cayó sobre París al siguiente día del 2 de diciembre, con ese olfato de las aves de rapiña que huelen de lejos los campos de batalla. Llegaba de Plassans, subprefectura del Mediodía, en donde su padre acababa de pescar en el río revuelto de los acontecimientos una recaudación largo tiempo codiciada. Aristides, joven aun, después de haberse comprometido como un tonto, sin gloria ni provecho, debió de considerarse muy feliz con sólo haber salido indemne de la sarracina. Acudía, dado a los mil demonios por haber errado el camino, echando sapos y culebras de la provincia, hablando de París con apetitos de lobo y jurando que no volvería a ser tan rocín; la incisiva sonrisa que acompañaba estas palabras adquiría una endiablada significación en sus delgados labios.

Llegó a París en los primeros días de 1852. Llevaba consigo a su mujer, rubia e insípida, a quien instaló en una mezquina habitación de la calle de Saint-Jacques, como mueble que es-

torba y del que corre prisa deshacerse. La joven no había querido separarse de su hija Clotildita, niña de cuatro años, que con mil amores habría dejado su padre a cargo de su familia. Mas no se había resignado a ceder al deseo de Angela sino con la condición de dejar como olvidado en el colegio de Plassans a su hijo Máximo, un galopin de once años, sobre el que su abuela había prometido velar. Aristides quería tener manos desatadas; una mujer y una hija parecíanle ya enorme peso para un hombre decidido a pasar todos los rubicones, aun a costa de escapar desplomándose o de rodar sobre el lodo.

La tarde misma de su llegada, mientras que Angela desataba los bultos, no vió la hora de lanzarse a París, de corretear con sus gruesos zapatos de provinciano aquel ardoroso suelo, del que esperaba hacer surgir millones. Fué aquello como una verdadera toma de posesión. Anduvo por andar, yendo a lo largo de las aceras, como sobre país conquistado. Tenía muy en su mente la visión de la batalla que venía a librar, y no le repugnaba compararse con cualquier hábil forzador de cerraduras, que, por astucia o por violencia, se dispusiese a tomar su parte en la riqueza común que hasta allí se le había malévolamente negado. Si hubiese abrigado la necesidad de una excusa, habría invocado sus sofocadas aspiraciones durante diez años, su miserable vida de provincia, sus faltas sobre todo, de las cuales hacía responsable a la sociedad entera. Pero en aquella ocasión, en la emoción aquella del jugador que pone por fin sus codiciosas manos en el tapete verde, era todo alegría, alegría propia, en que sobresalían satisfacciones de envidioso y esperanzas de bribón impune. El ambiente de París le embriagaba; en el rodar de los carruajes figurábasele oír las

voces de las hechicerías de Macbeth que le gritaba: ¡Tú serás rico! Durante cerca de dos horas anduvo así de calle en calle, saboreando las voluptuosidades del hombre que se pasea entre sus propios vicios. No había vuelto a París desde el dichoso año que había pasado allí como estudiante.

La noche se venía encima; su ensueño tomaba creces ante los vivos resplandores que los cafés y las tiendas lanzaban sobre las aceras; se extravió.

Cuando alzó la vista se encontraba hacia la mitad del arrabal Saint-Honoré. Uno de sus hermanos, Eugenio Rougon, habitaba en una calle cercana, la de Penthievre. Aristides, al dirigirse a París, había contado sobre todo con Eugenio, quien, después de haber sido uno de los más activos agentes del golpe de Estado, era en aquel entonces un poder oculto, un abogadillo, en quien renacía un gran hombre político; mas, por una superstición de jugador, no quiso llamar aquella noche a la puerta de su hermano. Regresó lentamente a la calle de Saint-Jacques, pensando en Eugenio con reconcentrada envidia, mirando su traje tan traído como llevado, cubierto aun con el polvo del camino, y tratando de sonsolarse volviendo a acariciar sus ensueños de riqueza. Pero aun este sueño habíasele tornado en amargura; habiéndose echado a la calle, cediendo a una necesidad de expansión, habíale regocijado la actividad de las tiendas de París, pero regresó a su casa de pésimo talante en vista de la felicidad que parecía recorrer las calles, de más negro humor al imaginarse esas encarnizadas luchas en las cuales tendría el placer de mezclarse para tomar un juguete de aquella turba que le había codeado en las aceras. Jamás ha-

bia sentido apetitos tan feroces, ardores tan inmediatos de placeres.

Al día siguiente a primera hora se hallaba en casa de su hermano. Eugenio habitaba dos grandes habitaciones, frías y apenas amuebladas, que dejaron helado a Aristides. Esperaba hallar a su hermano nadando en pleno lujo, y le vió trabajando ante una mesita pintada de negro.

Eugenio se contentó con decirle con su voz lenta y sonriéndole:

— ¡Ah! eres tú, te esperaba.

Aristides le habló con suma acritud. Acusó a Eugenio de haberle dejado vegetar, de no haberle hecho siquiera la limosna de un buen consejo mientras chapoteaba en provincia. No debía perdonarse jamás el haber estado siendo republicano hasta el 2 de diciembre; ésta era su viva llaga, su eterna humillación.

Eugenio, con el mayor sosiego, había vuelto a tomar la pluma. Así que hubo terminado, le dijo:

— ¡Bah! Todas las faltas pueden repararse. El porvenir te sonríe.

Pronunció aquellas palabras con tan clara voz, con tan penetrante mirada, que Aristides bajó la cabeza, conociendo que su hermano penetraba en lo más hondo de su ser. Este prosiguió con amistosa rudeza:

— Tú vienes para que yo te coloque, ¿no es así? En ti tengo pensado, pero por ahora con nada he podido dar. Comprende que no me es fácil colocarte sea donde sea. Necesitas un empleo en que hagas tu negocio sin peligro para ti ni para mí. No vengas con exclamaciones; estamos solos y podemos decirnos ciertas cosas...

Aristides tomó el partido de echarse a reír.

— ¡Oh! ya sé que eres inteligente — prosiguió Eugenio, — y que no cometerás ninguna necesidad

improductiva... En el punto y hora en que una buena ocasión se presente, yo te colocaré. Si de aquí a entonces necesitas alguna moneda de veinte francos, ven a pedírmela.

Hablaron un instante de la insurrección del Mediodía, mediante la cual su padre había ganado su recaudación. Mientras iban hablando, Eugenio se vestía. Ya en la calle, en el momento de separarse de él, detuvo a su hermano un instante todavía y le dijo en voz aun más queda:

— Te agradeceré que no andes correteando las calles y que esperes con toda tranquilidad en tu casa el empleo que te prometo... Me sería desagradable el ver a mi hermano hacer antecámaras.

Aristides tenía un gran respeto a Eugenio, quien le parecía un mozo como hay pocos. No le perdonaba sus desconfianzas ni su franqueza un tanto ruda; mas esto no implicaba para que se fuese a encerrar dócilmente en la calle de Saint-Jacques. Había venido con quinientos francos que le había prestado el padre de su mujer. Una vez satisfechos los gastos de viaje, hizo que le durasen un mes los trescientos francos que le quedaban. Angela comía como una descosida; y fuera de esto, tuvo por cosa indispensable el renovar su traje de días de fiesta mediante unos adornos de cintas de color de malva. Aquel mes de espera pareció interminable a Aristides. La impaciencia le encendía la sangre. Cuando se asomaba a la ventana y sentía a sus pies la labor gigante de París, asaltábanle anhelos locos de meterse de hoz y de coz en aquel horno para amasar oro con sus febriles manos, como si fuese blanda cera. Aspiraba aquellos efluvios, vagos aun, que subían de la gran ciudad, aquellos hálitos del naciente imperio, en donde ya se difundían perfumes de alco-

bas y de embrollos financieros, calores de placeres. Los débiles perfumes que hasta él llegaban decíanle que estaba ya sobre la buena pista, que el ciervo corría delante de él y que la grande caza imperial, la de las aventuras, de las mujeres, de los millones, tenía su comienzo en fin. Sus narices se dilataban y su instinto de animal hambriento se apoderaba maravillosamente al paso de los menores indicios del festín de la caza aún caliente de que iba a ser teatro la ciudad.

En dos ocasiones fué a casa de su hermano para activar sus asuntos. Eugenio le recibía con sequedad, repitiéndole que no le olvidaba, pero que era preciso esperar. Por último recibió una carta, en la que le rogaba que se pasase por la calle de Penthièvre. Fué allá, latándole fuertemente el corazón, como si se tratase de una cita amorosa. Encontró a Eugenio ante su eterna mesita negra, en la gran estancia helada que le servía de oficina. En cuanto lo vió, el abogado le alargó un papel, diciendo:

—Toma, hasta ayer no he recibido lo que te concierne. Has sido nombrado comisario-veedor, adjunto al Ayuntamiento. Tendrás un sueldo de dos mil cuatrocientos francos.

Aristides había permanecido de pie; púsose pálido y no tomó el documento, creyendo que su hermano se burlaba de él. Había esperado cuando menos un destino de seis mil francos. Eugenio, adivinando lo que pasaba en su interior, se volvió en su silla, y cruzándose de brazos:

—¿Si serás un estúpido?—le preguntó un tanto encolerizado.—A lo que se ve, te haces ilusiones de doncella. Tú querías, de golpe y porrazo, habitar en soberbia casa, tener criados, comer bien, dormir sobre sedas y regalarte, de

prisa y corriendo, en brazos de la primera que llegue, en un cuarto amueblado en dos horas... Tú y los que son como tú, si os dejásemos obrar, vaciaríais las arcas antes de que estuviesen llenas. ¡Ah, gran Dios! ten un poco de paciencia. Ya ves cómo yo vivo, y tómate siquiera el trabajo de bajarte para recoger una fortuna.

Y hablaba con soberano desprecio de las impaciencias de estudiante de su hermano. En su palabra ruda se adivinaban ambiciones más elevadas, deseos de poderío por todo lo alto; aquel cándido apetito de riquezas debía de parecer burgués y pueril. Con tono más dulce y con delicada ironía prosiguió:

—En realidad, tus disposiciones son excelentes y no tengo para qué contrariarlas. Los hombres como tú son de los que no hay. Es nuestro deber el elegir nuestros buenos amigos entre los más hambrientos. Vive tranquilo, pues; tendremos mesa puesta, y los mayores apetitos quedarán satisfechos. Este es todavía el método más cómodo para reinar... Pero, por favor, espera a que el mantel esté puesto, y, si quieres creerme, tómate el trabajo de ir en persona a la oficina a tomar tu cubierto.

Aristides permaneció sombrío. Las ingeniosas comparaciones de su hermano no le desarrugaban el ceño. Entonces éste montó de nuevo en cólera.

—¡Vamos!—exclamó,—no rectifico mi primera opinión: eres tonto de capirote... ¡Eh! ¿qué es lo que esperabas? ¿qué creías tú que iba yo a hacer de tu ilustre persona? Ni siquiera tuviste valor para dar fin a tu carrera de abogado, te has enterrado durante diez años en un miserable empleo de dependiente de subprefectura, te me presentas con una detestable reputación de republicano, a quien tan sólo el golpe de Estado

ha podido convertir... ¿Crees que con tales antecedentes puede verse en ti la madera de un ministro?... ¡Oh! yo sé que alimentas para ti el feroz anhelo de llegar lo más alto por todos los medios posibles. Gran virtud es esa, convengo en ello, y precisamente, teniéndole en cuenta, he tenido cuidado de hacerte entrar en el Ayuntamiento.

Levantóse, y poniendo el nombramiento en manos de Aristides:

—Toma — prosiguió; — día llegará en que me des las gracias. Soy yo quien ha elegido el empleo, porque sé el partido que puedes sacar... No tendrás que hacer otra cosa sino mirar y escuchar; si eres inteligente, comprenderás, y obrarás... Ahora, atiende bien a lo que me queda que decirte; estamos en una época en que todas las fortunas son posibles. Gana mucho dinero, te lo permito; pero nada de necedades, nada de escándalos ruidosos, o te suprimo.

Aquella amenaza produjo el efecto que sus promesas no habían podido conseguir. Toda la fiebre que dominaba a Aristides se encendió de nuevo a la sola idea de aquella fortuna de que su hermano le hablaba. Pareciale que se le lanzaba por último a la contienda, autorizándole hasta a arruinar al mundo entero, con tal de que se hiciese legalmente, sin hacer gritar demasiado. Eugenio le dió doscientos francos para esperar a fin de mes. Después se quedó pensativo.

—Me propongo cambiar de nombre — dijo por último; — tú deberías hacer lo mismo... Así nos estorbaremos menos.

—Comb te parezca — contestó tranquilamente Aristides.

—No tendrías que ocuparte de nada; me en-

cargo de las formalidades... ¿Quieres llamarte Sicardot, tomando el nombre de tu mujer?

Aristides dirigió los ojos al techo, y repetía, escuchando la música de las sílabas:

—Sicardot... Aristides Sicardot... No, a fe mía; esto es de zoquetes, y hasta huele a suspensión de pagos.

—Busca otra cosa — dijo Eugenio.

—Preferiría Sicard lisa y llanamente — contestó el otro tras de corto silencio; — Aristides Sicard... no resulta tan mal... ¿no te parece?... tal vez un tanto divertido...

Meditó de nuevo, y al fin exclamó con acento de triunfo:

—Ya di con él... Saccard, Aristides Saccard... con dos c... ¡Eh! En este nombre hay dinero; diríase que se cuentan monedas de cien sueldos.

Las bromas de Eugenio eran de lo más cruel. Despidió a su hermano, diciéndole con una sonrisa:

—Sí, es un nombre muy a propósito para ir a presidio o para ganar millones.

Unos días después Aristides Saccard entraba en el Municipio. Supo que su hermano había tenido que echar mano de todo su crédito para hacerle entrar sin los exámenes de costumbre.

Entonces empezó para la familia la vida monótona de los empleados de corto sueldo. Aristides y su mujer reanudaron sus costumbres de Plassans. No había más sino que se venían abajo desde la soñada altura de una fortuna repentina, y su mezquina vida les pesaba tanto más cuanto que le consideraban como un tiempo de prueba, cuya duración no les era dado fijar. Ser pobre en París es ser pobre dos veces. Angela aceptaba la miseria con su flojedad de clorótica; pasaba los días en la cocina, o bien tendida en el suelo, jugando con su hija, no lamen-

tándose sino cuando quedaba tan sólo una moneda de veinte francos. Pero Aristides se ponía hecho una furia en medio de aquella pobreza, de aquella existencia reducida, en la que daba vueltas como una fiera enjaulada. Fué aquel un tiempo de sufrimientos indecibles: su orgullo manaba sangre, y sus ansias no saciadas le azotaban furiosamente. Su hermano consiguió ser enviado al Cuerpo legislativo por el distrito de Plassans, y esto le hacía sufrir más aun. Sentía demasiado la superioridad de Eugenio para mostrarse neciamente celoso; acusábale de que no hacía por él lo que hacer habría podido. En más de una ocasión la necesidad le obligó a ir a llamar a su puerta para pedirle prestado algún dinero. Eugenio lo prestaba, mas echándole en cara con rudeza su falta de valor y de voluntad. Desde entonces Aristides se mantuvo aún más firme, y juró no volver a pedir un sueldo a nadie, y mantuvo su palabra. Los ocho últimos días del mes, Angela comía pan seco, suspirando. Aquel aprendizaje acabó la terrible educación de Saccard. Los labios se le adelgazaron más aún; no abrigó por más tiempo la necedad de soñar millones en voz alta; su raquítica persona enmudeció y expresó tan sólo una voluntad, una idea fija, a todas horas acariciada. Cuando corría desde la calle de Saint-Jacques al Municipio, sus tacones gastados resonaban por modo extraño en las aceras, y se abotonaba en su levita raída como en un asilo de odio, mientras que su hocico de garduña husmeaba el aire; anguloso rostro de la miseria ceciosa, a quien se veía azotar las calles de París, paseando sus planes de fortuna y el sueño de su satisfacción.

Hacia los comienzos de 1853, Aristides Saccard fué nombrado comisario-inspector. Ganaba

cuatro mil quinientos francos. Aquel momento llegaba en la mejor oportunidad: Angela desfallecía a ojos vistas; Clotildita no podía estar más pálida.

Conservó su reducida vivienda en dos habitaciones, con el comedor amueblado de nogal y la alcoba de caoba, llevando siempre una existencia severa, evitando las deudas, resistiéndose a meter las manos en el dinero de los demás hasta que pudiese hundirlas hasta los codos. Así engañaba a sus propios instintos, desdeñosos de los escasos sueldos que le llegaban de extraordinario, manteniéndose en acecho. Angela se sintió feliz a más no poder; se compró algunos atavíos y se puso el asador todos los días. Nada se le alcanzaba ya de las mudas rabetas de su marido, de las sombrías trazas del hombre que persigue la solución de algún pavoroso problema.

Aristides seguía los consejos de Eugenio: escuchaba y miraba. Cuando fué a dar las gracias a su hermano por su ascenso, éste se dió cuenta de la revolución que en él se había operado; dióle la enhorabuena por lo que él llamó su elegancia. El empleado, a quien la envidia mantenía rígido en su interior, había llegado a mostrarse flexible e insinuante. En algunos meses llegó a ser cómico consumado. Toda su verborrea meridional se le había despertado, y llevaba el arte tan lejos, que sus colegas del Municipio le miraban como a un buen muchacho, a quien su inmediato parentesco con un diputado señalaba de antemano para algún empleo de importancia. Aquel parentesco le atraía asimismo la benevolencia de sus jefes. Así era que vivía en una especie de autoridad superior a su empleo, que le permitía abrir ciertas puertas y meter la nariz en ciertos expedientes, sin que

sus indiscreciones pareciesen culpables. Viósele, durante dos años, rodar por todos los corredores, hacerse el distraído en todas las salas y levantarse veinte veces al día para ir a hablar con algún compañero, para llevar una orden, hacer un viaje a través de las oficinas, eternos paseos que hacían decir a sus colegas: "¡Ese demonio de provenzal no se puede estar quieto: tiene azogue en las piernas". Sus íntimos le tenían por un perezoso y el buen hombre se reía cuando le acusaban de que tan sólo procuraba robar algunos minutos a la administración. Jamás comió el pecado de ir a escuchar a las cerraduras; pero tenía un modo particular de abrir las puertas, de atravesar las habitaciones con un papel en la mano, haciéndose el hombre absorto, con tan lento paso y tan regular, que no perdía una palabra de las conversaciones. Fué aquella una ingeniosa táctica; se concluyó por no interrumpirse al paso de aquel activo empleado, que se deslizaba a la sombra de las oficinas y que parecía tan preocupado en su tarea. Pues aun empleaba otro método; su oficiosidad era extrema; cuando se les hacía tarde en su trabajo, ofrecía ayudar a sus camaradas, y así estudiaba los expedientes, los documentos que se le venían a las manos, con reconcentrado cariño. Mas uno de los pecados favoritos lo constituyó el frabar amistad con los mozos de oficina; llegaba hasta darles apretones de manos. Durante horas hacía hablar entre dos puertas, con risitas sofocadas, contándoles historietas y provocando sus confidencias. Aquella buena gente le adoraba, y decían de él: "Este sí que no es orgulloso". Cuando había un escándalo, él era el primero que se enteraba. Así fué que al cabo de dos años, el Municipio no tenía misterios para él; en punto al personal, conocía hasta el último de los lam-

pistas, y en cuanto a papelotes, hasta las cuentas de las lavanderas.

En aquel entonces París ofrecía, para un hombre de las circunstancias de Aristides Saccard, el más interesante de los espectáculos. El imperio acababa de ser proclamado, después de aquel famoso viaje, durante el cual el príncipe había conseguido enardecer el entusiasmo de algunos departamentos bonapartistas. El silencio se había restablecido en la tribuna y en los periódicos. La sociedad, de nuevo salvada, se felicitaba, descansaba y dormía a pierna suelta, ahora que un gobierno fuerte la protegía y que le quitaba hasta la molestia de pensar y de regular sus negocios. La gran preocupación de la sociedad se cifraba en saber a qué diversiones acudiría para matar el tiempo. Según la afortunada expresión de Eugenio Rougon, París se sentaba a la mesa y soñaba en chistes para los postres. La política ponía espanto como droga peligrosa. Los ánimos, ya cansados, volviéronse hacia los negocios y los placeres. Los que poseían dinero lo desenterraban, y los que no lo tenían buscaban por todos los rincones los tesoros olvidados. En el fondo de aquella barahunda sentíase un estremecimiento sordo, un naciente ruido de monedas de cien sueldos, risas cristalinas de mujer, retintines aun debilitados de vajillas y de besos. Y en el gran silencio del orden, en la sosegada paz del nuevo régimen, ascendían toda especie de rumores agradables, de promesas doradas y voluptuosas. No parecía sino que se pasaba por delante de una de esas casitas cuvas cortinas, corridas cuidadosamente, apenas dejan ver sombras de mujeres, y en donde se oye el oro sonar sobre el mármol de las chimeneas. El imperio iba a hacer de París la capital más inmoral de Europa. A aquel puñado de

aventureros que acababan de robar un trono haciale falta un reinado de aventuras, de negocios podridos, de conciencias vendidas, de mujeres compradas, de embriaguez furiosa y universal. Y en la ciudad en donde la sangre de diciembre apenas se había enjugado iba agigantándose, tímido todavía, aquel frenesí de goces que debía de lanzar a la patria al sombrío calabozo de las naciones podridas y deshonradas.

Aristides Saccard, desde un principio, sintió alzarse aquella ola de la especulación, cuya espuma iba a cubrir a París entero; había seguido sus progresos con atención profunda. Hallábase en medio de la caliente lluvia de escudos que caía con toda fuerza sobre los techos de la ciudad. En sus continuas correrías a través del Municipio, había sorprendido el vasto proyecto de la transformación de París, el plan de aquellas demoliciones, de aquellas nuevas vías y de aquellos barrios improvisados, de aquel agiotaje formidable sobre la venta de terrenos y de inmuebles, que encendía, en los cuatro extremos de la ciudad, la batalla de los intereses y el resplandecimiento del lujo a todo un objeto, y fué en aquella época en la que se convirtió en un buen muchacho. Hasta engruesó un poco y cesó de corretear por aquellas calles como gato flaco en busca de su presa. En su oficina, se había hecho más amigo de hablar, más obsequioso que nunca. Su hermano, a quien iba a hacer visitas en cierto medio oficiales, le felicitaba por poner con tan buen acierto sus consejos en práctica. Hacia los comienzos de 1854 Saccard le confió que tenía en perspectiva la mar de negocios, pero que le harían falta considerables adelantos.

—Se buscan—dijo Eugenio.

—Tienes razón, buscaré—contestó sin el menor mal humor, sin parecer darse cuenta de que

su hermano se negaba a facilitarle los primeros fondos.

El conseguir aquellos fondos era la idea que por entonces le ardía en el cerebro. Su plan lo tenía trazado y lo maduraba de día en día. Pero los primeros miles de francos no parecían por parte alguna, y sus energías se aguaron más y más; ya no miraba a las personas sino por modo nervioso e intenso, como si hubiese buscado un prestamista en el primero que pasara. En su casa, Angela continuaba llevando su vida obscura y feliz. El se hallaba en acecho de una ocasión propicia, y sus risas de buen muchacho se hacían más agudas a medida que aquella ocasión tardaba en presentarse.

Aristides tenía una hermana en París. Sidonia Rougon se había casado con un pasante de abogado de Plassans, quien había venido con ella a la calle de Saint-Honoré, para tratar de establecer un comercio de frutos del Mediodía. Cuando su hermano la volvió a encontrar, el marido había desaparecido, y en cuanto al almacén, habíansele comido hacía ya tiempo. Habitaba en la calle del Faubourg-Poissonniere, en un reducido entresuelo, compuesto de tres habitaciones. Tenía alquilada también la tienda de abajo, tienda estrecha y misteriosa, en la que pretendía tener un comercio de encajes. Veíanse, en efecto, en la vitrina pedazos de bordados y de valenciennes suspendidos en triángulos de alambre dorado; pero en el interior habríasela tenido por una antesala con relucientes ensambladuras, sin la menor apariencia de mercaderías. Tanto la puerta como la vidriera, estaban provistas de sutiles cortinas que, poniendo la tienda al abrigo de las miradas de la calle, acababan de prestarle el aspecto velado y de discreción de una sala de espera que daba a

un desconocido templo. Cosa rara era que se viese un cliente en casa de la señora Sidonia, y hasta era lo más frecuente el que se quitase el llamador de la puerta. En el barrio hacía correr la voz de que ella iba en persona a ofrecer sus blondas a las señoras ricas. El modo como estaba dispuesta aquella casa era, a lo que ella decía, lo que le había hecho alquilar la tienda y el entresuelo, que se comunicaban por una escalera oculta en la pared. En efecto, la vendedora de encajes se hallaba a la continua fuera de casa; veíasele diez veces al día salir y entrar con precipitación. Por lo demás, de lo que menos se ocupaba era del comercio de encajes; utilizaba el entresuelo y lo llenaba con alguno que otro saldo obtenido no se sabía de dónde. Allí había vendido objetos de caucho, capotes, zapatos, etc.; después, y sucesivamente, fué vendiendo un nuevo aceite para hacer nacer los cabellos, aparatos de ortopedia, cuya explotación le dió grandes quebraderos de cabeza. Cuando su hermano fué a verla, comerciaba en pianos, y tenía el entresuelo atestado de aquellos instrumentos; había pianos hasta en su alcoba, habitación amueblada con coquetería y que se daba de calabazadas con el revoltijo mercantil de las otras habitaciones. Llevaba ambos comercios con perfecta regularidad; los clientes que llegaban por las mercancías del entresuelo, entraban y salían por una puerta cochera que tenía la casa y que daba a la calle del Papillón; preciso era hallarse en autos del misterio de la escalerilla para venir en conocimiento del tráfico por partida doble de la vendedora de encajes. En el entresuelo se llamaba la señora Touche, del nombre de su marido, en tanto que tan sólo había puesto su nombre de pila en la puerta del almacén, lo que hacía que generalmente

se la conociera con el nombre de madame Sidonia.

La señora Sidonia contaba treinticinco años; pero se vestía con tal dejadez, era tan poco mujer en sus andares, que habríasele tenido por mucho más vieja. En rigor, podía decirse que carecía de edad. Llevaba un eterno traje negro, rozado en los pliegues, ajado y deslucido por el uso, trayendo a la memoria las togas de los abogados estropeadas en los tribunales. Un sombrero negro le llegaba hasta la frente, ocultándole los cabellos; calzada con groseros zapatos, correteaba por las calles, llevando al brazo una cestita, cuyas asas se hallaban recompuertas con bramantes. Aquella cesta, que no la dejaba nunca, era todo un mundo. Cuando la abría, salían de allí muestras de todo lo creado, agendas, carteras y sobre todo manos de papel sellado, cuya ilegible letra describía con destreza particular. Conteníanse en la señora Sidonia el corredor y el alguacil. Vivía en los protestos, en las citaciones, en las providencias; cuando había vendido por diez francos de pomada o de encajes, sabía insinuarse en su agente de negocios, iba a verse de parte suya con los procuradores, los abogados y los jueces. Y de este modo llevaba legajos en el fondo de su cesta durante semanas enteras, tomándose un trabajo de todos los demonios, yendo de un extremo a otro de París con un trocillo igual, sin tomar en su vida un coche. Difícil habría sido asegurar qué provecho obtenía de semejante oficio; hacía en primer lugar por el instintivo gusto hacia los negocios en que hay gato encerrado, por amor a los embrollos; mas no dejaba de obtener multitud de beneficios: comidas disfrutadas a diestra y siniestra, monedas de veinte sueldos recogidas acá y allá. Pero la ganancia

más importante consistía en las confidencias que recibía de todas partes y que le ponían sobre la pista de los buenos golpes y de los buenos e inesperados provechos. Viviendo en casa de los demás, en los negocios ajenos, constituíase en un verdadero repertorio viviendo de ofertas y de demandas. Sabía en dónde se encontraba una joven que casar de prisa y corriendo, una familia que necesitaba tres mil francos, un anciano caballero que prestaría con mil amores los tres mil francos, pero con sólidas garantías y crecidos intereses. Sabía cosas más delicadas todavía: las tristezas de una dama rubia a quien su consorte no comprendía y que aspiraba a ser comprendida; el secreto deseo de una excelente madre de colocar a su hijita ventajosamente; los gustos de un barón que se pirraba por las cenitas y por las muchachas muy jóvenes. Y ella, con pálida sonrisa, llevaba de un lado para otro tales demandas y tales ofertas; andaba dos leguas para que las personas se pusieran en contacto; enviaba al barón a casa de la excelente madre, decidía al viejo caballero a que prestase los tres mil francos a la familia apurada, hallaba consuelos para la dama rubia y un esposo poco escrupuloso para la niña sin casar. Tenía también grandes negocios, negocios de que podía hablar en voz alta y con los cuales atormentaban los oídos de las personas que se le acercaban: un interminable pleito que una familia noble arruinada le había encargado, y una deuda contraída por Inglaterra con Francia en tiempo de los Estuardos, y cuya cantidad, con intereses compuestos, ascendía a cerca de tres mil millones. Aquella deuda de tres mil millones era su monomanía; explicaba el caso con gran lujo de detalles, haciendo todo un curso de historia, subiéndole, de puro entusiasmo, olea-

das de sangre a las mejillas, papandujas y amarillas por lo común como la cera. A veces, entre una diligencia en casa de un alguacil y una visita a una amiga, vendía una cafetera, un chubasquero, vendía una pieza de encaje y alquilaba un piano. Todo esto constituía el menor de sus cuidados. Luego iba a todo correr a su almacén, en donde una cliente le había dado cita para ver una pieza de Chantilly. Esa cliente llegaba y se deslizaba como una sombra en la tienda escondida y velada. Y no era cosa del otro jueves, que un caballero, entrando por la puerta cochera de la calle del Papillón, llegase al propio tiempo a ver los pianos de la señora Touche, en el entresuelo.

Si la señora Sidonia no hacía fortuna, era porque en más de cuatro ocasiones trabajaba por amor al arte. Desviviéndose por los procesos, olvidándose de sus asuntos por los de los demás, dejábase devorar por los alguaciles, lo que por otra parte, le proporcionaba goces de que tan sólo tenía noticia la gente que litigaba. La mujer quedaba eclipsada, sin que apareciese en ella más que un agente de negocios, un encargado que a todas horas recorría las calles de París, llevando en su legendario cesto las mercaderías más equivoacas, vendiéndolo todo, soñando millones y yendo a abogar ante el juez de paz, por una cliente favorita, un litigio por diez francos. Pequeña, delgada, descolorida, vestida con aquel miserable traje negro que se le habría tenido por cortado en la toga de un letrado habíase como acartonado, y al verla deslizarse a lo largo de las casas, se la habría tomado por un dependiente de comercio disfrazado de mujer. Su tez tenía la palidez enfermiza del papel sellado; sus labios sonreían con apagada sonrisa, mientras que sus ojos parecían

nadar en el gran desorden de los negocios, de las preocupaciones de toda laya de que se atestaba la cabeza. De movimientos tímidos y reservados, y, por otra parte, con cierto perfume de confesionario y de gabinete de comadrona, ofrecíase dulce y maternal, como la religiosa que, habiendo renunciado a los afectos del mundo, se compadece de los sufrimientos del corazón. No hablaba nunca de su marido, no mucho más que de su infancia, de su familia, de sus intereses. Una cosa había que no llegaba a vender, y era ella misma; no porque le asaltasen escrúpulos, sino porque la idea de semejante trato no podía ocurrírsele ni por soñación. Era seca como una factura, fría como un protesto, indiferente y brutal en el fondo como un ministril de justicia.

Saccard, recién llegado de su provincia, no pudo desde un principio descender a las delicadas profundidades de los oficios sin número que desempeñaba la señora Sidonia. Como Saccard hubiese estudiado un año de leyes, le habló un día de los tres mil millones con toda seriedad, lo que le hizo concebir una pobre idea de la inteligencia de su hermano. Fué a huronear los rincones de la casa de la calle de Saint-Jacques, caló a Angela con una mirada, y no volvió a aparecer por allí hasta que sus correrías le llamaban a aquel barrio y cuando sentía la necesidad de volver a poner sobre el tapete el asunto de los tres mil millones. Angela había tomado gusto a la historia de la deuda inglesa. La corredora se descolgaba con su monomanía y hacía chorrear el oro por espacio de una hora. Era aquel el flaco de aquel espíritu sutil, la seductora locura en que mecía su existencia perdida en miserables tráficos, el mágico señuelo con que ilusionaba a las más crédulas de sus

clientes. Convencidísima, por lo demás, acababa por hablar de los tres mil millones como de una fortuna personal, de la que sería a todas luces preciso que los jueces le hiciesen participar tarde o temprano, lo que difundía una maravillosa aureola en torno a su pobre sombrero negro, en donde se balanceaban algunas violetas sujetas a cabos de latón, cuyo metal se traslucía. Angela abría desmesuradamente los ojos. Fueron muchas las veces que habló con respeto de su cuñada a su marido, diciendo que la señora Sidonia los enriqueciera tal vez con el andar de los tiempos. Saccard se encogía de hombros; había ido a visitar la tienda del entre-suelo de la calle de Faubourg-Poissonniere, y lo que había olfateado era una quiebra inmediata. Quiso enterarse de la opinión de Eugenio tocante a su hermana; mas éste se puso serio, y se contentó con contestar que no la veía nunca, que tenía noticia de que era muy inteligente, aunque tal vez un sí es no es comprometedor. Sin embargo, en una ocasión en que Saccard volvía a la calle de Penthièvre, algún tiempo después, creyó distinguir el vestido negro de madame Sidonia salir de casa de su hermano y deslizarse rápidamente a lo largo de las casas. Corrió tras ella, mas no le fué posible dar con el vestido negro. La corredora tenía una de esas figuras insignificantes que se pierden entre la multitud. Quedóse pensativo, y desde aquel momento se dedicó a estudiar a su hermana con mayor atención. No tardó en penetrar la labor inmensa de aquel pequeño ser, pálido e indeciso, cuyo entero semblante parecía disiparse. Sintió gran respeto por ella; no podía dudarse que era de la sangre de los Rougon. Reconoció aquel insaciable afán de dinero, aquella necesidad de intriga que caracterizaba a la familia; tan sólo

que en su ser, merced al ambiente en que había envejecido, a aquel París en que había debido buscar por la mañana el pan para la noche, el temperamento común se había desviado para producir ese hermafroditismo extraño de la mujer convertida en ser neutro, hombre de negocios y zurcidora de voluntades al propio tiempo.

Cuando Saccard, después de haber fijado su plan, se puso en busca de los primeros fondos, pensó, como era natural, en su hermana. Ella movió a un lado y a otro la cabeza y suspiró hablando de los tres mil millones. Pero el empleado no le toleraba tal locura, poniéndola como chupa de dómine siempre y cuando volvía a hablar de la deuda de los Estuardos; semejante desvarío parecía que deshonoraba a una inteligencia tan práctica. La señora Sidonia, que soportaba tranquilamente las más acerbadas ironías sin que sus convicciones se alteraran, le explicaba a renglón seguido con gran lucidez que no encontraría ni un sueldo por no tener garantía alguna que ofrecer. Aquella conversación se mantenía delante de la Bolsa, en donde seguramente Sidonia debía de jugar sus economías. Allá hacia las tres, había seguridad de encontrársela apoyada contra la verja, a la izquierda, del lado del correo; era allí donde daba audiencia a individuos tan ambiguos y tan indeterminados como ella. Su hermano iba a dejarla, cuando murmuró con desolado acento: "¡Ah! ¡si no estuvieses casado!"... Aquella reticencia, cuyo sentido completo y exacto se abstuvo de preguntarle, dejó a Saccard en gran modo pensativo.

Los meses transcurrieron, y la guerra de Crimea acababa de ser declarada. París, que no se sentía conmovido por una guerra lejana, se lan-

zaba con más ahinco a la especulación y al sexo hermoso. Saccard, mordiéndose los puños, asistía a aquel creciente furor que había previsto. En la gigantesca fragua, los martillos que forjaban el oro sobre el yunque le producían agitaciones de ira y de zozobra. Tal era la tensión en que se agitaban su inteligencia y su voluntad, que vivía en constante sueño, como el sonámbulo que se pasea al borde de los techos, amenazado por el látigo de una idea fija. Así fué que se sintió sorprendido y exasperado al encontrar una noche a Angela enferma y en cama. Su vida en el hogar, regulaba como un reloj, se trastornaba, lo que le sacaba de quicio, cual si se tratase de una mala partida calculada por el destino. La pobre Angela se quejaba calladito; había cogido un serio constipado. Cuando llegó el médico pareció muy inquieto; dijo al marido, en el pasillo, que su mujer tenía una pulmonía y que no respondía de ella. Desde entonces el empleado cuidó a la enferma sin enojo; dejó de ir a la oficina y se quedó a su lado, contemplándola con expresión indefinible cuando dormía, roja de calentura, jadeante. La señora Sidonia, a pesar de no entenderse con tanto negocio, encontró el medio de acudir cada noche a preparar tisanas, que consideraba como remedio portentoso. A todos sus oficios unía el de ser una enfermera por vocación, deleitándose en los sufrimientos del prójimo, en los remedios, en las conversaciones lastimeras que se entablan en voz baja en torno a los lechos de los moribundos. Por otra parte, parecía haber concebido tierna amistad por Angela; quería a las mujeres con verdadero amor, con mil monerías, por el placer sin duda que dan a los hombres, tratábalas con las delicadas atenciones que los comerciantes sienten por las cosas preciosas de

su instalación, llamándolas "Niña mía, hermosa mía"; las arrullaba y desfallecía ante ellas, como el enamorado ante su querida. Aunque estaba formada de una madera de la que nada esperaba sacar, la encatusaba como a las demás, por regla de conducta. Cuando la joven guardó cama, las efusiones de la señora Sidonia llegaron hasta derramar lágrimas, y llenó la silenciosa alcoba con su abnegación. Su hermano la veía ir de acá por allá, con los labios apretados, como embebecido en mudo dolor.

La enfermedad se agravó. Una noche el médico confesóles que la enferma no llegaría a la madrugada. La señora Sidonia había llegado desde muy temprano, preocupada, mirando a Aristides y a Angela, con sus ojos anegados, en los que parecían encenderse fugaces llamaredas. Cuando se despidió el médico, bajó la luz de la lámpara y reinó un gran silencio. La muerte entraba paso a paso en aquella habitación templada y húmeda, en donde la respiración irregular de la moribunda remedaba el desordenado tie-tac del reloj que se descompone. Ya la señora Sidonia había dejado las pociones, dejando al mal que terminase su obra. Habíase sentado delante de la chimenea, junto a su hermano, que afizaba la lumbre con mano febril, dirigiendo al lecho miradas involuntarias. Después, como enervado por aquel pesado ambiente, por aquel doloroso espectáculo, retiróse a la pieza contigua. Habían allí encerrado a Clotildita, que jugaba a las muñecas con gran discreción, sobre un pedazo de alfombra. La niña sonreía a su padre, cuando la señora Sidonia deslizándose por detrás de él, se lo llevó a un rincón y le habló en voz queda. La puerta se había quedado abierta, y se oía el ligero estertor de Angela.

—Tu pobre mujer... — sollozó la corredora, — creo que todo ha terminado. ¿Oíste al médico? Saccard se limitó a bajar lúgubrementemente la cabeza.

—Era una persona excelente — continuó la otra, hablando como si Angela no perteneciese ya al mundo de los vivos. — Podrás encontrar mujeres más ricas, más hechas al mundo; más nunca darás con un corazón semejante.

Y al detenerse enjugándose los ojos, parecía como si buscase una transición.

—¿Tienes algo que decirme? — preguntó redondamente Saccard.

—Sí, me he ocupado de ti, por aquello que sabes, y creo haber descubierto... Pero en un instante como este... Como ves, tengo el corazón destrozado.

Y volvió a enjugarse las lágrimas. Saccard la dejó obrar tranquilamente, sin pronunciar una palabra. Entonces ella se determinó a hablar.

—Se trata de una joven a quien se quería casar a toda prisa — dijo. — La pobre muchacha ha tenido una desgracia. Hay una tía que haría un sacrificio...

Se interrumpió continuó gimoteando, acompañando todas sus frases, como si continuase compadeciendo a la pobre Angela. Era aquel el modo mejor de hacer perder los estribos a su hermano y de instarle a que le hiciera preguntas para no cargar con toda la responsabilidad del ofrecimiento que le acababa de hacer. El empleado, en realidad, de verdad, se vió acometido de una sorda irritación.

—¡Vamos, acaba de una vez! — dijo. — ¿Por qué se quiere casar a esa joven?

—Acababa de salir del colegio — continuó la corredora con plañidera voz, — un hombre la ha perdido, en el campo, en casa de los parientes

de una de sus amigas. El padre acaba de percatarse de la falta. Quería matarla. La tía, para salvar el honor de la niña, se ha constituido en su cómplice, y, ambas de acuerdo, han contado al padre toda una historia; hanle dicho que el culpable era un honrado muchacho, que tan sólo pedía reparar su extravío de una hora.

—Entonces — dijo Saccard en tono de sorpresa y como enfadado, — el joven del campo se va a casar con la joven?...

—No, no puede, porque es casado.

Tuvo lugar un breve silencio. El estertor de Angela oíase, más doloroso aun, en el estremecido ambiente. La niña Clotilde había acabado de jugar; miraba a la señora Sidonia y a su padre, con sus grandes ojos de niño soñador, como si hubiese comprendido sus palabras, Saccard se puso a hacer cortas preguntas:

—¿Qué edad tiene la joven?

—Diez y nueve años.

—¿De cuánto es el embarazo?

—De tres meses. Sin duda vendrá el aborto.

—¿Y la familia es rica y honrada?

—De la antigua burguesía. El padre fué magistrado. Una bonita fortuna.

—¿A cuánto ascendería el sacrificio de la tía?

—A cien mil francos.

Hubo un nuevo silencio. La señora Sidonia no lloriqueaba ya; se hallaba en el negocio y su voz se revestía de los metálicos sonidos de la revendedora que discute un ajuste. Su hermano, mirándola por lo bajo, agregó con alguna vacilación:

—Y tú ¿qué es lo que quieres?

—Ya veremos más adelante—contestó.—A tu vez me prestarás un servicio.

Y esperó unos segundos; mas como su hermano se callase, le preguntó sin ambages:

—Y bien, ¿qué es lo que decides? Esas pobres mujeres se encuentran en la mayor desolación. Quieren evitar un escándalo. Han prometido declarar al padre mañana mismo el nombre del culpable... Si aceptas, voy a enviarles una de tus tarjetas de visita por medio de un dependiente.

Saccard pareció que despertaba de un sueño; estremeciéndose y se volvió amedrentado del lado de la habitación vecina, en donde había creído oír un ligero ruido.

—Pero si no puedo—dijo con angustia,—bien sabes que no puedo...

La señora Sidonia le miraba fijamente, con semblante frío y desdeñoso. Toda la sangre de los Rougon, todas sus ardientes concupiscencias le subieron a la garganta. Tomó una tarjeta de la cartera y se la dió a su hermana, quien la metió en seguida en un sobre, después de haber rascado la dirección con todo cuidado. Bajó las escaleras sin pérdida de momento; apenas eran las nueve.

Saccard, habiéndose quedado solo, fué a apoyar la frente contra los helados cristales. Olvidóse de sí mismo hasta el punto de tocar la retreta sobre el cristal, con las yemas de los dedos. Pero la noche era tan oscura, las tinieblas del exterior se amontonaban en tan extrañas masas, que sintió un gran malestar, y maquinalmente volvió a la habitación en que Angela se moría. Habíase olvidado de ella, y experimentó una sacudida terrible al encontrarla medio incorporada sobre las almohadas; tenía los ojos del todo abiertos, y una ola de vida parecía haberle subido a las mejillas y a los labios. Clotildita, siempre con su muñeca, se hallaba sen-

tada en el borde de la cama; en cuanto su padre hubo vuelto la espalda, se había deslizado a toda prisa a aquella habitación, de la cual se la había alejado, y a donde la volvía su alegre curiosidad de niña. Saccard, llena la cabeza con la historia de su hermana, vió su sueño echado por tierra. Un horrible pensamiento debió de brillar en sus ojos, pues Angela, llena de espanto, quiso lanzarse al fondo de la cama, contra la pared; mas la muerte se acercaba, aquel despertar en la agonía era la claridad suprema de la lámpara que se extinguía. La moribunda no se pudo mover; rindióse más y más y siguió con los ojos desmesuradamente abiertos fijos en su marido, como para vigilar sus movimientos. Saccard, que había creído en una resurrección diabólica, evocada por el destino para hundirle en la miseria, se tranquilizó al persuadirse de que a la desdichada no le quedaba ni una hora que vivir. Tan sólo experimentó un mal-estar insoportable. Los ojos de Angela decían que había oído la conversación de su marido con la señora Sidonia y que temía que la estrangulase, si no se moría bastante de prisa. Y permanecía aún en sus ojos la horrible extrañeza de una naturaleza dulce e inofensiva, al darse cuenta, en la postrera hora, de las infamias de este mundo, y estremeciéndose al pensar en los largos años pasados al lado de un bandido. Poco a poco su mirada fué dulcificándose; ya no tuvo miedo y debió de excusar a aquel miserable, al pensar en la encarnizada lucha que sostenía desde hacía tanto tiempo con la fortuna. Saccard, perseguido por aquella mirada de moribunda, en la que leía tan interminable reproche, se apoyaba en los muebles y buscaba los rincones más oscuros. Después, desfallecido, quiso arrojar de sí aquella pesadilla que le volvía loco y

se adelantó en la claridad de la lámpara. Pero Angela le hizo señal de que no hablase. Y le miraba siempre con aquel aspecto de espantada angustia, en el que se mezclaba ahora una promesa de perdón. Entonces el esposo se inclinó para tomar a Clotilde en sus brazos y llevársela a la otra habitación; pero Angela, con un movimiento de los labios, se lo volvió a impedir; exigía que la niña permaneciese allí. Y se extinguió dulcemente, sin apartar de él su vista, y a medida que él palidecía, aquella mirada se revestía de mayor dulzura. Estuvo perdonándolo hasta su último suspiro, y murió como había vivido, tranquilamente, desvaneciéndose en la muerte, tras de haber permanecido inadvertida toda su existencia. Saccard se quedó estremecido ante los ojos de la difunta, que se habían quedado abiertos y continuaban persiguiéndole en su inmovilidad. Clotilde mecía su muñeca sobre un extremo de la sábana, muy calladito, para no despertar a su madre.

Cuando la señora Sidonia volvió, todo había concluido. Con un movimiento de los dedos, como mujer acostumbrada a aquella operación, cerró los ojos a Angela, lo que quitó a Saccard un gran peso de encima. Después, así que hubo acostado a la niña, hizo, en un abrir y cerrar de ojos, el arreglo de la cámara mortuoria. Luego que hubo encendido un par de bujías sobre la cómoda y extendido cuidadosamente la sábana hasta la barba de la muerta, dirigió en torno suyo una mirada de satisfacción y se acomodó en el fondo de una butaca, en donde dormitó hasta la llegada de la aurora. Saccard pasó la noche en la habitación inmediata, escribiendo esquelas mortuorias. A ratos interrumpía esta operación, se distraía y escribía columnas de números en pedazos de papel.

La tarde del entierro, la señora Sidonia se llevó a Saccard a su entresuelo, en donde se tomaron grandes resoluciones. El empleado determinó enviar a Clotildita a uno de sus hermanos, Pascual Rougón, médico de Plassans, que vivía a lo soltero, en el amor de la ciencia, y quien, en más de una ocasión, le había ofrecido quedarse con su sobrina, para regocijar su silenciosa casa de sabio. La señora Sidonia le dió en seguida a comprender que no podía habitar por más tiempo en la calle de Saint-Jacques. Le alquilaría por un mes un cuarto elegantemente amueblado, en los alrededores del Ayuntamiento; procuraría encontrar la citada habitación en una casa burguesa, para que pareciese que los muebles le pertenecían. En cuanto al mobiliario de la calle de Saint-Jacques, sería vendido, con el objeto de borrar hasta las menores huellas del pasado. El dinero lo emplearía en comprar una canastilla y vestidos convenientes. Tres días después, la niña fué entregada en manos de una anciana señora, que precisamente regresaba al Mediodía. Y Aristides Saccard, triunfante, con las mejillas coloradas y hasta más gruesas en tres días, por las primeras sonrisas de la fortuna, ocupada en el Marais, calle de Payenne, en una casa severa y respetable, una linda habitación compuesta de cinco piezas, en las que se paseaba con sus bordadas zapatillas. Era aquella la habitación de un joven sacerdote, que había partido súbitamente para Italia, y cuya sirvienta había recibido orden de buscarle inquilino. La criada era amiga de la señora Sidonia, quien tenía cierto apego al solideo; quería a los curas, con cariño igual al que sentía por las mujeres, por instinto, estableciendo quizás cierto parentesco entre las sotanas y las faldas de seda. Desde entonces Sac-

card se halló dispuesto; compuso su papel con el arte más exquisito, y esperó sin pestañear las dificultades y las delicadezas de la situación que había aceptado.

La señora Sidonia, en la horrorosa noche de la agonía de Angela, había contado fielmente en breves palabras el asunto de la familia Béraud. El jefe, el señor Béraud Du Chatel, respetable anciano de sesenta años, era el último representante de una antigua familia burguesa, cuyos títulos alcanzaban mayor antigüedad que los de ciertas familias linajudas. Uno de sus antepasados fué compañero de Esteban Marcel. En el 93 su padre murió en el cadalso, después de haber saludado a la república con todos sus entusiasmos de burgués de París, por cuyas venas corría la revolucionaria sangre de la ciudad. El por su parte era uno de aquellos republicanos de Esparta, que soñaban un gobierno de entera justicia y de sabia libertad. Envejecido en la magistratura, en la que había adquirido una rigidez y una severidad profesionales, presentó su dimisión de presidente de cámara, en 1851, cuando el golpe de Estado, después de haberse negado a formar parte de una de aquellas comisiones mixtas que deshonraron la justicia francesa. Desde aquella época, vivía solitario y retirado en su hotel de la isla de San Luis, que se encontraba situado al extremo de la misma, casi frontero al hotel Lambert. Su esposa había muerto joven. Algún drama secreto, cuya herida manaba sangre aún, debió de ensombrecer más y más el grave rostro del magistrado. Tenía ya una hija de ocho años, Renata, cuando su esposa espiró, al dar a luz una segunda hija. Esta, a quien pusieron por nombre Cristina, fué recogida por una hermana del señor Béraud Du Chatel, casada con el notario

BIBLIOTECA DEL INSTITUTO VINCENZO VERRI
NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA

"ALEJANDRO HERNANDEZ"

Apdo. 1025 MONTERREY, MEXICO

Aubertot. Renata fué llevada al convento. La señora de Aubertot, que no tenía hijos, concibió por Cristina una ternura maternal, y la educó a su lado. Habiendo muerto su esposo, devolvió la niña a su padre, y ella se mantuvo entre aquel anciano silencioso y aquella rubia sonriente. Renata fué olvidada en el colegio. En las vacaciones era tanto el zipizape que movía en el hotel, que su tía lanzaba un gran suspiro de satisfacción cuando al fin la devolvía a las Damas de la Visitación, en donde se hallaba de pensionista desde la edad de ocho años. No salió del colegio hasta que cumplió los diez y nueve, y esto fué para pasar un verano en casa de los padres de su amiga Adelina, que poseían, en el Nivernés, una hermosísima hacienda. Cuando volvió en octubre, la tía Isabel se hizo cruces al verla tan seria y en extremo triste. Una noche hallóla ahogando sus sollozos en la almohada, y retorciéndose en el lecho, pasto de un ataque de dolorosa locura. En el abandono de su desesperación, la joven le contó una dolorosa historia: un hombre de cuarenta años, casado, y cuya mujer joven y hermosa, se hallaba allí, la había violentado en el campo, sin que hubiese sabido ni osado defenderse. Confesión semejante aterrorizó a la tía Isabel, y se acusó a sí misma como si hubiese sido su cómplice: su preferencia por Cristina la llenaba de angustia, pensando que si de igual manera hubiese conservado a su lado a Retana, la pobre niña no habría sucumbido. Desde entonces, para desechar de su mente tan torcedor remordimiento, cuyo sufrimiento exageraba aún más su tierno carácter, quiso amparar a la culpable; tembló la cólera del padre, a quien ambas dieron a conocer la horrible verdad por la exageración misma de sus precauciones; en el azo-

ramiento de su solicitud, inventó aquel extraño proyecto de matrimonio, que, a su modo de ver, podía arreglarlo todo, sosegaría al padre y haría entrar a Renata en el mundo de las mujeres honradas, no queriendo ver el lado vergonzoso, así como tampoco sus consecuencias fatales.

No se supo nunca cómo madama Sidonia se las compuso para olfatear tan excelente negocio. El honor de los Béraud se había confundido en su cesta con las protestas de todas las muchachas de París. Cuando llegó a sus oídos la historia, casi enteró de ella a su hermano, cuya mujer se hallaba en las últimas. La tía Isabel acabó por persuadirse de que ella era la que debía de estar agradecida a aquella mujer tan dulce, tan humilde, que tan a la devoción se presentaba de la desventurada Renata, hasta ofrecerle un marido de su propia familia. La primera entrevista de la tía con Saccard se realizó en el entresuelo de la calle del Faubourg-Poissonnière. El empleado, que había llegado por la puerta cochera de la calle del Papillon, comprendió, al ver llegar a la señora de Aubertot por la tienda y la escalerilla, el ingenioso mecanismo de aquellas dos entradas. Mostróse lleno de tacto y de discreción. Trató el matrimonio como un negocio, pero como hombre de mundo que saldaría sus deudas de juego. La tía Isabel se hallaba mucho más estremecida que él; balbuceaba y no se atrevía a hablarle de los cien mil francos que había prometido. El fué quien primero sacó a relucir la cuestión del dinero, con el ademán del abogado que discute el asunto de un cliente. En su sentir, cien mil francos constituían una cantidad ridícula para el marido de la señorita Renata. Subrayaba un tanto la palabra "señorita". El señor

Béraud Du Chatel despreciaría aún más a un yerno pobre; acusaría de haber seducido a su hija por su fortuna, y tal vez hasta abrigaría la idea de entablar secretamente una información. La señora de Aubertot, espantada, desfavorida ante la palabra tranquila y cortés de Saccard, perdió la cabeza y consintió en duplicar la suma, así que él hubo declarado que con menos de doscientos mil francos, nunca osaría pedir a Renata, pues no quería ser tomado por un indigno cazador de dotes. La buena señora se despidió llena de turbación, no sabiendo ya lo que debía pensar de un mozo que abrigaba tales indignaciones y que aceptaba, no obstante, semejante trato.

Esta primera entrevista fué seguida de una visita oficial que la tía Isabel hizo a Aristides Saccard en su habitación de la calle de Payenne. Aquella vez iba en nombre del señor Béraud. El antiguo magistrado se había negado a ver a "aquel hombre", como llamaba al seductor de su hija, mientras no estuviese casado con Renata, a la que por igual modo había cerrado la puerta de su casa. La señora de Aubertot tenía plenos poderes para tratar. Sintióse muy complacida a la vista del lujo del empleado; había temido que el hermano de aquella señora Sidonia, de tan estropeado traje, no fuese un granuja. Recibióla puesto de elegante bata. Era aquella la época en que los aventureros del 2 de diciembre, después de haber pagado sus deudas, arrojaban a las cloacas sus destaconadas botas y sus levitas de raídas costuras, se afeitaban sus barbas de ocho días y se convertían en hombres de buen tono. Saccard figuraba, en fin, en este número, limpiábase las uñas y ya no se lavaba sino con polvos y perfumes de gran precio. Mostróse galante; cambió de táctica y apa-

reció dominado por prodigioso desinterés. Cuando la anciana señora habló del contrato, hizo él una mueca como para indicar que aquello no se le daba un bledo. Hacía ocho días que hojeaba el Código y meditaba sobre tan grave cuestión, de la que dependía, andando el tiempo, su libertad de enredador de negocios.

—Por favor—dijo,—concluyamos con esta desagradable cuestión de dinero... Mi opinión es que la señorita Renata debe quedar dueña de su fortuna y yo de la mía. El notario arreglará todo esto.

La tía Isabel aprobó aquel modo de apreciar las cosas; temblaba a la idea de que aquel mozo, cuya férrea mano sentía por modo vago, no quisiese meter los dedos en la dote de su sobrina. Acto seguido habló de aquella dote.

—La fortuna de mi hermano—dijo,—consiste principalmente en haciendas y en inmuebles. No es hombre capaz de castigar a su hija cercenando la parte que le destinaba. Le cede una hacienda en el Sologne apreciada en trescientos mil francos, a sí como también una casa, situada en París, que se evalúa en unos doscientos mil francos.

Saccard se sintió deslumbrado; no esperaba tanta cantidad; y medio se volvió a otro lado para no dejar ver la oleada de sangre que le subía al rostro.

—Todo esto compone—continuó la tía,—quinientos mil francos; mas no debe ocultar a usted que la propiedad del Sologne no produce más que dos por ciento.

Sonrióse y repitió su desinteresada mueca, queriendo significar que aquello no le iba ni le venía, ya que se negaba a inmiscuirse en la fortuna de su mujer. Mantenía en su sillón, una actitud de seductora indiferencia, distraído, ju-

gando con el pie con las chinelas y pareciendo escuchar por mera cortesía. La señora de Aubertot, con su bondad de alma vulgar, hablaba con dificultad y elegía las palabras para no herirle en su dignidad. Y repuso:

—Por último, quiero por mi parte hacer un regalo a Renata. No teniendo hijos, mi fortuna recaerá un día en mis sobrinas, y no porque una de ellas esté agobiada de dolor, he de cerrar hoy la mano. Los regalos de ambas, por lo que respecta al matrimonio, están preparados. El de Renata consiste en varios terrenos situados al lado de Charonne, que creo poder valorar en doscientos mil francos. Tan sólo que...

Al oír la palabra terreno, Saccard experimentó un ligero estremecimiento. En medio de su afectada indiferencia, escuchaba con profunda atención. La tía Isabel se turbaba, y sin duda daba con la frase; así fué que subiéndole la sangre al rostro prosiguió:

—Tan sólo deseo que la propiedad de estos terrenos vayan a parar al primer hijo de Renata. Ya comprenderá usted mi intención, no quiero en modo alguno que este niño pueda convertirse un día en una carga para usted. En el caso de que muriese, Renata habría de quedar siendo su única propietaria.

Saccard no dijo una palabra, pero sus enarcadas cejas anunciaban una gran preocupación interior. Los terrenos de Charonne despertaban en él todo un mundo de ideas. La señora Aubertot temió haberle ofendido al hablar del hijo de Renata, y se quedó cortada, sin saber cómo reanudar la conversación.

—¿Me ha dicho usted la calle en que se encuentra el inmueble de los doscientos mil francos?—preguntó volviendo a su tono de ingenuidad sonriente.

—Calle de la Pépinière—contestó,—casi en la esquina de la calle de Astorg.

Tan sencilla frase produjo en el ánimo de Aristides un efecto decisivo. No fué ya dueño de su alborozo; acercó el sillón, y con su volubilidad provenzal y su voz salamera, dijo:

—Mi querida señora, todo queda convenido. ¿Habremos de volver a hablar de ese maldito dinero?... Mire usted, quiero confesarme a usted con toda franqueza, pues sentiría en el alma no llegar a merecer su estimación. He perdido a mi esposa hace poco, tengo dos hijos y me creo hombre práctico y razonable. Al casarme con su sobrina de usted, hago un buen negocio a los ojos de todo el mundo. Si algunas preveniciones le quedan a usted en contra mía, ya me perdonará usted más adelante, cuando haya enjugado las lágrimas de todos y enriquecido hasta mis tataranietos. El buen éxito es una llama dorada que todo lo purifica. Quiero que hasta el mismo señor Béraud me tienda la mano y me dé las gracias.

Y abstrayéndose, prosiguió hablando por largo rato con cinismo tan burlón, que se traslucía a veces al través de su aspecto de hombre bondadoso. Habló de su hermano el diputado, de su padre el recaudador de contribuciones de Plasans. Concluyó por hacer la conquista de la tía Isabel, la cual veía, con alegría involuntaria, bajo las hábiles manos de aquel hombre, terminarse en comedia casi divertida el terrible drama que de un mes a aquella parte venía siendo su terrible pesadilla. Quedó convenido en que irían a a casa del notario al día siguiente.

En cuanto la señora de Aubertot se hubo retirado, se dirigió al Ayuntamiento, en donde pasó el día hojeando ciertos documentos que le eran conocidos. En casa del notario, presen-

tó una dificultad, diciendo que como quiera que la dote de Renata no se componía sino de bienes raíces, temía para ellos muchos quebraderos de cabeza, y que por lo tanto consideraba de prudencia suma el que se vendiese cuando menos el inmueble de la calle de la Pépinière para constituirle una renta en el Gran Libro. La señora de Aubertot quiso consultar al señor Béraud Du Chatel, quien permanecía recluso siempre en su habitación. Saccard estuvo el día entero en movimiento constante. Fué a la calle de la Pépinière y correteó por todo París con el ademán pensativo del general en la víspera de una batalla decisiva. Al siguiente día la señora de Aubertot dijo que el señor Béraud Du Chatel le dejaba todo en sus manos. El contrato fué redactado bajo las bases ya discutidas. Saccard aportaba al matrimonio doscientos mil francos, y Renata llevaba en dote la hacienda del Sologne y el inmueble de la calle de la Pépinière, que se comprometía a vender; a más de esto, en caso de muerte de su primer hijo, ella quedaba única propietaria de los terrenos de Charonne, que le daba su tía. El contrato fué asentado bajo la base de la separación de bienes, que transmite a los esposos la completa administración de sus respectivas fortunas. La tía Isabel, que escuchaba con toda atención al notario, parecía satisfecha de aquella base, cuyas disposiciones parecían asegurar la independencia de su sobrina, poniendo su fortuna al abrigo de toda tentativa. Saccard sonreía por modo vago al ver a la pobre señorita Renata Béraud Du Chatel. Aquel golpe maestro dejó estupefacto al diputado; y como manifestase su sorpresa:

—Me dijiste que buscara—dijo el empleado,—he buscado y he encontrado.

Eugenio, desconcertado al principio, entrevió al fin la verdad; y con embelesado acento, exclamó:

—Vamos, eres un hombre hábil... Vienes a proponerme que sea testigo tuyo, ¿verdad? Cuenta conmigo. Si es preciso, te llevaré a tu boda toda la derecha del cuerpo legislativo; esto te elevará en consideración.

Y luego, le dijo en voz más queda.

—Dime... No querría comprometerme más de la cuenta en este instante; tenemos una ley sumamente dura que hacer abortar... ¿El embarazo, cuando menos, no estará muy adelantado?

Saccard le lanzó una mirada tan terrible, que Eugenio dijo para sí al cerrar la puerta:

—Cara me costaría esta broma, si yo no fuese un Rougon.

El casamiento se efectuó en la iglesia de Saint-Louis-en-l'Île. Saccard y Renata no se vieron hasta la víspera de aquel gran día. Esa entrevista tuvo lugar por la tarde, a la entrada de la noche, en una sala baja del hotel Béraud. Ambos se examinaron curiosamente. Renata, desde que se estaba negociando su casamiento, había vuelto a sus ademanes descompuestos, a su cabeza de chorlito. Era una muchacha alta, de belleza exquisita y turbulenta, que había crecido en libertad en medio de sus caprichos de colegiala. Encontró a Saccard pequeño, feo, pero de fealdad inquieta e inteligente que no la desagradó; por lo demás se presentó correcto en su tino y en sus modales. Al divisarla, hizo un ligero mohín, pareciéndole sin duda sobrado alta, más alta que él. Cruzaron algunas palabras sin el menor encogimiento. Si el padre se hubiese encontrado allí, habría podido creer que se conocían hacía ya tiempo y que existía entre ellos alguna

falta común. La tía Isabel, presente a la entrevista, se ruborizaba por ellos.

Al día siguiente del casamiento, en el cual la presencia de Eugenio Rougon, que se había puesto en evidencia por un reciente discurso, fué un acontecimiento en la isla de San Luis, los recién casados fueron admitidos por último a la presencia del señor Béraud Du Chatel. Renata derramó lágrimas al encontrar a su padre envejecido, más grave y más taciturno. Saccard, a quien nada hasta entonces había hecho perder la serenidad, sintióse helado por la frialdad y la media luz de la habitación, por la triste severidad de aquel anciano, cuya vista perspicaz pareciale que registraba hasta el fondo de su conciencia. El anciano magistrado besó con serenidad a su hija en la frente, como para decirle que la perdonaba; y volviéndose a su hijo político:

—Caballero—le dijo simplemente,—mucho es lo que hemos sufrido. Cuento con que usted nos hará olvidar sus errores.

Y le tendió la mano; pero Saccard se quedó tembloroso. Pensaba que si el señor Béraud Du Chatel no se hubiese doblegado por tal modo ante el trágico dolor por la afrenta de Renata, habría con una mirada, con un solo esfuerzo, reducido a la nada los manejos de la señora Sidonia. Esta, después de haber puesto en contacto a su hermano con la tía Isabel, se había eclipsado con toda prudencia. Ni siquiera había asistido al casamiento. Saccard se mostró ingenuo y sonriente con el anciano, habiendo leído en sus miradas una sorpresa, al ver al seductor de su hija, pequeño, feo y de la ya madura edad de cuarenta años. Las primeras noches se vieron precisados los esposos a pasarlas en el hotel Béraud. Hacía un mes que se

había alejado de allí a Cristina, a fin de que aquella niña de catorce años nada sospechase del drama que se desarrollaba en aquella morada tranquila y apacible como un claustro. Cuando regresó quedóse estupefacta ante el marido de su hermana, a quien también encontró viejo y feo. Tan sólo Renata no parecía percatarse demasiado de la edad ni del rostro canijo de su esposo; tratábale sin desprecio, pero sin ternura, con absoluta tranquilidad, en la que sólo se traslucía un punto de irónico desdén. Saccard se contoneaba, se ponía sobre sí mismo, y, a decir verdad, tanto por su locuacidad, como por su franqueza, se atraía pasito a paso la amistad de todo el mundo. Cuando se fueron de allí para ocupar una soberbia habitación, en una casa nueva de la calle de Rívoli, la mirada del señor Béraud Du Chatel no mostraba ya extrañeza alguna, y Cristina jugaba con su cuñado como con un amigo de toda la vida. Renata se encontraba a la sazón encinta de cuatro meses; su marido iba a enviarla al campo, contando con no decir la verdad después sobre la edad de lo que naciera, cuando, según las previsiones de la señora Sidonia, tuvo un aborto. De tal manera se había apretado para disimular el embarazo, el cual, por lo demás, desaparecía bajo la amplitud de sus faldas, que se vio obligada a guardar cama por espacio de algunas semanas. Llenó a Saccard de gozo la aventura; la fortuna por fin érale fiel; había hecho un negocio de perlas, una dote soberbia, una mujer hermosa, capaz de hacerle condecorar dentro de seis meses, y ni siquiera la menor carga. Habíansele empleado doscientos mil francos a su nombre para un feto que ni su misma madre quiso ver. Desde entonces se puso a soñar con cariño en los terrenos de Charonne. Mas,

por el pronto, concedía todos sus cuidados a una especulación que debía de ser la base de su fortuna.

Con ser tan desahogada la posición de la familia de su esposa, todavía no dió inmediatamente su dimisión de agente inspector de vías públicas. Habló de trabajos por concluir, de ocupaciones que buscar. En realidad de verdad, lo que él quería era permanecer hasta el fin en el campo de batalla, en el que jugaba su primera partida de naipes. Allí estaba en su casa y podía hacer a su sabor cuantas trampas se le antojasen.

El plan de fortuna del agente inspector era tan sencillo como práctico. Ahora que tenía a mano más barro del que había soñado en su vida para empezar sus operaciones, se proponía aplicar en grande escala sus proyectos. Tenía a París como en la punta de los dedos; sabía que la lluvia de oro que azotaba sus paredes caería más espesa de día en día. La gente lista no tenía que hacer sino abrir los bolsillos. El se había colocado entre los listos, leyendo el porvenir en las oficinas del Ayuntamiento. Sus funciones le habían enseñado lo que se puede robar en la compra y venta de los inmuebles y de los terrenos. Estaba enterado al dedillo de todas las estafas clásicas; sabía cómo se revende por un millón lo que ha costado quinientos mil francos; cómo se paga el derecho de forzar las cajas del Estado, quien se sonríe y cierra los ojos; cómo, al hacer pasar un bulevar por encima de un antiguo barrio, se ejerce de jugador de manos, con aplauso de todos los engañados, con las casas de seis pisos. Y lo que en aquella ocasión de río revuelto, cuando el cáncer de la especulación no se hallaba todavía sino en el período de especulación, hacía de él un jugador

terrible, era que adivinaba aún en mayor medida que sus mismos jefes el porvenir de sillares y de yeso que estaba reservado a París. Tanto había huroneado, tanto eran los indicios que había reunido, que habría podido profetizar el espectáculo que ofrecerían los nuevos barrios en 1870. A veces, en las calles, miraba ciertas casas por modo especial, cual si se tratase de amigos, cuya suerte—tan sólo por él conocida—le tocaba en lo más vivo.

Dos meses antes de la muerte de Angela, había llevado un domingo a los cerrillos de Montmartre. La pobre mujer se parecía por comer en restaurant; sentíase feliz cuando, tras de un largo paseo, la hacía sentar a la mesa de cualquier figón en los alrededores. Aquel día comieron en la cima de los cerros, en un restaurant, cuyas ventanas miraban a París, a aquel océano de casas de azulados techos, semejantes a apretadas olas que llenaban el horizonte sin límites. Su mesa estaba colocada delante de una de aquellas ventanas. El espectáculo de las techumbres de París alegró a Saccard. A los postres mandó que les llevaran una botella de Borgoña. Sonreía al espacio y mostraba inusitada galantería. Y sus miradas, rebosando amor, se cernían siempre sobre aquella mar viviente y populosa, de donde se alzaba la potente voz de las muchedumbres. Hallábanse en el otoño; la ciudad, bajo el inmenso y pálido cielo, languidecía en medio de un tono gris dulce y suave, salpicada aquí y allá de verduras sombrías, que se asemejaban a anchas hojas de nenúfares nadando en un lago; el sol trasponía una nube roja, y mientras los fondos se llenaban de ligera bruma, un polvo dorado, un rocío de oro caía sobre la orilla derecha de la ciudad, del lado de la Magdalena y de las Tullerías. Era como el en-

cantado rincón de una ciudad de las *Mil y una Noches*, con árboles de esmeralda, con techos de zafir y con ventanas de rubíes. Hubo un instante en que el rayo de luz que se deslizaba entre dos nubes se ofreció tan resplandeciente, que las casas parecían arder y fundirse como un lingote de oro en un crisol.

—¡Ah! mira — dijo Saccard con risa de niño, — ¡llueven monedas de veinte francos sobre París!

Angela se echó a reír a su vez, acusando a aquellas piezas de no dejarse coger fácilmente. Pero su marido se había levantado y se acodaba en el alféizar de la ventana.

—¿No es la columna de Vendome lo que reluce allá abajo?... Aquí, a la derecha, está la Magdalena... Hermoso barrio, en donde hay mucho que hacer... ¡Ah! ¡de esta hecha, todo va a arder! ¿No ves? Cualquiera diría que el barrio hierva en el alambique de algún químico.

Su voz se volvía grave y conmovida. La comparación que se le había ocurrido pareció impresionarle en gran manera. Había bebido Borgoña; quedóse abstraído, y luego continuó extendiendo su brazo para mostrar a París a Angela, que, a su lado, habíase acodado también.

—Sí, sí, bien dicho lo tengo, más de un barrio va a fundirse, y el oro se quedará entre los dedos de los que calientan y remuevan la vasija. ¡Qué inocente es este gran París! mira cuán inmenso es y con qué tranquilidad se echa a dormir! Ni siquiera sospecha el ejército de piquetas que la atacará un día de estos, y ciertos hoteles de la calle de Anjou no resplandecerían por tal modo al sol poniente, ni supiesen que ya no les quedan más que tres o cuatro años que vivir.

Angela creía que su marido bromeaba. Pe-

reciase a veces por la chanza colosal e inquietante. Ella se reía, mas con vago temor, al ver a aquel hombre de mezuquina esfatura, erguirse sobre el gigante echado a sus pies y enseñarle los puños, mordiéndose irónicamente los labios.

—Ya se ha dado comienzo—prosiguió;—pero todavía no es más que una miseria. Mira allá abajo, por el lado de los Mercados; han cortado a París en cuatro partes...

Y con la mano extendida, abierta y afilada como un machete, hizo ademán de separar la ciudad en cuatro partes.

—¿Quieres hablar de la calle de Rívoli y del nuevo bulevar que se está abriendo?—preguntó su mujer.

—Sí, la gran encrucijada de París, como la llaman. Separan el Louvre y el Ayuntamiento. Juego de niños y nada más. Bueno para despertar el apetito del público... Cuando la primera red quede terminada, entonces dará principio la gran danza. La segunda red horadará la ciudad por todas partes, para enlazar los barrios con la primera. La mampostería desaparecerá bajo el yeso... Mira, sigue la dirección de mi mano. Desde el bulevar del Temple a la barrera del Trono, un corte; luego, por este otro lado, otro corte desde la Magdalena a la llanura de Monceaux; un tercer corte en esta dirección, otro en aquella, allá otro más lejos, y cortes y cortes en todas direcciones; París descuartizado a sablazos, con las venas abiertas, alimentando a cien mil peones y albañiles, atravesado por admirables vías estratégicas, que pondrán los fuertes en el corazón de los antiguos barrios.

La noche se echaba encima. La mano flaca y nerviosa de Saccard continuaba cortando en

el vacío. Angela, con un ligero temblor ante aquel cuchillo viviente, de aquellos dedos de hierro que descuartizaban sin compasión la aglomeración sin límites de los oscuros techos. Un instante hacía que las brumas del horizonte descendían poco a poco de las alturas, y a Angela figurábasele oír, bajo las tinieblas que se amontonaban en las cavidades, lejanos crujidos, como si en realidad la mano de su marido hiciese los cortes de que hablaba, destruyendo a París de un extremo a otro destruyendo las vigas, aplastando los sillares y dejando en pos de sí largas y espantosas heridas de muros desplomados. La pequeñez de aquella mano cebándose sobre gigantesca presa, acababa por sobresaltarla; y, en tanto que desgarraba sin esfuerzo las entrañas de la enorme ciudad, habríase dicho que adquiría un extraño reflejo de acero en el azulado crepúsculo.

—Todavía habrá una tercera red—continuó Saccard al cabo de un corto silencio, y como hablando consigo mismo; se halla aún demasiado lejana, por lo que la veo menos. Son pocos los indicios que he encontrado... Pero sería la desatada locura, el galop infernal de los millones. ¡París embriagado y hundido!

Callóse de nuevo, con los ojos ávidamente fijos sobre la ciudad, en donde las sombras se agolpaban cada vez más espesas. Parecía como que interrogaba a aquel porvenir, demasiado lejano para que se hallara a sus alcances. Vino después la noche, quedóse borrosa la ciudad, y oíase tan sólo su respiración de gigante, comparable a la del mar, del cual tan sólo ya se distinguen las blancas crestas de las olas. Acá y acullá blanqueaban aún algunas paredes; y, una a una, las amarillentas luces de los mecheros de gas salpicaban las tinieblas, semejantes a estre-

llas que aparecían en la lobreguez de un cielo tempestuoso.

Angela desechó su malestar y reanudó la broma que su marido había iniciado a los postres.

—Pues bien—dijo Aristides sonriendo,—ya han caído de esas monedas de veinte francos, mira cómo las cuentan los parisienses. ¡Mira qué seductoras pilas se alinean a nuestros pies!

Y señalaba las calles que descendían enfrente de los cerros de Montmartre, y cuyas luces de gas parecían amontonar, en doble hilera, sus reflejos de oro.

—Y allá abajo—prosiguió señalando con el dedo un hormiguero de astros,—aquello es seguramente la Caja general.

Aquello hizo reír a Saccard. Permanecieron todavía unos instantes a la ventana, entusiasmados por aquella cascada de “monedas de veinte francos” que acabó por anegar a París por completo. El agente inspector, al bajar de Montmartre, se arrepintió sin duda de haber hablado tanto. Echó la culpa al borgoña, y rogó a su mujer que no repitiese las “necesidades” que había dicho; quería ser—según decía—un hombre serio.

Hacía mucho tiempo que Saccard había estudiado aquellas tres redes de cables y de bulevares, cuyo plan se había olvidado de exponer a Angela con bastante exactitud. Cuando ésta murió, no le disgustó que se llevase a la tierra sus charlatanerías de los cerros de Montmartre. Allí estaba su fortuna, en aquellos famosos cortes que su mano había trazado en el corazón de París, y se propuso no hacer partícipe a nadie de su idea, no ignorando que en el día del botín no serían pocos los cuervos que se cernerían sobre la ciudad destruida. Su primer plan era el de adquirir muy barato cualquier inmueble

que de antemano supiese estar condenado a una próxima expropiación, y realizar un importante beneficio, obteniendo una crecida indemnización. Tal vez se habría decidido a intentar la aventura sin un céntimo, a comprar a fiado el inmueble para cobrar tan sólo en seguida una diferencia como en la Bolsa, cuando volvió a casarse, mediante aquella prima de doscientos mil francos que fijó y engrandeció su plan. Ahora sus cálculos quedaban realizados: compraba a su mujer, a nombre de un intermediario, sin que diera él la cara en modo alguno, la casa de la calle de la Pépinière, y triplicaba el capital empleado, merced a su ciencia adquirida en los corredores del Ayuntamiento y a sus buenas relaciones con ciertos personajes influyentes. Si se había estremecido cuando la tía Isabel le hubo indicado el lugar en que la casa se encontraba, era porque estaba situada en mitad del trazado de una vía, de que no se hablaba aún sino en el gabinete del prefecto del Sena. Aquella vía la ocupaba por completo el bulevar de Malesherbes. Era un antiguo proyecto de Napoleón I, que se pensaba llevar a ejecución "para dar—decía la gente grave—una salida normal a los barrios perdidos tras un dédalo de estrechas calles, en las escarpaduras de las laderas que limitaban a París". Aquella frase oficial no venía naturalmente a confesar el interés que el imperio tenía en la danza de los escudos, en aquellos formidables desmontes y terraplenes, que tenían a los obreros en expectativa. En una ocasión se permitió Saccard consultar en casa del prefecto aquel famoso plano de París, en el cual "una mano augusta" había trazado con tinta colorada las principales vías de la segunda red. Aquellos sangrientos trazos de pluma cortaban a París en mayor escala aún que la mano

del agente inspector. El bulevar Malesherbes, que echaba a tierra soberbios hoteles en las calles de Anjou y de la Ville-l'Éveque, y que necesitaban trabajos de explanación considerables, había de ser abierto una de los primeros. Cuando Saccard fué a visitar el inmueble de la calle de la Pépinière, hizo memoria de aquella tarde de otoño, en aquella comida que había tenido con Angela en los cerros de Montmartre, durante la cual había caído al ponerse el sol aquella tan recia lluvia de luises de oro en el barrio de la Magdalena. Sonrióse y pensó en que la radiante nube había descargado en su casa, en su patio, y que iba a recoger las monedas de veinte francos.

Mientras Renata, instalada con todo lujo en la habitación de la calle de Rívoli, en mitad de aquel París nuevo, una de cuyas reinas iba a ser, meditaba sus futuros tocados y ensayaba su vida de mujer del gran mundo, su marido se ocupaba con el mayor cariño de su primer gran negocio. Empezaba por comprarle la casa de la calle de la Pépinière, merced a la mediación de un tal Lasorneau, a quien había sorprendido huroneando en las oficinas del Ayuntamiento, pero que había cometido la tontería de dejarse sorprender en una ocasión en que registraba los cajones del prefecto. Larsonneau se había establecido como agente de negocios en el fondo de un patio lóbrego y húmedo de la parte baja de la calle de Saint-Jacques. Su orgullo y sus aspiraciones sufrían por modo cruel. Hallábase en la misma situación que Saccard antes de su casamiento; según él, también había inventado "una máquina de monedas de a cien sueldos"; sólo que los primeros fondos le faltaban para sacar partido de su invento. Entendióse con medias palabras con su antiguo colega, y tan

bien trabajó, que obtuvo la casa por ciento cincuenta mil francos. Renata, al cabo de algunos meses, tenía ya grandes necesidades de dinero. El marido intervino solamente para autorizar a su mujer para que vendiera. Cuando la venta quedó realizada, Renata le suplicó que colocase a nombre suyo cien mil francos, que le entregó en la mayor confianza, para conmovérle sin duda y hacerle cerrar los ojos sobre los cincuenta mil francos que ella se metía en el bolsillo. Saccard se sonrió astutamente; como que entraba en sus cálculos el que tirase el dinero por la ventana; aquellos cincuenta mil francos, que iban a desaparecer en blondas y en alhajas, debían de producirle a él el ciento por ciento. Llevó su honradez—tan satisfecho quedaba de su primer negocio—hasta colocar en realidad los cien mil francos de Renata y entregarle los títulos de renta. Su mujer no podía desprenderse de ellos, y estaba seguro de volverlos a encontrar en el nido, si alguna vez los necesitaba.

—Querida amiga, esto servirá para tus trapos—le dijo con galantería.

Cuando se vió dueño de la casa, tuvo la habilidad, en un solo mes, de hacerla revender dos veces a hombres de paja, aumentando una vez y otra el precio de la compra. El último comprador no le pagó menos de trescientos mil francos. Durante este tiempo, Larsonneau era el único que aparecía como representante de los propietarios sucesivos, para entenderse con los inquilinos. Negábase sin piedad a renovar los contratos de alquiler, a menos que consintiesen en pagar crecidos aumentos. Los inquilinos, que habían olfateado la próxima expropiación, tocaban el cielo con las manos; acababan por aceptar el aumento, sobre todo cuando Larsonneau agregaba, en actitud conciliadora, que tal

aumento sería ficticio durante los cinco primeros años. En cuanto a los inquilinos que se resistieron, fueron reemplazados por infelices, a quienes se cedió el alquiler casi de balde, y firmaron cuanto se quiso; de este modo el beneficio fué doble: el alquiler fué aumentando y la indemnización al inquilino por su arriendo, debió pasar a Saccard. La señora Sidonia quiso ayudar a su hermano, estableciendo en una de las tiendas de los bajos un depósito de pianos. En esta ocasión fué cuando Saccard y Larsonneau fueron más lejos de la cuenta: inventaron libros de comercio, falsificaron escrituras para demostrar que la venta de pianos ascendía a una cantidad enorme. Eran muchas las noches en que garrapateaban juntos. Trabajada de tal modo, la casa triplicó su valor. Merced a la última escritura de venta, merced a las subidas de alquiler, a los supuestos inquilinos y al comercio de la señora Sidonia, la casa podía ser justipreciada en quinientos mil francos ante la comisión de indemnizaciones.

Los engranajes de la expropiación de aquella poderosa máquina que durante quince años ha trastornado a París, produciendo la fortuna y la ruina, eran de lo más sencillo. En cuanto queda decretada una nueva vía, los agentes inspectores levantan el plano parcelario y valoran las propiedades. Generalmente, por lo que toca a los inmuebles, capitalizan, previa información, el alquiler total y de este modo pueden presentar una cifra aproximada. La comisión de las indemnizaciones, compuesta de miembros del consejo municipal, hace siempre una oferta inferior a la citada cifra, sabiendo que los interesados reclamarán más y que habrá concesiones mutuas. Cuando no llegan a entenderse, el asunto es llevado ante un jurado, que se pronuncia sin ape-

lación entre la oferta del Ayuntamiento y la demanda del propietario o del inquilino expropiado.

Saccard, que se había quedado en el Ayuntamiento para el momento decisivo, tuvo por un instante la imprudencia de pretender que se le designara, cuando los trabajos del bulevar Malesherbes dieron principio, y que él mismo tasara su finca; pero temió, por tal modo, paralizar su influencia ante los miembros de la comisión de indemnizaciones. Hizo elegir uno de sus colegas, un joven amable y risueño, llamado Michelin, y cuya esposa, de soberana belleza, iba una vez que otra a excusar a su marido ante sus jefes, cuando no podía asistir a la oficina por alguna indisposición. Sentíase indispuerto a cada dos por tres. Saccard se había percatado de que la linda señora de Michelin, que se deslizaba tan humildemente por las puertas entreabiertas, era una verdadera potencia; Michelin resultaba con un ascenso tras de cada una de sus enfermedades, de modo que hacía su carrera metiéndose en la cama. Durante una de sus ausencias, como enviase casi todas las mañanas a su consorte a la oficina, para dar noticias de su indisposición. Saccard se tropezó con él dos veces en los bulevares exteriores, fumándose un cigarro, con el semblante satisfecho y embelesado que no le dejaba nunca. Aquello le inspiró simpatías por aquel apreciable joven, por aquella pareja feliz, tan ingeniosa y tan práctica. Sentía verdadera admiración por todas las "máquinas para hacer monedas de cien sueldos", explotadas con habilidad. Así que hubo hecho designar a Michelin, fué a visitar a su encantadora esposa, quiso presentarla a Renata y le habló de su hermano el diputado, el ilustre orador. La señora de Michelin comprendió fácilmente.

Desde aquel día su marido guardó para su colega las sonrisas más insinuantes. Este, que no se proponía que el digno muchacho entrase en sus confidencias, se contentó con encontrarse presente, como por pura casualidad, y el día en que se procedió a la valoración de la finca de la calle de la Pépinière, y le ayudó. Michelin, que era la cabeza más nula y más vacía que imaginarse puede, conformóse con las instrucciones de su mujer, quien le había recomendado que dejase contento al señor Saccard en todo lo que a él se refiriera. Por lo demás, no concibió la menor sospecha; creyó que el agente inspector tenía prisa de que terminase su tarea para llevárselo al café. Los arriendos, los recibos de inquilinato, los famosos libros de madama Sidonia pasaron a su vista, de las manos de su colega, sin contar siquiera con tiempo para comprobar las cifras que éste le comunicaba en alta voz. Larsonneau se encontraba allí y trataba a su cómplice como a persona extraña.

—Vamos, ponga usted quinientos mil francos —concluyó por decirle Saccard.— Esa casa vale más... Démonos prisa, creo que va a realizarse un movimiento en el personal del Ayuntamiento, y quiero hablarle a usted de ello para que prevenga usted a su señora.

Y así quedó planteado el negocio. Mas quedaban aún en pie ciertos temores. Temía que aquella cantidad de quinientos mil francos no pareciese un tanto exagerada a la comisión de indemnizaciones, por una casa que en rigor no valía más que doscientos mil. La formidable alza sobre los inmuebles no se había efectuado aún, y una información habríale hecho correr el albur de serias desazones. Hacía memoria de aquella frase de su hermano: "Nada de escán-

dalo demasiado ruidoso, o te suprimo"; y bien sabía que Eugenio era hombre capaz de ejecutar su amenaza. Tratábase de hacer cerrar los ojos y despertar la benevolencia de aquellos señores de la comisión. Puso los ojos en dos hombres influyentes que había hecho amigos suyos por la manera como les saludaba en los corredores, cuando se tropezaba con ellos. Los treinta y seis miembros del consejo municipal eran cuidadosamente escogidos por mano misma del emperador, a propuesta del prefecto, entre los senadores, los diputados, los médicos, los grandes industriales que con más devoción se postraban ante el poder; pero entre todos, el barón Gouraud y el señor Toutin-Laroche merecían la benevolencia de las Tullerías por su fervor.

Todo el barón Gouraud quedaba trazado en esta corta biografía: nombrado barón por Napoleón I, en recompensa de galletas averiadas suministradas al grande ejército; fué sucesivamente par en tiempo de Luis XVIII, de Carlos X, de Luis Felipe y nombrado senador por Napoleón III. Era adorador del trono, de las cuatro tablas doradas cubiertas de terciopelo: dábale un ardite por el hombre que en ellas se encontraba sentado. Con su enorme panza, su rostro de buey y sus andares de elefante, hallábase dotado de una bellaquería encantadora; vendíase con majestad y cometía las más atroces infamias en nombre del deber y de la conciencia. Pero aquel hombre admiraba todavía más por sus vicios. Acerca de él corrían historias que no se podían contar sino al oído. Sus sesenta años florecían en plena orgía monstruosa. En dos ocasiones habíanse tenido que ahogar inmundas aventuras, para que no fuese a arrastrar su bordado uniforme de senador en los banquillos de los tribunales.

El señor Toutin-Larocne, alto y delgado, antiguo inventor de una mezcla de sebo y de estearina para la fabricación de las bujías, sonaba con la senaduría. Habíase constituido en inseparable del barón Gouraud; rozábase con él, con la vaga idea de que esto le traería la felicidad. En el fondo era hombre muy práctico, y a haber encontrado a la venta una poltrona senatorial, habría con todo ahinco regateado el precio. El imperio iba a poner en evidencia a aquella codiciosa nulidad, a aquel cerebro mezquino, dotado con el genio de los chanchullos industriales. Fué el primero en vender su nombre a una compañía en que había gato encerrado, a una de esas sociedades que hasta hicieron, como quien dice, brotar hongos venenosos en el estercolero de las especulaciones imperiales. En aquella época pudo verse un anuncio, pegado en las paredes, conteniendo en negros y gruesos caracteres estas palabras: *Sociedad general de los puertos de Marruecos*, con su título de consejero municipal, se ostentaba a la cabeza de la lista de los miembros del consejo de vigilancia, todos a cual más desconocido uno que otro. Este procedimiento, de que tanto se ha abusado después, hizo verdaderos prodigios; acudieron los accionistas, aunque el asunto de los puertos de Marruecos fuese poco claro y aunque las buenas gentes que aportaban sus capitales no pudiesen explicarse a sí mismas en qué obra los iban a emplear. El anuncio rezaba en campanudo tono el establecimiento de agencias comerciales a lo largo de la costa del Mediterráneo. Dos años hacía que ciertos periódicos celebraban tan grandiosa operación, cuya creciente prosperidad anunciaba cada tres meses. En el consejo municipal, el señor Toutin-Larocne pasaba por administrador de relevante

mérito; era una de las cabezas privilegiadas de la localidad, y en atrabiliaria tiranía para con sus colegas sólo era comparable con su hipócrita humanidad ante el prefecto. Estaba ya trabajando en la creación de una gran compañía mercantil, el "Crédito vitícola", caja de préstamos para los viticultores, de que no hablaba sino con reticencias, con actitudes graves que encendían en torno suyo los apetitos de la gente imbecil.

Saccard se atrajo la protección de estos dos personajes, prestándoles servicios, cuya importancia fingía hábilmente ignorar. Puso en relaciones a su hermana con el barón, a la sazón comprometido en una historia de las menos limpias. Llevóla a su casa, con el pretexto de solicitar su apoyo en favor de la buena señora, que pretendía hacia ya mucho tiempo que se le otorgara el suministro de cortinajes para las Tullerías. Pero sucedió, tan luego como el agente inspector les hubo dejado solos, que fué madama Sidonia la que prometió al barón tratar con ciertas personas, bastante estúpidas, para no tenerse por honradas, con la amistad de un senador que se había dignado distinguir a su hija, niña de unos diez años de edad. Saccard obró por su propia cuenta ante el señor Toutin-Laroche; compúsoselas de manera para obtener con él una entrevista en un corredor y llevó la conversación al famoso Crédito vitícola. Al cabo de cinco minutos, el gran administrador, azorado, estupefacto por las horripilantes cosas que oía, tomó sin ceremonias del brazo al empleado y lo detuvo durante una hora en el corredor. Saccard le sugirió mecanismos financieros prodigiosos de ingeniosidad. Cuando el señor Toutin-Laroche se separó de él, estrechóle la

mano por modo expresivo con guñar de ojos de francmasón.

—Usted llegará a serlo—murmuró,—es preciso que lo sea.

Aristides mostróse de primera en cuanto concernía a aquel asunto. Llevó su prudencia hasta el punto de no hacer al barón Gouraud y al señor Toutin-Laroche, cómplices uno de otro. Les visitó separadamente, deslizóles una palabra al oído a favor de uno de sus amigos, que iba a ser expropiado, en la calle de la Pépinière; tuvo buen cuidado de decir a cada uno de ambos compadres, que por su parte no hablaría de este asunto a ningún otro miembro de la comisión, que la cosa estaba en el aire, pero que contaba con toda su benevolencia.

El agente inspector había tenido razón al temer y al tomar sus precauciones. Cuando el legajo referente a su finca llegó a la comisión de indemnizaciones, sucedió precisamente que uno de los miembros habitaba en la calle de Astorg y tenía noticia de la casa. Aquel miembro puso el grito en el cielo tocante a la cantidad de quinientos mil francos, que, en su sentir, debía reducir a la mitad. Aristides había tenido la desvergüenza de hacer pedir seiscientos mil francos. Aquel día, el señor Toutin-Laroche, por lo común muy desabrido para con sus colegas, estaba de un humor más de todos los diablos que de costumbre. Se incomodó y tomó la defensa de los propietarios. ®

—Todos somos propietarios, señores...—exclamó.—El emperador desea hacer grandes casas, no andemos escatimando miserias... Esa casa debe de valer los quinientos mil francos; uno de nuestros hombres, un empleado del Ayuntamiento, es el que ha fijado la cantidad... En realidad podría decirse que vivimos en pleno bosque de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Bondy; ya veréis cómo acabaremos por desconfiar de nosotros mismos.

El barón Gouraud, hundido en su asiento, miraba con el rabillo del ojo, y con ademán de sorpresa, al señor Toutin-Laroche, echando pestes a favor del propietario de la calle de la Pépinière. Asaltóle alguna sospecha, mas, en conclusión, como aquella violenta salida de tono le dispensaba de tomar la palabra, se puso a menejar suavemente la cabeza en señal de aprobación absoluta. El miembro de la calle de Astorg se resistía, indignado, sin quererle doblegar ante los dos tiranos de la comisión, en un asunto en el cual era él más competente que aquellos señores. Entonces fué cuando el señor Toutin-Laroche, habiendo reparado en las señales de aquiescencia del barón, se apoderó vivamente del legajo y dijo con sequedad:

—Está bien. Pondremos en claro las dudas de usted... Si me da usted su permiso, yo me encargo del particular, y el barón Gouraud hará el informe conmigo.

—Sí, sí—dijo con gravedad el barón,— nada que no sea limpio debe de contaminar nuestras decisiones.

El legajo había desaparecido en los insondables bolsillos del señor Toutin-Laroche. La comisión hubo de ceder. Al salir los dos compañeros se miraron sin reírse; teníanse por cómplices, lo que redoblaba su serenidad. Dos inteligencias vulgares habrían provocado una explicación; continuaron defendiendo la causa de los propietarios, como si se les siguiese oyendo, y deplorando el espíritu de desconfianza que se utilizaba por do quiera. En el instante en que se iban a separar:

—¡Ah! me olvidaba, mi querido colega—dijo el barón sonriendo,— en seguida voy a partir

para el campo. Usted sería muy bondadoso si se prestase a hacer sin mí esa pequeña información... Y sobre todo, no vaya usted a descubrirme, porque esos señores se lamentan de que me tomo demasiadas vacaciones.

—Vaya usted tranquilo—continuó el señor Toutin-Laroche;—ahora mismo me voy a la calle de la Pépinière.

Entró tranquilamente en su casa, con un tanto de admiración por el barón, que sabía desembarazar tan bonitamente las situaciones delicadas. Se quedó con el legajo en el bolsillo, y en la sesión siguiente declaró en el tono más concluyente, en nombre del barón y del suyo, que entre la oferta de quinientos mil francos y la demanda de setecientos mil, había que decidirse por partir la diferencia, concediendo seiscientos mil francos. No se presentó la más mínima oposición. El miembro de la calle de Astorg, quien sin duda había reflexionado, dijo, con el mayor candor del mundo, que se había equivocado: había creído que se trataba de la casa contigua.

Así fué como Aristides ganó su primera victoria. Cuadruplicó su puesta de fondos y ganó dos cómplices. Tan sólo una cosa le inquietaba; cuando se propuso inutilizar los famosos libros de madama Sidonia, ya no dió con ellos. Corrió a casa de Larsonneau, quien le confesó lisa y llanamente que él los tenía en efecto, y que los conservaba en su poder. Aristides no se incomodó; pareció querer decir que sólo había sentido inquietud por aquel su querido amigo, mucho más comprometido que él por las tales escrituras, por completo casi de su puño y letra, pero que quedaba tranquilo desde el punto y hora en que se encontraban en su poder. En el fondo de buena gana habría estrangulado a

aquel "su querido amigo"; ofrecíasele a la memoria un documento comprometedor en demasia, un inventario falso que había tenido la estupidez de redactar, y que debía de haber quedado en uno de los registros. Larsonneau, pagado espléndidamente, fué a establecer un gabinete de negocios a la calle de Rivoli, en donde instaló oficinas amuebladas con el lujo de la habitación de una señorita.

Saccard, después de haber dejado el Ayuntamiento, pudiendo poner en movimiento fondos considerables, lanzóse a la especulación a todo trance, en tanto que Renata, embriagada, loca, aturdió a París con el ruido de sus trenes, con el brillo de sus diamantes y con el vértigo de su vida encantadora y alborotada.

A veces, tanto el marido como la mujer, aquellas dos devoradoras fiebres del dinero y del placer, se presentaban en las heladas nieblas de la isla de San Luis. Parecía que entraban en una ciudad muerta.

El hotel Béraud, edificado en los comienzos del siglo décimoséptimo, era una de esas construcciones cuadradas, oscuras y severas, con estrechas y altas ventanas que abundan en el Marais y que se alquilan para colegios, para fábricas de agua de Seltz, para depósitos de vinos y de alcoholes. Sólo que el hotel Béraud estaba admirablemente conservado. A la calle de Saint-Louis-en-l'Île no daban más que tres pisos, pisos de quince a veinte pies de altura. La parte baja, menos elevada de techo, se hallaba provista de ventanas aseguradas con enormes barras de hierro, que se hundían lúgubramente en la sombría espesura de las paredes, y de una puerta redondeada, casi tan alta como ancha, hecha a martillo, pintada de verde oscuro y adornada con enormes clavos que simu-

laban estrellas y rombos en las dos hojas. Era aquella una puerta típica, con los guardarruedas que la flanqueaban, medio inclinados y fuertemente sujetos con aros de hierro. Conociase que en otros tiempos se había dispuesto el cauce de un arroyo, en medio de la puerta, entre las suaves pendientes del empedrado del soportal; pero el señor Béraud tuvo a bien cegar el arroyo y asfaltar la entrada; este fué, por lo demás, el único sacrificio que aceptó en toda su vida de la arquitectura moderna. Las ventanas de los pisos estaban dotadas de delgadas barandillas de hierro forjado, dejando ver sus colosales huecos con recios enmaderados oscuros y sus pequeños y verdosos vidrios. En la parte de arriba y delante de las guardillas, la techumbre quedaba interrumpida, y únicamente el canalón se extendía a lo largo para llevar las aguas de lluvia a los tubos descendentes. Lo que aumentaba todavía más la austera desnudez de la fachada, era la absoluta ausencia de persianas y de celosías, ya que, en ninguna estación, el sol daba en aquellas piedras pálidas y melancólicas. Aquella fachada, con su aspecto venerable, con su severidad burguesa, dormía solemnemente en el recogimiento del barrio y en el silencio de la calle, apenas turbado por los carruajes.

En el interior del hotel se veía un patio cuadrado, rodeado de arcos, una miniatura de la plaza Real, empedrado con enormes losas, lo que acababa de dar a aquella casa muerta la apariencia de un convento. Frontera al soportal, una fuente, una cabeza de león medio borrada y de la cual ya no se veían sino las entreabiertas fauces, arrojaba, por un tubo de hierro, una agua pesada y monótona, a un tazón lleno de verde musgo y alisado en los bordes

por el desgaste. Aquel agua era una nieve. Entre las losas del empedrado crecían hierbas. En el verano, un tenue rayo de sol llegaba al patio, rara visita que había blanqueado un ángulo de la fachada, al Mediodía, mientras que los otros tres lienzos, negruzcos y lúgubres, estaban como jaspeados por el moho. En el fondo de aquel patio, helado y mudo como un pozo, iluminado por blanquecina claridad de invierno, habriase uno creído a mil leguas de este nuevo París, en donde resplandecían todos los furiosos placeres, en el alboroto de los millones.

Las habitaciones del hotel revestían la triste quietud, la fría solemnidad del patio. Subíase a ellas por amplia escalera con barandas de hierro, en donde los pasos y la tos de los visitantes resonaban como bajo una nave de iglesia; extendíanse en largas hileras de vastas y elevadas piezas, en las que se diseminaban viejos muebles de maciza y oscura madera; la media luz se hallaba poblada tan sólo por los personajes de los tapices, cuyos gigantescos y pálidos cuerpos vagamente se percibían. Todo el lujo de la antigua burguesía parisiense se encontraba allí, lujo sin comodidades ni afeminación, asientos de encina, cubiertos apenas con un poco de estopa, lechos con telas rígidas, grandes cofres para ropa blanca, cuyas toscas tablas comprometerían singularmente la escasa consistencia de los trajes modernos.

El señor Béraud Du Chatel había elegido su habitación en la parte más lóbrega del hotel, entre la calle y el patio, en el primer piso. Encontrábase allí como en medio de maravilloso cuadro de recogimiento, de silencio y de sombra. Cuando empujaba las puertas, atravesando la solemnidad de las habitaciones, con su andar lento y grave, habríasele tomado por uno

de aquellos miembros de los antiguos parlamentos, cuyos retratos se veían colgados a las paredes, volviendo a su casa meditabundo, después de haber discutido y negádose a firmar un edicto del rey..

Pero en aquella casa muerta, en aquel claustro, había un nido templado y vibrante, un rincón de sol, de alegría, de adorable infancia, de aire puro, de luz esplendorosa. Era preciso subir una multitud de escalerillas, desfilando todo a lo largo de diez o doce corredores, volver a bajar, subir otra vez, emprender un verdadero viaje, para llegar al fin a una espaciosa habitación, a una especie de belvedere, construido sobre el tejado, detrás del hotel, con vista al muelle de Béthume. La habitación estaba situada en pleno mediodía; la ventana era tan grande, que el cielo, con todos sus rayos, con todo su aire y todo su azul, parecía que entraba allí. Suspendida como un palomar, contenía grandes cajas de flores, una inmensa pajarera y ni siquiera un mueble. Tan sólo se había extendido una estera en el suelo. Aquello era la habitación de las niñas, y en todo el hotel no se la conocía ni se la designaba con otro nombre. Era la casa tan fría, tan húmedo el patio, que tía Isabel había cobrado miedo, tanto por Cristina como por Renata, a aquel soplo de aire helado que se desprendía de las paredes; muchas veces había regañado a las chiquelas al verlas corretear bajo los arcos del patio y gozarse en mojar sus bracillos en la helada agua de la fuente. Entonces concibió la idea de arreglar para ellas aquel olvidado desván, único sitio en que entraba y se regocijaba el sol, solitario, haría pronto dos siglos, en medio de las telas de araña. Dióles una estera, pájaros y flores, y las chimeneas se sintieron entusiasma-

das. Durante las vacaciones, Renata vivía allí, en medio del amarillo baño de tan hermoso sol, que parecía sentirse dichoso por el esmerado adorno que se había hecho a su retiro y por las dos cabecitas rubias que se le enviaban. La habitación se convirtió en un paraíso, que resonaba con el gorjeo de los pájaros y con el charloteo de las pequeñuelas. Les había sido cedida en absoluta propiedad. Decían "nuestra habitación" y se encontraban en su casa, llegaban hasta encerrarse allí con llave para probarse del todo que eran las únicas dueñas. ¡Qué rincón de felicidad! Una verdadera matanza de juguetes agonizaba sobre la estera, al claro sol.

Y la grande alegría de la habitación de las niñas era sobre todo aquel inmenso horizonte. Desde las demás ventanas del hotel, no se veía, en frente de sí, más que paredes negras, a algunos pies de distancia. Pero desde aquella, se distinguía toda esta parte del Sena, todo este extremo de París que se extienden de la Cité al puente de Bercy, llano e inmenso, que tiene semejanza con alguna original ciudad de Holanda. Allá abajo, en el muelle de Béthume, veíanse barracas medio hundidas, montones de vigas y de techos agujereados, entre los cuales las niñas se divertían con frecuencia viendo correr enormes ratas, temiendo, aunque por modo vago, verlas encaramarse por las altas paredes. Pero, ya más lejos, empezaba el encanto. La estacada, escalonando sus maderos, sus contrafuertes de catedral gótica y el puente de Constantino, ligero, balanceándose como un encaje bajo los pies de los transeuntes, cortándose en ángulo recto, parecían atajar el paso y contener la enorme masa del río. En frente, los árboles del Mercado de los vinos, y más lejos los macizos del Jardín de Plantas, verdeaban y se

extendían hasta el horizonte; mientras que al otro lado del agua, el muelle de Enrique IV y el de la Rapée, alineaban sus bajas y desiguales construcciones, su hilera de casas, que, desde arriba, se asemejaban a las casitas de madera y cartón que las niñas tenían en sus cajas. En el fondo, a la derecha, el apizarrado techo de la Salpêtriére azuleaba por encima de los árboles. Después, en el medio, descendiendo hasta el Sena, anchas orillas empedradas, formando dos largos caminos grises, cortados aquí y allá por larga hilera de toneles, por algún carricoche enganchado, y por las maderas y el carbón desembarcados de algún barco. Pero el alma de todo aquello, el alma que daba vida al paisaje, era el Sena, el río viviente; venía de lejos, el límite vago y trémulo del horizonte, salía de allá abajo, como realización de un ensueño, para correr en derecha hacia las niñas, en su majestad silenciosa, en su poderoso crecimiento que se extendía y desplegaba a sus pies cual inmensa sábana en la punta de la isla. Los dos puentes que lo dividían, el de Bercy y el de Austerlitz, parecían presas indispensables, encargadas de contenerlo, de impedirle que subiera hasta la habitación. Las niñas se perecían por el gigante, extasiaban sus ojos con su corriente colosal, con aquella eterna ola mugiente que rodaba hacia ellas, como para alcanzarlas, y que sentían henderse y desaparecer a derecha e izquierda, a lo desconocido, con suavidad de titán vencido. En los hermosos días, en las mañanas de cielo azul, sentíanse como embelesadas por los esplendentes ropajes del Sena; ropajes camiantes que pasaban del verde al azul, con mil tonos de delicadeza infinita; habríasele tenido por seda salpicada de blancas llamas, con blondas de raso; y los barcos

que se abrigan en ambas orillas lo bordeaban como una cinta de terciopelo negro. A lo lejos, sobre todo, la tela se ofrecía más admirable y más preciosa, como la encantada gasa de una túnica de hada. Después de la banda de pronunciado raso verde, con que la sombra de los puentes estrechaba el Sena, veíanse como lazos de oro, y paños de plegada tela color de sol. El inmenso cielo, reflejado en el agua, las hileras de bajos edificios, el verdor de ambos parques, parecían desvanecerse en el infinito.

A veces Renata, hastiada de aquel horizonte sin límites, crecida ya y trayendo del colegio curiosidades carnales, dirigía una mirada a la escuela de natación de los baños de Petit, cuyo barco se encontraba amarrado en la punta de la isla. Por entre las flotantes ropas colgadas con cordeles a guisa de techo, procuraba ver los hombres en calzoncillos, cuyos desnudos vientres se distinguían.

III

Máximo permaneció en el colegio de Plassans hasta las vacaciones de 1854. Tenía trece años y unos meses, y acababa de terminar el quinto año. Entonces fué cuando su padre se determinó a hacerle ir a París. Pensaba que un hijo de aquella edad le daría importancia, y le instalaría definitivamente en el papel de casado en segundas nupcias, rico y formal. Cuando anunció su proyecto a Renata, con la que se preciaba de gastar extremada galantería, ella le contestó con indiferencia:

—Está muy bien, manda venir al galopín... Nos divertirá un poquito. Por las mañanas nos aburrirnos que es un primor.

El galopín llegó ocho días después. Era un chicuelo alto y delgaducho, con cara de muchacha, de aspecto delicado y de sinvergüenza, y de cabello rubio claro. Pero, ¡qué mal vestido venía, santo Dios! Pelado hasta las orejas, con los cabellos tan al rape que la blancura del cráneo apenas se veía cubierta con ligera sombra; traía un pantalón demasiado corto, zapatos de carretero, una chaqueta horriblemente raída, demasiado ancha y que le hacía parecer casi jorobado. En aquel pergenio, sorprendido por cuantas cosas nuevas veía, miraba a su alrededor, sin timidez a pesar de todo, y con el aspecto montaraz y astuto de un muchacho precoz que vacila antes de entregarse de golpe y porrazo.

Un criado acababa de traerle de la estación, y encontrábase en el gran salón, con la boca abierta a la vista de los dorados muebles y del techo, en extremo feliz en medio de aquel lujo en que iba a vivir, cuando Renata, que volvía de casa de su sastre, entró como un huracán. Arrojó el sombrero y el albornoz blanco que se había echado a los hombros para guarecerse contra el frío, que ya apretaba; y se presentó a Máximo, estupefacto de admiración, en todo el esplendor de su maravilloso traje.

El muchacho la creyó disfrazada; llevaba una admirable falda de faya azul, con grandes volantes, sobre la cual se había echado una especie de levita de guardia francés, de seda gris claro. Los faldones del capote, forrado de raso azul más oscuro que la faya de la falda, estaban con suma gracia levantados y sujetos con lazos de cintas; los adornos de las lisas mangas y las

que se abrigan en ambas orillas lo bordeaban como una cinta de terciopelo negro. A lo lejos, sobre todo, la tela se ofrecía más admirable y más preciosa, como la encantada gasa de una túnica de hada. Después de la banda de pronunciado raso verde, con que la sombra de los puentes estrechaba el Sena, veíanse como lazos de oro, y paños de plegada tela color de sol. El inmenso cielo, reflejado en el agua, las hileras de bajos edificios, el vérdor de ambos parques, parecían desvanecerse en el infinito.

A veces Renata, hastiada de aquel horizonte sin límites, crecida ya y trayendo del colegio curiosidades carnales, dirigía una mirada a la escuela de natación de los baños de Petit, cuyo barco se encontraba amarrado en la punta de la isla. Por entre las flotantes ropas colgadas con cordeles a guisa de techo, procuraba ver los hombres en calzoncillos, cuyos desnudos vientres se distinguían.

III

Máximo permaneció en el colegio de Plassans hasta las vacaciones de 1854. Tenía trece años y unos meses, y acababa de terminar el quinto año. Entonces fué cuando su padre se determinó a hacerle ir a París. Pensaba que un hijo de aquella edad le daría importancia, y le instalaría definitivamente en el papel de casado en segundas nupcias, rico y formal. Cuando anunció su proyecto a Renata, con la que se preciaba de gastar extremada galantería, ella le contestó con indiferencia:

—Está muy bien, manda venir al galopín... Nos divertirá un poquito. Por las mañanas nos aburrirnos que es un primor.

El galopín llegó ocho días después. Era un chicuelo alto y delgaducho, con cara de muchacha, de aspecto delicado y de sinvergüenza, y de cabello rubio claro. Pero, ¡qué mal vestido venía, santo Dios! Pelado hasta las orejas, con los cabellos tan al rape que la blancura del cráneo apenas se veía cubierta con ligera sombra; traía un pantalón demasiado corto, zapatos de carretero, una chaqueta horriblemente raída, demasiado ancha y que le hacía parecer casi jorobado. En aquel pergenio, sorprendido por cuantas cosas nuevas veía, miraba a su alrededor, sin timidez a pesar de todo, y con el aspecto montaraz y astuto de un muchacho precoz que vacila antes de entregarse de golpe y porrazo.

Un criado acababa de traerle de la estación, y encontrábase en el gran salón, con la boca abierta a la vista de los dorados muebles y del techo, en extremo feliz en medio de aquel lujo en que iba a vivir, cuando Renata, que volvía de casa de su sastre, entró como un huracán. Arrojó el sombrero y el albornoz blanco que se había echado a los hombros para guarecerse contra el frío, que ya apretaba; y se presentó a Máximo, estupefacto de admiración, en todo el esplendor de su maravilloso traje.

El muchacho la creyó disfrazada; llevaba una admirable falda de faya azul, con grandes volantes, sobre la cual se había echado una especie de levita de guardia francés, de seda gris claro. Los faldones del capote, forrado de raso azul más oscuro que la faya de la falda, estaban con suma gracia levantados y sujetos con lazos de cintas; los adornos de las lisas mangas y las

grandes solapas del corpiño, se extendían, guarnecidas del mismo raso. Y como complemento supremo, como atrevido rasgo de originalidad, unos gruesos botones imitando zafiros, fijos en lazos azules, bajaban a lo largo de la levita en doble hilera. Aquello resultaba feo y encantador al propio tiempo.

Cuando Renata distinguió a Máximo:

—Es el niño, ¿verdad?— preguntó al criado, sorprendida al verle tan alto como ella.

El niño la devoraba con la vista. Aquella señora de tan blanco cutis, cuyo seno se dejaba ver bajo la entreabierta chambra plegada, aquella aparición repentina y encantadora, con su peinado alto, sus delicadas manos enguantadas, sus bolitas de hombre, cuyos puntiagudos tacones se hundían en la alfombra, le pasmaba, parecía la encantadora hada de aquella habitación tibia y dorada. Púsose a sonreír, presentándose tan sólo con la preciosa torpeza para no perder su gracia de galopín.

—¡Calle! ¡pues es gracioso!— exclamó Renata... Pero, ¡qué horror! ¿cómo le han cortado el pelo?... Escucha, amiguito mío, tu padre no volverá sin duda hasta la hora de comer, y voy a verme precisada a acomodarte... Sepa usted que soy madrastra, caballero. ¿Quieres besarme?

—Vaya si lo quiero— contestó Máximo sin vacilar.

Y besó a la joven en ambas mejillas, cogiéndola por los hombros, lo que apabulló un tanto su levita de guardia francés. Renata se desprendió riendo, mientras decía:

—¡Como hay Dios, que es gracioso el peloncillo!...

Y volviendo a él, con más seriedad, agregó:

—Seremos buenos amigos, ¿no es así? Quiero

ser una madre para usted. En esto reflexionaba, en tanto que esperaba a mi sastre, que se hallaba de consulta, diciendo para mí que debía de mostrarme muy buena y educar a usted por todo lo alto... ¡Será de lo más bonito!

Máximo continuaba mirándola con sus azules ojos de muchacho atrevido, y de repente:

—¿Qué edad tiene usted?— le preguntó.

—¡Pero si eso no se pregunta nunca!— exclamó juntando las manos. —¡Lo ignora el pobrecillo! Habrá que enseñárselo todo. Felizmente todavía puedo decir mi edad: tengo veintiún años.

—Pues yo pronto cumpliré catorce... Usted podría ser hermana mía.

Y no concluyó, pero bien agregaban sus ojos que esperaba encontrar mucho más vieja a la segunda mujer de su padre. Estaba muy cerquita de ella, y le miraba el cuello con tanta atención, que acabó casi por ponerse colorada. Por otra parte, su cabeza de chorlito daba vueltas, sin poder fijarse por largo tiempo en un mismo asunto; púsose a andar de acá para allá, a hablar de su sastre, olvidándose de que se dirigía a un niño.

—Yo habría querido estar allí para recibirle a usted. Pero figúrese usted que Worms me ha traído este traje esta mañana... Me lo pruebo y lo encuentro bastante bien. Tiene mucho *chic*, ¿verdad?

Habiase colocado delante de un espejo, y Máximo iba y venía tras ella, para verla por todos lados.

—No hubo más— continuó— sino que al ponerme la levita, reparé que hacía una gran arruga aquí, en el hombro izquierdo, mire usted... Resulta muy fea la arruga; no parece sino que tengo un hombro más alto que otro.

El se había acercado y pasaba el dedo sobre la arruga, como para asentarla, y su mano de colegial vicioso parecía distraerse en aquel sitio con cierta complacencia.

—A fe mía —prosiguió,— que no me pude contener. Mandé enganchar el carruaje y fui a decir a Worms lo que pensaba tocante a su inconcebible ligereza... Me prometió reparar el mal.

Después permaneció delante del espejo, contemplándose siempre, y, abstrayéndose en súbita meditación, concluyó por llevarse un dedo a los labios, con ademán de meditativa impaciencia. Y en voz muy baja, como hablando consigo misma, repuso:

—Falta algo... con seguridad que falta algo.

Entonces, con rápido movimiento, se volvió y, plantándose delante de Máximo, le preguntó:

—¿Está bien en realidad? ¿No le parece a usted que falta algo, casi nada, un lazo en alguna parte?

El colegial, tranquilizado por la franqueza y cordialidad de la joven, había vuelto a recobrar toda la serenidad de su descarado carácter. Dió algunos pasos atrás, volvió a acercarse, guiñó los ojos y murmuró:

—No, no; no falta nada; es muy bonito, muy bonito... Antes estoy en que hay algo de más.

Se puso algo colorado, a pesar de toda su audacia, adelantóse más aún y trazando con la punta del dedo un ángulo agudo en la garganta de Renata:

—Por mi parte —prosiguió,— yo escotaría así este encaje y pondría un collar con una gran cruz.

Renata batió las palmas, radiante de alegría.

—¡Eso es, eso es! —exclamó...— Tenía la gran cruz en la punta de la lengua.

Apartó la chambre, desapareció durante dos

minutos y volvió con el collar y la cruz. Y poniéndose de nuevo, ante el espejo, exclamó con aire de triunfo:

—¡Oh! magnífico, del todo magnífico... No es nada tonto el motilón. ¿Acaso vestías a las mujeres en tu tierra?... Es indudable que vamos a ser buenos amigos. Pero será menester que sigas mis consejos. Has de empezar por dejar que te crezcan los cabellos y por no llevar más esa horrible chaqueta. Después habrás de aprender con toda exactitud mis lecciones de distintos ademanes. Quiero que llegue usted a ser un lindo joven.

—Pues ya lo creo —dijo cándidamente el muchacho,— ya que papá es ahora rico, y que es usted su mujer.

Sonrióse ella y dijo con su viveza habitual:

—Entonces empecemos por tutearnos. Tan pronto digo tú como usted, lo que resulta de lo más tonto... ¿Tú me querrás?...

—Te querré con todo mi corazón —contestó con efusión de pillete sonreído por la fortuna.

Tal fué la primera entrevista de Máximo y de Renata. El muchacho no fué al colegio hasta el mes siguiente. En los primeros días su madrastra jugó con él como con una muñeca; lo debastó de la provincia, y hay que decir que en ello empleó una gran voluntad. Cuando se presentó, vestido de nuevo, de pies a cabeza, por el sastre de su padre, lanzó una exclamación de alegre sorpresa: estaba hermoso como un amorcillo; ésta fué su expresión. Tan sólo los cabellos empleaban en crecer una lentitud que desesperaba. La joven decía con frecuencia que todo el rostro se hallaba en la cabellera. Ella cuidaba la suya con verdadero cariño. Por mucho tiempo le había angustiado la de Máximo, de aquel color amarillo claro, que traía a la me-

moria la de la manteca fina. Mas cuando llegó la moda de los cabellos amarillos, sintióse hechizada, y para hacer creer que ella no seguía la moda neciamente, juró que se teñía todos los meses.

Los trece años de Máximo eran ya terriblemente precoces. Era la suya una de esas naturalezas débiles y prematuras, en las que los sentidos brotan antes de tiempo. El vicio en él apareció antes de que los deseos se despertaran. En dos ocasiones por poco no le echaron del colegio. Renata, a tener los ojos acostumbrados a las gracias provinciales, habría visto que no obstante el pergenio del peloncillo, como le llamaba, éste se sonreía, volvía el cuello y extendía los brazos por modo elegante, con aquel ademán femenino de las señoritas de colegio. Cuidábase mucho las manos, que eran delgadas y largas; si sus cabellos se mantenían al rape, por orden del director, antiguo coronel de ingenieros, poseía un espejillo que sacaba de la faltriquera, durante las clases, lo colocaba entre las páginas del libro, y en él se contemplaba horas enteras, examinándose los ojos, las encías, haciéndose gestos y ejercitándose en las coqueterías. Sus compañeros se le colgaban a la blusa, y se ajustaba en tal medida, que llegó a tener la cintura delgada y el balanceo de caderas de una mujer formada. La verdad era que recibía tantos golpes como caricias. El colegio de Plassans, madriguera de pequeños bandidos, como la mayor parte de los colegios de provincia, constituyó por tal modo un ambiente de corrupción, en el que se desarrolló con especialidad aquel temperamento neutro, que aportaba el mal, sin saberse por qué influjo desconocido y hereditario. Los años por fortuna le iban a corregir; pero la huella de sus abando-

nos de niño, aquella afeminación de todo su ser, de aquella época en que se había creído muchacha, debían de permanecer en él, herirle para siempre en su virilidad.

Renata le llamaba "señorita", sin saber que seis meses antes, habría dicho la verdad. Parecía sobrado obediente, muy cariñoso, y hasta sentíase con frecuencia molestada con sus caricias. Tenía un modo de besar que abrasaba la piel; mas lo que a ella le embelesaba era su travesura; era agudo y travieso a más no poder, atrevido, hablaba ya de las mujeres con sus sonrisitas y hacía frente a las amigas de Renata, a la amable Adelina, que acababa de casarse con el señor de Espanet, y a la gruesa Susana, casada hacía muy poco con el gran industrial Haffner. A los catorce años concibió por ésta una gran pasión; tomó por confidente a su madrastra, lo que divertía a Renata en gran manera.

—Por mi parte, yo habría preferido a Adelina—le decía,—es más bonita.

—Tal vez—contestaba el galopín,—pero Susana es mucho más gruesa... Me gustan las mujeres hermosas... Si fueses tan amable, le hablarías en mi favor.

Renata se reía. Su muñeca, aquel gran pillete con ademanes de muchacha, le parecía inapreciable desde que estaba enamorado. Hubo una ocasión en que la señora de Haffner tuvo que defenderse con seriedad. Por lo demás, aquellas señoras daban alas a Máximo con sus ahogadas risas, con sus medias palabras y sus acfitudes de coquetas que adoptaban en presencia de aquel muchacho precoz. Entraba en aquello un tantito de relajación del todo aristocrática. Las tres, en su tumultuosa vida, encendidas por la pasión, se complacían en la

encantadora depravación del galopin, cual si se tratase de un excitante original y sin peligro que despertaba sus apetitos. Dejábanle tocar sus vestidos, rozar sus hombros con los dedos, cuando las seguía a la antecámara para ponerle sus salidas de baile; ellas se lo pasaban de mano en mano, riendo como locas, cuando les besaba las muñecas por el lado de las venas, en aquel sitio en que tan suave es el cutis; convertíanse después en maternales, enseñándole magistralmente el arte de ser galante y de gustar a las damas. Era para ellas un juguete, un hombrecito de mecanismo ingenioso, que besaba, que hacía la corte y que tenía los más seductores vicios del mundo, mas que quedaba siempre siendo un juguete, un hombrecillo de cartón a quien no se temía demasiado, pero lo suficiente, sin embargo, para sentir, bajo la presión de su infantil mano, dulcísimo estremecimiento.

Cuando se reanudaron las clases, Máximo concurre al liceo Bonaparte. Era aquel el liceo del mundo aristoerático, el que Aristides había de elegir para su hijo. El muchacho, por débil y frívolo que fuera, estaba dotado a la sazón de clara inteligencia; mas de todo se ocupó menos de los estudios clásicos. Fué, no obstante, un discípulo correcto que no descendió jamás a la bohemia de los miserables y que supo mantenerse entre los señoritos convenientes y bien trajeados, de quienes nada se habla. De su juventud no le quedó más que una verdadera religión por el tocado. París le abrió los ojos, hizo de él un guapo mozo, esmerado en vestir, con arreglo a las modas. Era el Brummel de su clase. Presentábase allí como en un salón, calzado con elegancia, ajustado el guante, con corbatas sin rival y con flamantes som-

breros. Por otra parte, encontrábanse allí como una veintena, formando una aristocracia, ofreciendo a la salida cigarros habanos en cigarrerías con cierres de oro y haciéndose llevar su paquete de libros por un criado con librea. Máximo había conseguido que su padre le comprara un tilbury y un caballo negro, que eran la admiración de sus compañeros. Guiábalo él en persona, llevando en el asiento de detrás un lacayo con los brazos cruzados, teniendo en las rodillas la gran carpeta del colegial, verdadera cartera de ministro, de piel color de castaña. Y demostraba con qué ligereza, con qué soltura y corrección de movimientos venía en diez minutos desde la calle de Rivoli a la del Havre, paraba en seco el caballo a la puerta de liceo y echaba la brida al lacayo, "Santiago, a las cuatro y media, ¿quedamos así? Los tenderos de la vecindad sentíanse embobados por la gracia de aquel rubito, a quien veían con regularidad llegar dos veces cada día y volverse a marchar en su coche. A la vuelta acompañábale a veces algún amigo, a quien dejaba en la puerta de su casa. Ambos jóvenes poníanse a fumar, miraban a las mujeres y salpicaban de lodo a los transeuntes, como si regresaran de las corridas. Pequeño y sorprendente mundo, empollado de fatuos y de imbéciles que pueden verse a diario en la calle del Havre, correctamente vestidos, con sus ridículas americanas, echarla de hombres ricos y gastados, mientras que la bohemia del liceo, los verdaderos estudiantes, llegan gritando y empujándose, golpeando el empedrado con sus gruesos zapatos y con sus libros colgados a la espalda al extremo de una correa.

Renata, que quería tomar por lo serio su papel de madre y de institutriz, estaba embelesada con su educando. No omitía nada — hay que

decirlo— para completar su educación. Atravesaba a la sazón momentos rebosantes de despecho y de lágrimas; un amante la había dejado, con gran escándalo, a la vista de todo París, para enredarse con la duquesa de Sternich. Soñó en que Máximo sería su consuelo, se envejecía, se ingeniaba para echárselas de maternal, y convirtiéndose en el mentor más original que imaginarse pudiera. A menudo el tilbury de Máximo se quedaba en casa, y era Renata, en su gran carretela, la que iba en busca del colegial. Ocultaba la cartera color marrón bajo la banquetta y se dirigían al Bosque, del todo nuevo entonces. Allí le daba sus lecciones de elegancia por todo lo alto, indicábale los nombres de todo el París imperial, repleto, feliz, en éxtasis todavía ante aquel golpe de varita mágica que cambiaban los hambrientos y los granujas de la víspera en señorones, en millonarios, resoplando y perdiendo el sentido bajo el peso de sus cajas de caudales. Pero el muchacho, sobre todo, le hacía preguntas acerca de las mujeres, y, como quiera que ella se mostraba muy libre con él, dábale detalles preciosos; la señora de Guende era estúpida, pero admirablemente formada; la condesa Vanska, riquísima, había cantado en las calles, antes de casarse con un polaco, que la zurraba de lo lindo, según se decía; en cuanto a la marquesa de Espanet y a Susana Haffner, eran inseparables, y, aunque eran sus amigas íntimas, Renata agregaba, mordiéndose los labios, como para no decir más, que acerca de ellas corrían por esos mundos las más sucias historias; la hermosa señora de Lauwerens era horriblemente comprometedora, pero tenía lindos ojos, y todo el mundo, en conclusión, sabía que por lo tocante a ella era de todo punto irrepachable, aunque mezclaba, al-

go más de la cuenta, a las intrigas de las pobres mujercitas que con ella se rozaban, tales como la señora de Daste, la señora de Teissière, la baronesa de Meinhold. Máximo quiso tener los retratos de aquellas damas; y llenó con ellos un álbum, que colocó en la mesa del salón. Para poner en apuros a su madrastra, con aquella relajada astucia que era el rasgo dominante de su carácter, preguntábale detalles acerca de las muchachas de airada vida, fingiendo que las tomaba por mujeres de la buena sociedad. Renata, moral y seria, le decía que eran espantables criaturas, de las que era preciso librarse con todo cuidado; después, perdiendo los memoriales, hablaba de ellas como de personas a quienes hubiese conocido íntimamente. Uno de los mayores regocijos del muchacho consistía en inducirla a que hablara de la duquesa de Sternich. Cada vez que en el Bosque su coche pasaba al lado del suyo, no dejaba de nombrar a la duquesa, con maligna solapa, con mirada de reojo, para probar que estaba al tanto de la última aventura de Renata. Esta con voz seca, destrozaba a su rival; ¡qué vieja se iba poniendo! ¡pobre mujer! se enjalbegaba y tenía amantes escondidos en todos los almaríos y habíase entregado a un chambelán, tan sólo por meterse en el lecho imperial. Y no daba reposo a la lengua, mientras que Máximo, para sacarla de tino, decía que encontraba a la señora de Sternich deliciosa. Lecciones semejantes desarrollaban por modo singular la inteligencia del estudiante, tanto más cuanto que la joven institutriz las repetía por doquiera, en el Bosque, en el teatro, en los salones. El discípulo resultó sobresaliente.

Lo que a Máximo entusiasmaba ante todo, era el vivir entre las faldas, entre los trapos,

entre los polvos de arroz de las mujeres. Continuaba teniendo siempre algo de muchacha, con sus afiladas manos, su rostro imberbe y su blanco y redondado cuello. Renata, con la mayor seriedad, le consultaba acerca de sus trajes y tocados. Estaba al tanto de todos los buenos modistos de París, juzgábalos a todos con una sola palabra, hablaba de la gracia de los sombreros de fulano, y de la lógica de los vestidos de zutano. A los diez y siete años no había una modista, a quien no hubiese estudiado profundamente, ni un zapatero, en cuyo corazón no hubiese llegado a penetrar. Aquel particular engendro, que, durante las clases de inglés, leía los prospectos que su perfumista le dirigía cada viernes, habría sostenido una brillante tesis en todo París mundano, comprendidos clientes y proveedores, en aquella edad en que los chicuelos de provincias no se atreven a mirar aún a su niñera a la cara. Cuando regresaba del liceo, llevaba con frecuencia en su tilbury un sombrero, una caja de jabón, una joya, encargados el día anterior por su madrastra. Sucedió que en los bolsillos llevaba siempre algún trozo de perfumado encaje.

Pero lo que resultaba más de su agrado, era el acompañar a Renata a casa del ilustre Worms, el sastre genial, ante el cual las reinas del segundo imperio se postraban de rodillas. El salón del grande hombre era inmenso, cuadrado, guarnecido con anchos divanes, en el que se entraba con emoción religiosa. Los trajes de las damas exhalan a ciencia cierta un perfume que las es peculiar; la seda, el raso, el terciopelo, las blondas, habían como casado sus ligeros aromas a los de las cabelleras y de los ambarinos hombros; y la atmósfera del salón conservaba aquella tibieza bien oliente, aquella fragancia de

la persona y del lujo que trocaba la habitación en una capilla consagrada a alguna secreta divinidad. Forzoso era a menudo que Renata y Máximo hiciesen antesala durante largas horas; veíanse allí una veintena de solicitantes, esperando su voz, remojando bizcochos en vasos de vino de Madera, merendando en la gran mesa del centro, en donde se veían botellas y platos con pastelillos. Aquellas señoras se hallaban en su casa, hablaban con toda libertad, y cuando se apelotonaban en torno a la habitación, habríaselas tenido por una blanca bandada de hijas de Lesbos posadas en los divanes de un salón parisiense. Máximo, a quien toleraban y a quien querían por su aspecto de niña, era el único hombre admitido en aquel cenáculo. Allí saboreaba goces celestiales; deslizábase a lo largo de los divanes como ágil culebra; encontrábasele bajo unas enaguas, tras de un corpiño, entre dos faldas, en donde se reducía a la más mínima expresión, manteniéndose muy quieto y respirando el perfumado calorcito de sus vecinas, con gestos de niño de coro en el acto de recibir al Señor.

—Por todo se mete este pequeñuelo—decía la baronesa de Meinhol, dándole golpecitos en las mejillas.

Tan endeble era su complexión, que aquellas señoras no lo tenían por de mucho más edad que de catorce años. Se divertían en achisparle con el Madera del ilustre Worms; y él las decía las cosas más estupendas que les hacían derramar lágrimas de tanto reír. Con todo eso, la marquesa de Espanet fué la que dió con la frase que pintaba al vivo la situación. Como una vez se descubriese a Máximo, en un ángulo de los divanes, detrás de su espalda:

—He aquí un muchacho que debería haber na-

cido niña—murmuró, al verle tan sonrosado, tan ruboroso, tan penetrado del bienestar que sentía al lado suyo.

Después, cuando el gran Worms recibía por último a Renata, Máximo penetraba con ella en el gabinete. Habíase permitido hablar en dos o tres ocasiones, mientras que el maestro se absorbía en el espectáculo que le proporcionaba su cliente, como los pontífices de lo bello quieren que Leonardo de Vinci lo hiciera delante de la Gioconda. El maestro se había dignado sonreír ante la exactitud de las observaciones de Máximo. Hacía colocar a Renata en pie delante de un espejo, que ocupaba desde el suelo hasta el techo, y se recogía, con fruncimiento de cejas, mientras que la joven, agitada, contenía el aliento, para no hacer movimiento alguno. Y, al cabo de unos minutos, el maestro, como dominado y subyugado por la inspiración, diseñaba, a grandes y bruscos rasgos, la obra maestra que acababa de concebir, y exclamaba en entrecortadas y secas frases:

—Vestido Montespán, con faya color de ceniza..., la parte de detrás dibujando los contornos; por delante una faldilla redondeada..., grandes lazos de raso gris realzando las caderas..., por último, delantal abullonado de tul gris perla; los bullones separados por cordones de raso gris.

Y volvía a meditar, como si descendiese a lo más hondo de su genio; y con gesto triunfante de pitonisa sobre el tripode, concluyó diciendo:

—Pondremos en los cabellos, sobre esta cabeza riente, la soñadora mariposa de Psychis con alas de cambiante azul.

Mas en otras ocasiones la inspiración se mostraba rehacia. En vano la evocaba el ilustre Worms, concentrando sus facultades inútilmen-

te. Daba tortura a las cejas, poníase livido, cogía con las manos su pobre cabeza, que movía con desesperación, y, vencido, arrojándose en un sillón murmuraba con plañidero acento:

—No, hoy no es posible... no es posible. Las señoras son indiscretas. El manantial se ha agotado.

Y despedía a Renata, repitiendo:

—Imposible, imposible, querida señora, ya volverá usted otro día... Esta mañana no puedo concebirla a usted.

La excelente educación que recibía Máximo ofreció su primer resultado. A los diez y siete años el muy granuja sedujo a la doncella de su madrastra y lo peor del caso fué que la doncella resultó en estado interesante. Fué preiso mandarla al campo con el fruto y constituirle una rentita. Renata se sintió horriblemente atormentada con aquel lance. Saccard tan sólo se ocupó en atender al lado pecuniario de la cuestión; pero la joven puso cual no digan dueñas a su educando. ¡Quería hacer de él un hombre distinguido, y comprometerse así con una muchacha de semejante estofa! ¡Vaya un modo de empezar más ridículo y más vergonzoso! ¡qué travesura tan inconcebible! ¡Si a lo menos se hubiese lanzado con alguna de aquellas damas!

—¡Pardiez! —contestó él con toda tranquilidad,—si tu buena amiga Susana hubiese querido, ella sería la que hubiese ido al campo.

—¡Oh! grandísimo picaro—murmuró ella desarmada y hasta alegre ante la idea de ver a Susana refugiarse en el campo con una renta de mil doscientos francos.

En seguida le acudió a la mente una idea todavía más chistosa, y olvidando su papel de madre irritada y lanzando carcajadas que parecía

querer contener, balbuceó, mirándole con el rabillo del ojo:

—Conque dime, ¿habría sido Adelina quien te habría seducido y quien habría meditado un escándalo?...

No concluyó y Máximo la acompañaba riendo. Tal fué la deliciosa caída que produjo la moral de Renata, en aquella aventura.

Entre tanto, Aristides Saccard no se inquietaba gran cosa de los dos niños, como llamaba a su hijo y a su segunda mujer. Dejábalos en absoluta libertad, considerándose dichoso al verlos tan buenos amigos, lo que llenaba la casa de ruidosa alegría. Singular habitación era aquella, situada en un primer piso de la calle de Rivoli. Las puertas todo el día en movimiento, y los criados hablaban en alta voz; el lujo nuevo y deslumbrador veíase atravesado a la continua por el ir y venir de faldas y volantes enormes, por procesiones de proveedores, por el gran desorden y batahola de las amigas de Renata, de los compañeros de Máximo y de los visitantes de Saccard. Este recibía, de nueve a once, la gente más extraña que uno puede imaginarse: senadores y pasantes de escribano, duquesas y vendedoras de tocados, toda la espuma que las tempestades de París lanzaba por la mañana a su puerta, trajes de seda, faldas sucias, todos a quienes acogía con el mismo tono del que tiene prisa, con los mismos ademanes nerviosos y de impaciencia. En dos palabras despachaba los negocios, resolvía veinte dificultades a un tiempo y daba las soluciones en un periquete. Diríase que aquel hombrecillo bullicioso, de estentórea voz, luchaba en su gabinete con los muebles, daba vuelcos y andaba a testaratazos en el techo con la cabeza, para hacer que brotaran las ideas, y caía siempre victorioso y de

pie. Luego, a las once, se echaba a la calle y no se le veía el pelo en todo el día; almorzaba fuera y hasta muy a menudo comía fuera también. Entonces, dicho se está, que la casa pertenecía a Renata y a Máximo. Apoderábanse del gabinete del padre; desataban las cajas de los proveedores y las telas quedaban sobre los respaldos de las sillas. A veces las personas serias tenían que esperar una hora a la puerta del gabinete, en tanto que el colegial y la joven discutían sobre un lazo de cinta, sentados a los dos extremos de la mesa escritorio de Saccard. Renata mandaba enganchar diez veces al día. Era una rareza que comiesen juntos; de los tres, dos de ellos corrían, se olvidaban de todo y no volvían hasta media noche. Casa de bullicio, de negocios y de placeres, en donde la vida moderna, con su ruido de oro contante y sonante y con sus trajes magullados, se abría paso como un huracán.

Aristides Saccard había dado al fin con su ambiente. Habíase revelado como gran especulador, gran fabricante de millones. Tras del golpe maestro de la calle de la Pépinière, lanzóse atrevidamente a la lucha que empezaba a sembrar a París de vergonzosos despojos y de fulgurantes triunfos. En un principio jugó a golpe seguro, repitiendo su primer éxito, comprando inmuebles que sabía estaban amenazados con la piqueta, y valiéndose de sus amistades para obtener crecidas indemnizaciones. Hubo un instante en que tuvo cinco o seis casas, aquellas casas que por tan extraña manera consideró en otro tiempo, cual si fuesen amistades suyas, cuando no era sino un simple agente inspector. Mas aquello no era sino la infancia del arte; cuando hubo sacado el jugo a los arrendamientos, maquinado con los inquilinos,

robado al Estado y a los particulares, la astucia no había de ser cosa mayor; pensaba que la cosa no merecía la pena. Así fué que no tardó en poner su genio al servicio de tareas más complicadas.

Saccard empezó por inventar el juego de las compras de inmuebles bajo mano, por cuenta del Municipio. Una disposición del Consejo de Estado creaba a éste una situación difícil. Había comprado amigablemente un gran número de casas, en la espera de acabar con los arrendamientos y despedir a los inquilinos sin indemnización alguna. Pero aquellas adquisiciones fueron consideradas como verdaderas expropiaciones, y no tuvo más remedio que pagar. Entonces fué cuando Saccard se ofreció a ser el testaferro del Municipio; compraba, se aprovechaba de los arrendamientos, y, mediante un alboroque, entregaba la finca en el momento convenido. Y hasta llegó a jugar por partida doble; compraba para el Municipio y para el prefecto. Cuando el negocio era sobrado tentador, escamoteaba la casa, y el Estado pagaba. Recomendaban sus complacencias, otorgándole trozos de calle, en crucijadas en proyecto, de que él hacía retrocesión aun antes de que se hubiese dado comienzo a la nueva vía. Era aquel un juego feroz; jugábase con los barrios para edificar como se juega con un título de renta. Ciertas damas, preciosas jóvenes, amigas íntimas de altos funcionarios, eran de la partida; una de ellas, cuyos blancos dientes han adquirido celebridad, llegó a currusquear en más de cuatro ocasiones calles enteras. Saccard sentía cada día más hambre, sus deseos se agigantaban al ver aquel chorro de oro que se le deslizaba en las manos. Parecíale que un mar de monedas de veinte francos se extendía a su alrededor, que de lago se

convertía en océano, que henchía el inmenso horizonte con extraño rumor de olas, con metálica música que le cosquilleaba el corazón; y, cual nadador más atrevido cada día, se arriesgaba, sumergiéndose, volviendo a flote tan pronto de espaldas, tan pronto boca abajo, atravesando aquella inmensidad, lo mismo en tiempos bonancibles que en los tempestuosos, contando con sus fuerzas y con su destreza para no irse nunca al fondo.

París hundíase entonces bajo una nube de yeso. Los tiempos anunciados por Saccard, en los cerros de Montmartre, habían llegado. Cortábase la ciudad a sablazos, y él tenía parte en todos los cortes, en todas las heridas. Tenía escombros que le pertenecían en las cuatro partes de la ciudad. En la calle de Roma vióse mezclado en aquella estupenda historia del agujero que una compañía abrió para transportar cinco o seis mil metros cúbicos de tierra y hacer crear en trabajos gigantescos, y que en seguida se tuvo que tapar, llevando la tierra de Saint Ouen, cuando quebró la compañía. El sacó la conciencia limpia y los bolsillos repletos merced a su hermano Eugenio, que se tomó el trabajo de intervenir. En Chaillot ayudó a desmontar el cerro y a rellenar con él una hondonada, para hacer pasar el bulevar que va desde el Arco de Triunfo al puente de Alma. Por el lado de Passy, él fué quien concibió la idea de echar los desmontes del Trocadero sobre la meseta, de modo que la tierra buena se encuentra hoy día a dos metros de profundidad, y que hasta la hierba se obstina en no apuntar entre aquellos pedregales. Habríasele encontrado en veinte sitios a la vez, en todos los parajes en que aparecía algún obstáculo insuperable, en un montón de materiales procedentes de derri-

bo, y con el cual no se sabía qué hacer, en un terraplén que no se podía realizar, en grandes montones de tierra y de argamasa en que la prisa febril de los ingenieros se impacientaba, que él registraba con sus propias uñas y en los que siempre concluía por encontrar alguna prima o alguna operación de las suyas. En el mismo día corría desde los trabajos del Arco de Triunfo a los del bulevar Saint-Michel, desde los desmontes del bulevar Malesherbes a los terraplenes de Chaillot, llevando consigo un ejército de obreros, de alguaciles, de accionistas, de babiecas y de pícaros.

Pero su más pura gloria se cifraba en el Crédito vitícola, que había fundado con Toutin-Laroche. Este aparecía ser el director oficial; Aristides no figuraba sino como miembro del consejo de vigilancia. Eugenio, en aquella circunstancia, había prestado buena ayuda a su hermano. Gracias a él, el gobierno autorizó la compañía y la vigiló con extremada benevolencia. En una delicada circunstancia, como un periódico mal pensado se permitiese poner en solfa una operación de la compañía, el *Monitor* llegó hasta a publicar una nota prohibiendo toda discusión acerca de una compañía tan respetable que el Estado se dignaba patrocinar. El Crédito vitícola se basaba en un excelente sistema mercantil: prestaba a los cultivadores la mitad del precio de estimación de sus bienes, garantizaba el préstamo mediante una hipoteca y cobraba de los prestatarios los intereses aumentados por una cuenta de amortización. No se ofreció jamás mecanismo más digno ni más puesto en razón. Eugenio había significado a su hermano, con cierta sonrisa, que las Tullerías demandaban honradez. El señor Toutin-Laroche interpretó tal deseo dejando funcionar tranqui-

lamente la máquina de los préstamos a los cultivadores, estableciendo al lado una casa de banca que atraía a su seno los capitales y que pagaba febrilmente, lanzándose a toda clase de aventuras. Merced al formidable impulso que el director le comunicó, el Crédito vitícola gozó en breve de una reputación de solidez y prosperidad a toda prueba. Al principio, para lanzar de golpe a la Bolsa una masa de acciones recién cortadas de las matrices y darles la apariencia de que ya habían circulado mucho, Saccard tuvo la feliz ocurrencia de hacerlas pisotear y golpear, durante toda una noche, por los mozos de las oficinas, armados de escobas de abedul. Habriase tomado aquello por una sucursal del Banco. El hotel, ocupado por las oficinas, con sus patios llenos de coches, sus severos enverjados, su ancha escalinata y su escalera monumental, sus hileras de suntuosos gabinetes, su ejército de empleados y de criados con librea, parecía ser el templo grave y digno del dinero; y nada impresionaba al público con emoción más religiosa, que el santuario, que la Caja, a la que conducía un corredor de desnudez sagrada y en donde se distinguía el gran cofre de hierro, el dios, como acurrucado y pegado a la pared, rechoncho y durmiente, con sus tres cerraduras, sus gruesos flancos y su aspecto de divino bruto.

Saccard charlateó un gran negocio con el Municipio. Este, empeñado, aplastado con sus deudas, arrastrado por aquella danza de millones que había puesto en movimiento para complacer al emperador y llenar ciertos bolsillos, hallábase reducido a disfrazados préstamos, no queriendo confesar sus ardientes fiebres, su locura de la piqueta y del sillar. Acababa de crear entonces lo que llamaba bonos de delegación,

verdaderas letras de cambio a larga fecha, para pagar a los contratistas el mismo día de la firma de los contratos, y permitirles por tal modo levantar fondos con la negociación de las letras. El Crédito vitícola había aceptado sin repugnancia aquel papel de mano de los contratistas. El día en que el Municipio se vió falto de dinero, Saccard fué a tentarle. Se le adelantó una cantidad considerable sobre una emisión de bonos de delegación, que el señor Toutin-Laroche juró tener en su poder de las compañías concesionarias y que había lanzado a todos los afluentes de la especulación. El crédito vitícola resultaba para en adelante invulnerable. Tenía a París cogido por el cuello. El director no hablaba ya sino con cierta sonrisa de la famosa Sociedad general de los puertos de Marruecos; continuaba sin embargo viviendo siempre y los periódicos seguían celebrando con regularidad las grandes estaciones comerciales. Un día en que el señor Toutin-Laroche invitó a Saccard para que tomase acciones de aquella Sociedad, éste se le rió en las barbas, preguntándole si le tenía por tan estúpido que fuese a colocar su dinero en la "Compañía general de las *Mil y una Noches*".

Hasta entonces Saccard había jugado con fortuna, a golpe seguro, trampeando, vendiéndose, beneficiando en los mercados y obteniendo ganancia, por pequeña que fuese, de cada una de sus operaciones. Pronto aquel agiotaje no le fué suficiente, tuvo a menos el andar espigando, el recoger el oro que los Toutin-Laroche y los barón Gouraud derramaban tras ellos, y metió los brazos en el saco hasta los hombros. Asocióse con los Mignón, Charrier y Compañía, aquellos famosos contratistas a la sazón en sus comienzos, y que debían de realizar fortunas colosales. El Ayuntamiento se había ya resuelto a no

ejecutar por sí mismo los trabajos, a ceder los bulevares a precio fijado. Las compañías concesionarias se comprometían a entregarle una indemnización convenida; hasta hubo casos en que dieron la vía por nada; veíanse pagadas con creces con los terrenos de los lados, que retenían y que valuaban con un sobreprecio considerable. La fiebre de especulación sobre los terrenos, la furiosa alza sobre los inmuebles datan de aquella época. Saccard, por medio de los suyos, obtuvo la concesión de tres trozos de bulevar. Se constituyó en el alma candente y un tanto traviesa de la asociación. Los señores Mignon y Charrier, sus creaciones en los comienzos, eran grandes y astutos compadres, maestros albañiles que valían tanto como valía el dinero. Reíanse para sus adentros ante los trenes de Saccard; generalmente no dejaban sus blusas, no se negaban a prestar ayuda a un obrero y volvían a su casa llenos de yeso. Ambos eran de Langres. Llevaban a aquel París ardiente e insaciable su prudencia de champañeses, su cerebro tranquilo, poco franco, poco inteligible, pero aptísimo para aprovechar ocasiones de llenarse los bolsillos en paz con gozar más adelante. Si Saccard impulsó el negocio, lo animó con su ardor, con sus furiosos apetitos, los señores Mignon y Carrier, con su tiento y cautela, su administración rutinaria y mezquina, impidieronle veinte veces el caer de cabeza en sus sorprendentes proyectos. Nunca consintieron en montar soberbias oficinas, el hotel que él quería edificar para dejar turulato a París. Negáronse también a entrar en las especulaciones secundarias que cada mañana brotaban de su cabeza, como construcción de salas para conciertos, inmensas casas de baños, en los terrenos limítrofes, ferrocarriles, siguiendo la línea de los nuevos bule-

vares; galerías acristaladas que duplicaran el valor de las tiendas y que permitieran circular por París sin mojarse. Los contratistas, para cortar por lo sano aquellos proyectos que les ponían los pelos de punta, determinaron que los terrenos adyacentes serían repartidos entre los tres asociados, y que cada uno de ellos hiciese lo que mejor le viniera en talante. Los contratistas continuaron vendiendo con toda prudencia sus lotes, y Aristides hizo edificar. Ardía el cerebro: con toda formalidad habría propuesto poner a París bajo una inmensa campana, para convertirlo en invernadero y cultivar las piñas y las cañas de azúcar.

Como no tardase en poseer inmensos capitales, pronto tuvo ocho casas en los nuevos bulevares: cuatro de ellas hallábanse terminadas por completo, dos en la calle de Marignan y dos en el bulevar Haussmann; las otras cuatro, situadas en el bulevar de Malesherbes, estaban en construcción, y una de ellas, vasto cercado de tablas, en donde había de alzarse un magnífico hotel, tan sólo tenía levantada la base del primer piso. En aquella época, sus negocios se complicaron por tal modo, eran tantos los hilos prendidos a cada uno de sus dedos, tantos intereses tenía que vigilar y tantos polichinelas que mover, que apenas dormía tres horas por la noche y hasta tenía que leer su correspondencia en el carruaje. Lo maravilloso era que su caja parecía inagotable. Era accionista de todas las sociedades, edificaba con una especie de furor, se metía en todos los negocios, amenazaba con inundar a París como creciente marea, sin que se le viese jamás realizar un beneficio del todo limpio, ni embolsarse una gran suma que resplandeciese a la luz del sol. Aquel río de oro, sin manantiales conocidos, que parecía salir a olea-

das de su gabinete, dejaba con la boca abierta a los papanatas, e hizo de él, en un momento dado, el hombre en evidencia, a quien los periódicos dedicaban los mayores elogios bursátiles.

Con semejante marido, Renata resultaba tan poco casada como era posible. Pasaba semanas enteras sin verle casi. Por lo demás, Saccard procedía con toda corrección; tenía abierta su caja a manos llenas. En el fondo la quería como banquero obsequioso y servicial. Cuando Renata iba al hotel Béraud, hacía grandes elogios de él ante su padre, a quien la fortuna de su yerno dejaba sereno y frío. El desprecio de ella había desaparecido; hallábase aquel hombre tan convencido de que la vida no es más que un negocio, era tan evidente que había venido al mundo para hacer dinero de cuanto le venía a las manos, ya fuese mujeres, niños, empedrados, sacos de yeso, conciencias... que no le era posible echarle en cara el negocio de su casamiento. Desde entonces mirábala un si es no es como una de aquellas hermosas casas que le hacían honor y de las que confiaba obtener pingües beneficios. Gustábale verla bien trajeada, alborotada y haciendo perder el seso a todo París: aquello le daba importancia y duplicaba la cantidad probable de su fortuna. Por su mujer era hermoso, joven, enamorado, calavera; era para él una asociada, una cómplice sin que de ello se diera cuenta. Un nuevo tren, un traje de dos mil escudos, una complacencia para con algún amante, facilitaron, decidieron más de una vez sus más afortunados negocios. Con frecuencia también, dándose por agobiado, la enviaba a casa de algún ministro, a casa de un funcionario cualquiera, para solicitar una autorización o recibir una respuesta. Y la decía: "¡sé juiciosa!"

en tono suyo peculiar, a un tiempo burlón y zalamero. Y cuando volvía, habiendo conseguido lo que deseaba, restregábase las manos y repetía su famoso "¡Fuiste juiciosa!". Renata se reía. Saccard era sobrado diligente para desear una señora Michelin. Gustábanle tan sólo las chanzas de color subido, las hipótesis escabrosas. Por lo demás, si Renata "no hubiese sido juiciosa", habría sentido tan sólo el despecho de haber en realidad pagado la complacencia del ministro o del funcionario. Chasquear a las gentes, darles menos de lo que les correspondía con arreglo a su dinero, era una delicia. Decía a menudo: "Si yo fuese mujer, tal vez me vendería, mas no entregaría nunca la mercancía; sería el colmo de la estupidez".

Aquella loca de Renata, que se había aparecido en una noche en el cielo parisino como la excéntrica hada de las voluptuosidades mundanas, era la menos analizable de las mujeres. A haberse educado en el hogar, habría embotado sin duda por medio de la religión o por cualquier otra satisfacción nerviosa, los agujones de los deseos, cuyas picaduras la enloquecían a cada instante. No escuchando más que a su razón, sentíase burguesa; contaba con una honradez absoluta, con un amor a las cosas lógicas, un temor al cielo y al infierno, y una enorme dosis de preocupaciones; parecíase en esto a su padre, a aquella raza serena y prudente, en que florecían las virtudes del hogar. Y no obstante, en aquella naturaleza era donde germinaban, tomaban cuerpo las prodigiosas fantasías, las curiosidades sin cesar renacientes, los deseos que no pueden ser confesados. En el convento de las Damas de la Visitación, en libertad, vagando su espíritu en las místicas voluptuosidades de la capilla y en las carnales amistades de

sus amiguitas, habíase formado una educación fantástica, aprendiendo el vicio, incluyendo en él la franca condición de su carácter, desconcertando su joven cerebro, hasta el extremo de confundir por modo extraño a su confesor, al revelarle que un día, durante la misa, acometióle el loco deseo de levantarse para ir a darle un beso. Y en seguida se daba golpes de pecho y palidecía ante la idea del diablo y de sus calderas. La falta que ocasionó más adelante su matrimonio con Saccard, aquella violación brutal que soportó con una especie de atemorizada expectación, la llevó acto seguido a despreciarse y entró por mucho en el abandono de toda su vida. Pensó que ya no tenía que luchar contra el mal, que el mal estaba en ella, que la lógica la autorizaba a llegar hasta el fondo de la mala ciencia, y que todavía era curiosidad antes que un apetito. Lanzada en la sociedad del segundo imperio, abandonada a sus imaginaciones, rebosante de dinero, incitada en sus más alborotadas excentricidades, entregóse a ellas, lo deploró, y consiguió por último dar al traste con su expirante honradez, siempre agujoneada, siempre impelida hacia adelante por necesidad insaciable de saber y de sentir.

Por lo demás, no se hallaba sino en la página de siempre. Hablaba de la mejor gana, a media voz y con risitas, de los extraordinarios casos de tierna amistad de Susana Haffner y de Adelina de Espanet, del delicado oficio de la señora de Lauwerens y de los besos a precio fijo de la condesa de Vanska; mas todas aquellas cosas las miraba aún de lejos, con la vaga idea de saborearlas quizás; y aquel deseo indeterminado que se le ofrecía en las malas horas, daban mayor cuerpo aun a aquella ansiedad turbulenta, a la azorada indagación de un goce único,

exquisito, en que haría presa ella sola. Sus primeros amantes no la habían depravado; tres veces se había creído pasto de una gran pasión; el amor estallaba en su cabeza como un petardo, cuyas chispas no llegaban al corazón. Volvíase loca por espacio de un mes y se exhibía con su caro amante por todo París; y luego, una mañana, en medio del alboroto de su ternura, sentía un silencio abrumador, un vacío inmenso. El primero, el joven duque de Rozan, apenas fué un rayo de sol pasajero; Renata, que en él se había fijado por su dulzura y por su ademán irreprochable, le encontró en conversación absolutamente nulo, insípido, fastidioso. Mister Simpson, agregado a la embajada americana, que sucedió a aquél, por poco le pega, y a esta circunstancia debió que durase más de un año su amistad. Después acogió al conde de Chibray, edecán del emperador, hermoso joven, vanidoso, que empezaba a pesarle por modo singular, desde que la duquesa de Sternich tuvo la ocurrencia de enamorarse de él y de tomárselo; entonces derramó lágrimas e hizo saber a sus amigas que su corazón quedaba hecho trizas y que no volvería a querer. Y de este modo llegó el señor de Mussy, el ser más insignificante del mundo, joven que iba haciendo sus adelantos en la diplomacia, dirigiendo el cotillón con gracia particular; aunque supo darse cuenta del por qué se había entregado a él, y lo conservó largo tiempo, dominada por la pereza, disgustada con un individuo a quien se sondea en un abrir y cerrar de ojos, en la espera, para tomarse el trabajo de un cambio, de que se tope con una aventura extraordinaria. A los veintiocho años estaba ya horriblemente cansada. El tedio le parecía tanto más insoportable, cuanto que sus virtudes burguesas se aprovechaban de las horas en que se

aburría para quejarse e inquietarle. Cerraba la puerta; tenía atroces jaquecas. Después, cuando volvía a abrirla, era para dar salida a una oleada de seda y de encajes que se alejaba con gran bullicio, a una criatura envuelta en lujo y alegría, sin una inquietud, sin el menor rubor en la frente.

En su vida insubstancial y mundana, había tenido sin embargo su novela. Un día, allá a la hora del crepúsculo, cuando hubo salido a pie para ir a ver a su padre, a quien no gustaba oír a su puerta ruido de carruajes, se dió cuenta, al regreso, en el muelle de San Pablo, que iba seguida por un joven. Hacía calor, y finalizaba el día con amorosa dulzura. Renata, a quien tan sólo se seguía a caballo, en las avenidas del Bosque, encontró la aventura curiosa y se sintió halagada como con un nuevo homenaje, un tanto brutal, pero cuya grosería misma la lisonjeaba. En vez de entrar en su casa, tomó por la calle del Temple, paseando a su galán todo a lo largo de los bulevares. No obstante, el hombre cobró alas y se mostró tan apremiante, que Renata, un tanto sobrecogida y perdiendo la cabeza, siguió por la calle del Faubourg-Poissonnière y se refugió en la tienda de la hermana de su marido. El hombre entró detrás de ella. Madama Sidonia se sonrió, pareció comprender y los dejó solos. Y como Renata se propusiese seguirle, el desconocido la contuvo, le habló con tan emocionada galantería, que se atrajo el perdón. Tratábase de un empleado llamado Jorge, cuyo apellido no le preguntó ella jamás. Vino a verle dos veces; entraba por el almacén y él llegaba por la calle Papillon. Aquel amor contradizo, hallado y aceptado en la calle, constituyó uno de sus placeres más señalados. En él pensó siempre,

con cierto bochorno, pero con singular sonrisa de añoranza. Gracias a aquella aventura, Madama Sidonia consiguió al fin y al cabo ser cómplice de la segunda mujer de su hermano, papel que ambicionaba desde el primer día del casamiento.

Aquella pobre madama Sidonia se había equivocado de medio a medio. Al propio tiempo que su consternación no tuvo límites, cuando después de haber dejado un mes al matrimonio para que se instalase, comprendió que llegaba demasiado tarde al distinguir a la señora de Lauwerens triunfante en medio del salón. Era ésta una hermosa mujer de veintiséis años, que tenía por oficio el lanzar a las recién llegadas. Pertenece a una antiquísima familia, estaba casada con un hombre de alta banca, que tenía el mal gusto de no querer pagar las cuentas de modistas ni de sastres. La señora, persona de superior inteligencia, hacíase con dinero, y se atendía a sí misma. Tenía horror a los hombres, a lo que decía; pero los proporcionaba a todas sus amigas; siempre tenía una parroquia completa en la habitación que ocupaba, calle de Provenza, encima de las oficinas de su consorte. Dábanse allí pequeños pisolabis, y las personas se tropezaban del modo más imprevisto y encantador. No resultaba perjuicio alguno para una joven el ir a ver a su querida señora de Lauwerens, y tanto peor si la casualidad llevaba allí hombres, por lo demás muy respetuosos y de la mejor sociedad. La señora de la casa resultaba irresistible con sus grandes peinadores de encaje. Con frecuencia un visitante la habría elegido con preferencia, entre su colección de rubias y de morenas. Pero la crónica juraba y perjuraba que su prudencia era absoluta. Allí estaba el secreto de todo el ne-

gocio. Conservaba su elevada posición en el mundo, tenía por amigos a todos los hombres, mantenía su orgullo de mujer honrada y saboreaba una secreta alegría haciendo caer a las demás y en obtener provecho de sus caídas. Así que madama Sidonia se hubo dado cuenta del mecanismo de la nueva invención, se sintió laceradísima. Era la suya la escuela clásica, representada por la mujer de traje negro y raído, llevando cartitas amorosas en el fondo de su cesto, puesta en parangón con la escuela moderna, de la gran señora que vende a sus amigas en su retrete tomando una taza de té. La escuela moderna triunfó. La señora de Lauwerens dirigió una fría mirada al tocado deslucido de madama Sidonia, en la que olfateó una rival. Y de su mano fué de quien Renata recibió su primer fastidio, el joven duque de Rozán, a quien la hermosa financiera colocaba con dificultad. La escuela clásica no salió vencedora sino más adelante, cuando madama Sidonia prestó su entresuelo al capricho de su cuñada para el desconocido del muelle de Saint-Paul. Desde entonces quedó siendo su confidente.

Pero uno de los fieles y adictos de madama Sidonia fué Máximo. Desde los quince años iba a dejarse caer en casa de su tía, oliendo los guantes olvidados que encontraba sobre los muebles. Madama Sidonia, que sentía verdadera enemiga por las situaciones francas y que nunca confesaba sus complacencias, acabó por facilitarle la llave de su habitación, ciertos días, diciendo que permanecería hasta el día siguiente en el campo. Máximo hablaba de amigos que quería recibir y que no era osado a llevar a casa de su padre. En el entresuelo de la calle del Faubourg-Poissonnière fué en donde pasó muchas noches con aquella pobre muchacha que tuvo que ser

mandada al campo. Madama Sidonia prestaba dinero a su sobrino, se volvía loca con él, murmurando con melosa voz que "no tenía ni un pelo en la cara y que era sonrosado como un Amor".

Entre tanto Máximo había crecido. Era ya a la sazón un jovenzuelo delgado y bonito, que había conservado rosadas las mejillas y sus azules ojos de niño. Sus rizados cabellos acababan de darle aquel aspecto "de niña" que encantaba a las damas. Tenía semejanza con la pobre Angela, la dulzura de su mirada y su rubicunda palidez; mas no valía siquiera lo que aquella pobre mujer, indolente y nula. La raza de los Rougón se afinaba en él, haciéndose delicada y viciosa. Nacido de una madre demasiado joven, aportaba una mezcla singular, cruzada y como diseminada, por los furiosos apetitos de su padre y por los abandonos y las molicias de su madre... resultaba un producto defectuoso, en que los defectos de los padres se completaban y se empeoraban. Aquella familia vivía sobrado de prisa; moriase ya en aquella criatura débil, en la que el sexo había debido de titubear, y que no era una voluntad ardiente para la ganancia y para los goces como Saccard, sino una indignidad abonada para comerse las fortunas hechas; extraño hermafrodita, llegado oportunamente a una sociedad que se podría. Cuando Máximo iba al Bosque, con la cintura apretada como una mujer, contorneándose suavemente en la silla, en la que le mecía el ligero galope de su caballo, era el dios de aquella época, con sus caderas desarrolladas, sus largas y delgadas manos, su aspecto enfermizo y picaresco, su correcta elegancia y su jerga de los teatros de infima clase. A los veinte años sentíase ya muy por encima de todas las sorpresas y de todas las

repugnancias. En realidad había soñado con las suciedades menos en uso. La relajación en él no era un abismo, como lo es para ciertos viejos, sino una florescencia natural y externa; ondulaba en sus rubios cabellos, sonreíale en los labios y vestíala con sus propios vestidos. Pero lo que era en él más característico, era en especial los ojos, dos agujeros azules, claros y sonrientes, espejos de coquetas tras de los cuales se percibía todo el vacío del cerebro. Aquellos ojos de muchacha en venta no se bajaban nunca; avizoraban el placer, el placer sin fatiga, que se llama y que se recibe.

El eterno vendabal que entraba en las habitaciones de la calle de Rivoli y que hacía golpear las puertas, sopló con más violencia a medida que Máximo fué creciendo, que Saccard dió mayor extensión al círculo de sus operaciones y que Renata empleó mayor fiebre en busca de cualquier desconocido goce. Aquellos tres seres acabaron por llevar una asombrosa existencia de libertad y de locura. Fué aquel el fruto maduro y prodigioso de una época. La calle parecía subir a la casa, con su rodar de coches, con el roce de codos de gente desconocida y con su lenguaje licencioso. El padre, la madrastra y el hijo, hablaban, obraban y se ponían a sus anchas, como si todos y cada uno de ellos se hubiesen hallado solos, viviendo en plena soltería. Tres camaradas, tres estudiantes, ocupando juntos la misma habitación amueblada, no habrían dispuesto de aquella casa con mayor libertad para instalar sus vicios, sus amores, sus ruidosos goces de grandes galopines. Aceptábanse con apretones de manos, sin que pareciesen sospechar los motivos que les reunían bajo el mismo techo, tratándose cortésmente, con toda alegría, colocándose por tal modo unos

y otros en una independencia absoluta. La idea de familia había sido substituida para ellos por una especie de comandita, en que los beneficios son distribuidos por partes iguales; todos llamaban a sí su parte de goce, y tácitamente se había convenido en que cada uno se comería su parte como mejor le viniese en talante. Llegaron a disfrutar de sus regocijos los unos delante de los otros, a ostentarlos, a referirlos, sin despertar más que un poco de envidia y de curiosidad.

Entonces era Máximo quien instruía a Renata. Cuando iba con ella al Bosque referíale acerca de ciertas muchachas historias que la divertía sobremanera. No podían presentarse a orillas del lago una nueva advenediza, sin que él se pusiese en busca de informes precisos acerca del nombre de su amante, la renta que le había señalado y de la manera que ella vivía. Tenía noticias de las interioridades de aquellas damas, sabía detalles íntimos, era un verdadero catálogo viviente, en que todas las muchachas de alegre vida de París se hallaban numeradas, con muy completas noticias referentes a cada una de por sí. Aquella gaceta escandalosa hacía las delicias de Renata. En Longchamp, los días de carreras, cuando pasaba en su carretela, escuchaba con todo interés, conservando siempre su dignidad de mujer del gran mundo, el modo y manera con que Blanca Muller engañaba a su agregado de embajada con su peluquero; o cómo el baroncito había encontrado al conde en calzoncillos en la alcoba de una celebridad muy delgada, de cabellos rubios, a la que llamaban el *Cangrejo*. Cada día se descolgaba con un nuevo chisme. Cuando la historia era por demás verde, Máximo bajaba la voz, pero llegaba hasta el final. Renata abría desmesurados ojos de niño

a quien se cuenta un chistoso lance, contenía sus risas y luego las ahogaba en su pañuelo bordado, que llevaba con delicadeza a los labios.

Máximo llevaba asimismo las fotografías de aquellas señoras. Tenía retratos de actrices en todos los bolsillos y hasta en la petaca. A veces se los quitaba de encima y ponía a tales damas en el álbum que andaba por los muebles del salón y que contenía ya retratos de amigas de Renata. Veíanse allí también fotografías de hombres, los señores de Rozán, Simpson, de Chibray, de Mussy, así como de actores, escritores, diputados, que habían venido, ignorándose cómo, a aumentar la colección. Sociedad en singular revoltijo, imagen de la mezcla de ideas y de personajes que atravesaban la vida de Renata y de Máximo. Cuando llovía, cuando se aburría la gente, proporcionaba aquel álbum gran materia de conversación. Acababa siempre por ir a parar a manos de Renata, quien lo abría bostezando, por la centésima vez quizás. Luego la curiosidad se despertaba y entonces el joven iba a acodarse detrás de ella. Aquí entonces de las interminables discusiones sobre la cabellera del *Cangrejo*, sobre la corbata de la señora de Meinhold, los ojos de la señora de Lauwerens, la ganganta de Blanca Muller, la nariz de la marquesa, que era un tanto torcida, la boca de la pequeña Silvia, célebre por sus labios demasiado duros. Y comparaban a todas aquellas damas unas con otras.

—Yo, a ser hombre —decía Renata,—escogería a Adelina.

—Eso es porque no conoces a Silvia—contestaba Máximo...—¡Es de lo más gracioso!... Por mi parte, prefiero a Silvia.

Y se volvían las hojas; a veces aparecía el du-

que de Rozán, o el señor Simpson, o el conde de Chibray, y agregaba en són de mofa:

—Por lo demás, tú tienes pervertido el gusto, eso ya se sabe. ¿Puede darse cosa de mayor estupidéz que las caras de estos señores? Rozán y Chibray se parecen a Gustavo, mi peluquero.

Renata se encogió de hombros, como para decir que la ironía no la alcanzaba. Y proseguía abstrayéndose con el espectáculo de los rostros pálidos, sonrientes o malhumorados que contenía el álbum; en los retratos de las muchachas se detenía por más tiempo, estudiaba con curiosidad los detalles exactos y microscópicos de las fotografías, las arruguitas, los pelillos. Un día hasta se hizo traer un lente de gran fuerza, por haber creído notar un pelo en la nariz del *Cangrejo*. Y efectivamente, la lente señaló una hebra de oro que se había escapado en las cejas y que había bajado hasta la mitad de la nariz. Aquel pelo la regocijó durante mucho tiempo. Por toda una semana, las señoras que se presentaron tuvieron que asegurarse por sí mismas de la presencia del pelillo. Desde entonces la lente fué empleada en espurgar los rostros de las mujeres. Renata hizo descubrimientos maravillosos; dió con arrugas desconocidas, cutis bastos, hoyos mal cubiertos por los polvos de arroz. Y máximo acabó por esconder la lente, declarando que no había para disgustarse de tal modo con el rostro humano. La verdad era que Renata sometía a un examen sobrado riguroso los gruesos labios de Silvia, hacia la cual sentía él una afición particular.

Vinieron a inventar un nuevo juego, planteando la siguiente pregunta: “¿Con quién pasaría yo de buena gana una noche?” Y abrían el álbum, que estaba encargado de la contestación. Esto daba lugar a emparejamientos muy diver-

tidos. Las amigas lo jugaron muchas noches. Renata se vió sucesivamente casada con el arzobispo de París, con el barón Gouraud, con el señor de Chibray, lo que hizo reír mucho a su marido, poniéndola de mal humor. Por lo que tocaba a Máximo, ya fuese casualidad, ya malicia de Renata que abría el álbum, siempre venía a caer con la marquesa. Pero nunca se reía tanto como cuando la suerte emparejaba dos mujeres o dos hombres juntos.

El compañerismo de Renata y de Máximo llegó a tal punto, que ella llegó a contarle las penas de su corazón. El la consolaba y le daba consejos. Su padre parecía como si no existiese. Después vinieron a hacerse confidencias tocante a su juventud. Durante sus paseos al Bosque era sobre todo cuando sentían una vaga languidez, una necesidad de referirse cosas difíciles de decir y que no se cuentan. Aquella alegría que experimentaban los muchachos al hablar en voz baja de las cosas prohibidas, aquel atractivo que ofrece, tanto para un joven como para una muchacha, el resbalar juntos al pecado, si quiera sea de palabra inducibles sin cesar a los asuntos escabrosos. Gozaban intensamente de una voluptuosidad que no se echaban en cara, que saboreaban, muellemente, retrepados en ambos rincones del carruaje como compañeros que hacen memoria de las primeras escapatorias del colegio. Acabaron por convertirse en fanfarrones de malas costumbres. Renata confesó que en el convento las pequeñuelas eran desenvueltas a carta cabal. Máximo llegó aún más lejos y se atrevió a referir algunos de los actos vergonzosos del colegio de Plassans.

—¡Ah! lo que es yo, no puedo decir...—murmuraba Renata.

Y luego se inclinaba a su oído, como si tan

sólo el rumor de su voz la hiciese ruborizar, y le contaba una de esas historias de convento que se contienen en las canciones licenciosas. En cuanto a él, poseía una colección más que rica de anécdotas de aquella clase, para no quedarse atrás. Canturreábale al oído los más crudos "couplets", y, poco a poco, caían en un estado de beatitud particular, mecidos por todas aquellas ideas carnales que removían, halagados por extraños deseos que no se llegaban a formular. La carretela rodaba suavemente, y regresaban con deliciosa fatiga, más extenuados que a la mañana siguiente de una noche de amor. Habían hecho el mal, como dos muchachos que corren por los senderos sin queridas y que se satisfacen con sus recuerdos mutuos.

Una familiaridad, un abandono mayor todavía, existían entre el padre y el hijo. Saccard había comprendido que un gran hombre de negocios debe querer a las mujeres y hacer algunas locuras por ellas. Su amor era brutal, prefería el dinero; pero entró en su programa el ir recorriendo alcobas, el ir sembrando los billetes de banco en ciertas chimeneas y exhibir de vez en cuando una muchacha célebre, como dorada enseña para sus especulaciones. Cuando Máximo hubo salido del colegio, encontráronse en casa de las mismas damas, y se echaron a reír. Hasta llegaron a ser un poquitín rivales. A veces, cuando el joven comía en la Maison-d'Or con algunos amigos alborotadores, oía la voz de Saccard en algún gabinete contiguo.

—¡Calle! es papá que está aquí al lado — exclamaban con la mueca que copiaba de los actores en boga.

E iba a llamar a la puerta del gabinete, curioso por ver la conquista de su padre.

—¡Ah! eres tú — decía en tono placentero. — Entra, pues. Promovéis tal escándalo, que no se puede ni comer. ¿Con quién estás ahí?

—Pues ahí están Laura de Aurigny, Silvia, el Cangrejo y dos más, según parece. Están admirables: meten los dedos en los platos y nos arrojan puñados de ensalada a la cabeza. Tengo el traje lleno de aceite.

El padre se reía; encontraba aquello muy chistoso.

—¡Ah, jóvenes, jóvenes! — murmuraba. — No lo hacéis como nosotros, ¿no es así, gatita mía? Hemos comido con toda tranquilidad, y ahora nos vamos a hacer nona.

Y cogía la barbilla a la mujer que tenía al lado; y arrullaba con su gangueo provenzal, lo que producía una extravagante música amorosa.

—¡Oh, viejo canario! — exclamaba la mujer. — Buenos días, Máximo. Preciso es que yo le quiera a usted mucho — ¿estamos? — para consentir en cenar con el granuja de su padre de usted... No se le ve a usted ya. Venga pasado mañana temprano... No, con formalidad, tengo algo que decir a usted.

Saccard daba fin a un helado o a una fruta, a bocaditos, con toda beatitud. Besaba el hombro de la dama y decía lleno de gozo:

—Ya lo sabéis, amigos míos, si os molesto, tomo el portante. Ya avisaréis cuando se pueda entrar.

Después se llevaba a la dama, o a veces iba con ella a formar parte de la algazara del salón vecino. Máximo y él besaban los mismos hombros; sus manos se encontraban alrededor de los mismos talles. Llamábanse a los divanes y se referían en voz alta las confidencias que las mujeres les hacían al oído. Y llevaban su inti-

midad al extremo de conspirar juntos para arrebatarse a la reunión la rubia o la morena que cada uno de ellos había elegido.

Eran muy conocidos en Mabilie. Allí acudían cogidos del brazo, tras de alguna comida por todo lo alto, dando la vuelta al jardín, saludando a las mujeres y dirigiéndoles palabritas de paso. Reíanse en alta voz, sin soltarse del brazo, prestándose ayuda en caso necesario en las conversaciones demasiado vivas. El padre, muy ducho en este particular, discutía con gran ventaja los amores del hijo. A veces tomaban asiento y bebían con un enjambre de muchachas. Luego cambiaban de mesa y volvían a sus paseos. Y hasta la media noche se les veía, unidos siempre los brazos a lo compinches, persiguiendo las faldas, a lo largo de las amarillas avenidas, o a la viva luz de los mecheros de gas.

Cuando volvían a casa, siempre llevaban de afuera, en sus trajes, algo de las muchachas que dejaban. Sus acanallados ademanes el dejo de ciertas palabras atrevidas y sus gestos de gente baja y ruin, llenaban las habitaciones de la calle de Rivoli con las emanaciones de alcoba sospechosa. El modo muelle y de abandono con que el padre daba la mano al hijo, bastaba por sí sólo para decir de dónde venían. En aquel ambiente era donde Renata respiraba sus caprichos, sus ansiedades sensuales. Burlábase de ellos nerviosamente.

—¿De dónde venis?—les preguntaba.—Oléis a pipa y a almizcle... Es seguro que me va a entrar la jaqueca.

Y aquel particular olor, en efecto, la aturdió extraordinariamente. Era el constante perfume de tal especial hogar doméstico.

En esto Máximo, concibió una gran pasión por la pequeña Silvia. Durante muchos meses

sacó de quicio a su madrastra con aquella muchacha. Renata no tardó en conocerla de un extremo a otro, desde la planta de los pies hasta la punta de los cabellos. Tenía una señal azulada en la cadera; nada más seductor que sus rodillas; los hombros tenían la particularidad de que tan sólo el izquierdo se hallaba señalado por un hoyuelo. Máximo empleaba cierta malicia, ocupando sus paseos en hablar de las perfecciones de su querida. Una tarde, al regreso del Bosque, las carretelas de Renata y de Silvia, venidas a un atolladero, tuvieron que detenerse, una al lado de la otra, en los Campos Eliseos. Ambas mujeres se miraron con viva curiosidad, mientras que Máximo, embebecido con tan crítica situación, hurlábase para sus adentros. Así que el coche volvió a emprender la marcha, como su madrastra guardase un sombrío silencio, creyó que se ponía de morros y vió venir una de esas escenas maternas, una de esas extravagantes reprimendas con que desfogaba a veces sus zangarrianas.

—¿Conoces por ventura al joyero de esa dama?—le preguntó de súbito, en el instante en que llegaban a la plaza de la Concordia.

—¡Ah! sí—contestó sonriendo;—le debo diez mi francos... ¿Por qué me preguntas eso?

—Por nada.

—Después, al cabo de nuevo silencio:

—Llevaba un lindísimo brazaletes, el de la mano izquierda... Habría querido verle de cerca.

Entraron en casa, y nada más dijo sobre el particular. No hubo más sino que el día siguiente, en el instante en que Máximo y su padre iban a salir juntos, llamó aparte al joven y le habló en voz muy queda, con ademán embarazoso y con graciosa sonrisa, que pedía misericordia. El pareció sorprendido y se fué riéndose de mal-

talante. Por la noche llevó el brazaletes de Silvia, que su madrastra le había suplicado que se lo dejase ver.

—Aquí lo tienes—le dijo.—Por ti se haría uno hasta ladrón, querida mamá.

—¿No te ha visto tomarlo?—preguntó Renata, que examinaba con avidez la joya.

—No lo creo... Se lo puso ayer, por lo que seguramente no se lo querrá poner hoy.

Entretanto la joven se había acercado a la ventana. Habíase puesto el brazaletes. Tenía levantado un poco el puño, dándole vuelta con lentitud, como hechizada y repitiendo:

—¡Oh! es muy bonito, muy bonito... sólo que las esmeraldas no me gustan gran cosa.

En aquel instante entró Saccard, y como Renata siguiese con el brazo levantado, a la blanca luz de la ventana:

—¡Calle!—exclamó lleno de admiración,—¡es el brazaletes de Silvia!

—¿Conoces esa joya?—le preguntó más turbada que él, y sin saber qué hacer del brazo.

El se puso sobre sí, y amenazó a su hijo con el dedo, murmurando:

—¡Este granuja tiene siempre el fruto prohibido en los bolsillos!... Un día de estos será capaz de traernos el brazo de la dama con el brazaletes.

—¡Eh! no ha sido cosa mía—contestó Máximo con socarrona malignidad.—Ha sido Renata quien ha querido verlo.

—¡Ah!—se contentó con exclamar el marido. Y miró a su vez la joya, repitiendo como su mujer:

—Es muy bonito, muy bonito.

Luego se fué con toda tranquilidad, y Renata riñó a Máximo por haberla vendido de aquella manera. Mas él le dió la seguridad de que su pa-

dre se guaseaba con todo aquello. Entonces Renata le devolvió el brazaletes, agregando:

—Pasarás por casa del joyero y me encargarás uno enteramente igual; sólo que en vez de las esmeraldas, quiero que ponga zafiros.

Saccard no podía conservar por mucho tiempo a su vera cosa o persona alguna, sin que quisiese venderla o sacar de ella algún provecho. No tenía su hijo todavía veinte años, cuando ya se propuso utilizarlo. Un lindo muchacho, sobrino de un ministro, hijo de un gran banquero, debía prestarse a una buena colocación. Era todavía bastante joven, mas se podría siempre buscarle una mujer y una dote, en paz con dar largas al casamiento, o con precipitarlo, según fuesen los apuros de dinero en la casa. Tuvo buena mano. En el consejo de vigilancia, de que formaba parte, se tropezó con un guapo y buen sujeto, el señor Mareuil, a quien, al cabo de dos días, supo hacerse suyo. El señor de Mareuil era un antiguo refinador del Havre, llamado Bonnet. Después de haber acopiado una gran fortuna, habíase casado con una jovencita noble, también muy rica, que andaba en busca de un imbecil de buena apariencia. Bonnet obtuvo el derecho de tomar el nombre de su mujer, lo que constituyó para él una primera satisfacción de orgullo; pero su matrimonio le había transmitido una ambición loca, soñando en recompensar a Elena por su nobleza con la adquisición de un encumbrada posición política. Desde entonces, contribuyó con su dinero a la publicación de los nuevos periódicos, compró en la comarca del Nièvre grandes propiedades y se preparó por todos los medios conocidos una candidatura en el cuerpo legislativo. Hasta entonces había naufragado, mas sin perder un ápice de su solemnidad. Era el cerebro más increíblemente vacío

que se pudiese encontrar. Tenía una corpulencia soberbia, con el semblante blanco y pensativo de un gran hombre de Estado; y, como quiera que escuchase siempre por modo maravilloso, con profundas miradas y con majestuosa serenidad en el rostro, podíasele creer entregado a un prodigioso trabajo interno de comprensión y de deducción. Era seguro que maldito lo que pensaba. Mas esto no era óbice para que llegase a estudiar a las personas que no se daban ya cuenta de si tenían que habérselas con un hombre o con un imbécil. El señor de Maréuil se acogió a Saccard como a su tabla de salvación. Tenía noticia de que una candidatura oficial iba a quedar vacante en el Nièvre, y bebía los vientos para que el ministro le designara; era aquélla la última baza de un juego. Por lo tanto se entregó atado de pies y manos al hermano del ministro. Saccard, que olfateó un buen negocio, le imbuyó la idea del matrimonio de su hija Luisa con Máximo. El otro se explayó con efusión, creyó haber dado el primero en aquella idea del enlace, y se consideró dichoso en gran manera al entrar en la familia de un ministro y de dar a Luisa un joven que parecía contar con las más halagüeñas esperanzas.

Luisa contaría — decía su padre — con un millón de dote. Contrahecha, fea, pero encantadora, veíase condenada a morir joven; una enfermedad de pecho la minaba sordamente, le comunicaba una alegría nerviosa, una gracia que respiraba cariño. Las niñas enfermas envejecen pronto y se hacen mujeres antes de la edad. Hallábase dotada de una ingenuidad sensual y parecía haber venido al mundo a los quince años, en plena pubertad. Cuando su padre, aquel coloso robusto y negado, la miraba, se resistía a creer que fuese hija suya. Su madre fué tam-

bién toda su vida una mujer alta y robusta; pero acerca de ella corrían varias historias que explicaban lo desmirriado de aquella niña, sus ademanes de bohemia millonaria, su fealdad de viciosa al par que encantadora. Decíase que Elena de Mareuil había muerto en el desenfreno más vergonzoso. Los placeres la habían carcomido como una úlcera, sin que su marido se percatara de la locura lúcida de su mujer, a la cual debería haber encerrado en una casa de curación. Llevada en un regazo enfermo, Luisa había salido con la sangre pobre, con los miembros desviados, atacado el cerebro y con la memoria ya henchida de vida deshonestas. A veces creía confusamente hacer memoria de una existencia anterior, veía desarrollarse, en vaga sombra, escenas extravagantes, hombres y mujeres se abrazaban y besaban, todo un drama carnal en que se complacían sus curiosidades de niña. Era su madre la que hablaba en ella. Su puerilidad continuaba aquella relajación. Conforme iba creciendo, nada le admiraba, acordábase de todo, o, mejor dicho, todo lo sabía; le gustaba y sentía placer entregándose a todo lo prohibido; después pasaba temporadas sumida a la más dulce pereza y su pobre cuerpo seguía consumiéndose; después despertaba del letargo y en su cabecita de mujercita volvía a anidar fantasías prohibidas. Aquella singular chicuela, cuyos malos instintos la halagaban, pero que contaban además con una desvergüenza inocente, con una curiosa mezcla de puerilidad y de atrevimiento, en aquella segunda vida en la que renacía virgen con su ciencia y su vergüenza de mujer formada... debía de concluir por ser del agrado de Máximo y parecerle hasta más aguda y graciosa que la misma Silvia, corazón de usurero, hija

de un honrado almacenista de papel y horriblemente burguesa en el fondo.

El matrimonio fué concertado entre risas, y se convino en que se dejase crecer a los "galonines". Ambas familias vivían en la más estrecha amistad. El señor de Mareuil impulsaba su candidatura. Saccard atisbaba su presa. Convinose en que Máximo pondría en la canastilla de boda su nombramiento de auditor en el consejo de Estado.

En esto la fortuna de Saccard parecía llegar a su apogeo. Resplandecía en pleno París como alegre y gigantesca iluminación. Era aquélla la hora en que el reparto del repugnante festín llenaba parte del bosque con el ladrido de los perros, con el restallar de los látigos, con el resplandor de las antorchas. Los desordenados apetitos diéronse por último por satisfechos, en la impudicia del triunfo, al ruido de los barrios demolidos y de las fortunas improvisadas en seis meses. La ciudad era tan sólo una colosal orgía de millones y de mujeres. El vicio, venido de arriba, corría por los arroyos, se ostentaba en los estanques, subía en los surtidores de agua de los jardines, para caer a su vez sobre las techumbres en fina y penetrante lluvia. Y en la noche, cuando se pasaban los puentes, parecía que el Sena arrastraba, en medio de la ciudad entregada al sueño, las basuras, las migajas caídas de la mesa, lazos de encajes dejados en los divanes, cabelleras olvidadas en los carruajes, billetes de Banco deslizados en los corpiños, todo cuanto la brutalidad del deseo y la satisfacción inmediata del instinto, arrojan a la calle, después de haberlo roto y ensuciado. Entonces, en el calenturiento soñar de París, y, mejor aún que en su jadeante cuestación del claro día, sentíase el desquiciamiento cerebral, la pesadilla

dorada y voluptuosa de una ciudad enloquecida con su oro y con su propia carne. Los violines sonaban hasta media noche, después las ventanas apagaban sus luces y las sombras descendían a la ciudad. Era aquello como una alcoba colosal, en donde se habría apagado la última bujía y extinguido el último pudor. En el fondo de las tinieblas tan sólo se sentía un gran estertor de amor furioso y desfallecido; en tanto que las Tullerías, a la orilla del agua, extendían sus brazos en la obscuridad, como en estrecho y enorme abrazo.

Saccard acababa de mandarse edificar su hotel del parque Monceaux, en terreno robado a la ciudad. Habíase reservado, en el primer piso, un soberbio gabinete, de palisandro y oro, con elevadas vitrinas de biblioteca, llenas de legajos, y en las que no se veía tan siquiera un libro; la caja, empotrada en la pared, se abría cual si fuese una alcoba de hierro, lo sobrado grande para acostar en ella los amores de mil millones. Su fortuna allí florecía y se ostentaba insolentemente. Todo parecía resultarle a pedir de boca. Cuando dejó su vivienda de la calle de Rivoli, dando mayor vuelo al tren de su casa, doblando el gasto, habló a sus familiares de ganancias considerables. Con arreglo a lo que él decía, su asociación con los señores Mignon y Charrier le producían fabulosos beneficios; sus especulaciones sobre los inmuebles resultaban mejor todavía; en cuanto al Crédito vitícola, venía a ser una vaca de leche inagotable. Tenía un modo de enumerar sus riquezas, que aturdió a los oyentes, sin dejarles que viesan claro. Su gangueo de provenzal aumentaba; con sus frases cortas y sus nerviosos ademanes, arrancaba fuegos de artificio, en que los millones subían en ramillete, acabando por deslum-

brar a los más incrédulos. Aquella turbulenta mimica de hombre rico, entraba, por gran parte, en la reputación de jugador afortunado que había adquirido. En realidad de verdad, nadie había que le conociese un capital limpio y sólido. Los diferentes asociados, que por fuerza se hallaban al corriente de su situación para con ellos, se explicaban su colosal fortuna creyendo en su prosperidad absoluta en las demás especulaciones, esto es, en aquellas de que no tenían noticia. Gastaba el dinero sin ton ni son; el chorrear de su caja proseguía, sin que los manantiales de aquel río de oro se hubiesen descubierto aún. Era aquello denuncia pura, la hidrofobia del dinero, puñados de luises arrojados por las ventanas, la caja vaciada todas las tardes hasta el último sueldo y vuelta a llenar durante la noche sin saber de qué manera, y no suministrando jamás fuertes cantidades sino cuando Saccard salía con que había perdido las llaves.

En aquella fortuna, que tenía los rumores y los desbordamientos de un torrente invernal, la dote de Renata se hallaba comprometida, arrastrada, anegada. La joven, desconfiando en los primeros días y queriendo administrar sus bienes por sí misma, no tardó en cansarse de los negocios; después sintióse pobre en parangón con su marido, y, agobiada por las deudas, tuvo que acudir a él, pedirle dinero prestado y ponerse a su discreción. A cada nueva factura, que él pagaba con sonrisa de hombre bondadoso que disculpa las debilidades humanas, Renata se entregaba un poco más, le confiaba títulos de renta y le autorizaba para que enajenara esto o lo otro. Cuando fueron a habitar el hotel del parque de Monceaux encontrábase ya casi por completo despojada. El se había substituído al

Estado y pagábale la renta de los cien mil francos procedentes de la casa de la calle de la Pépinière; por otra parte, le había hecho vender la finca del Sologne para colocar el dinero en un gran negocio, un empleo soberbio, según él decía. Por lo tanto, ya no tenía en sus manos sino los terrenos de Charonne, que se obstinaba en no enajenar por no entristecer a la excelente tía Isabel. Y aun tocante a este asunto, preparaba Saccard un golpe ingenioso con ayuda de su antiguo cómplice Larsonneau. Por lo demás, ella continuaba siendo agradecida; si había dispuesto de su fortuna, pagábale cinco o seis veces los intereses. La renta de los cien mil francos, unida al producto del dinero del Sologne, ascendía a penas a nueve o diez mil francos, justamente lo preciso para pagar a su abastecedora de ropa blanca y a su zapatero. Dábale, o daba por ella, quince o veinte veces aquella miseria. Saccard habría trabajado ocho días para robarle cien francos, y sin embargo, la sostenía como a una reina. Así era que, como todo el mundo, profesaba gran respeto a la caja monumental de su marido, sin meterse a penetrar en él ningún fundamento de aquel río de oro que pasase a su vista y en el que se zambullía cada mañana.

En el parque de Monceau allí fué la crisis loca, el triunfo fulgurante. Los Saccard doblaron el número de sus carruajes y de sus trenes, se proveyeron de un ejército de criados que vistieron con gran librea azul, calzón corto de castaña y chaleco con rayas negras y amarillas, colores un tanto severos que el banquero había elegido para echárselas de hombre serio, pues esto constituía uno de sus más acariciados sueños. Desplegaron su lujo en las habitaciones de la fachada y descorrían las cortinas en los días

de grandes festines. El vendabal de la vida contemporánea que había hecho golpear las puertas del primer piso de la calle de Rivoli, habíase convertido aquel hotel en un verdadero huracán, que amenazaba cargar hasta con los tabiques. En medio de aquellas regias habitaciones, a lo largo de los dorados pasamanos, en las alfombras de sedosa lana, en aquel palacio de hadas de advenedizo, el olor de Mabelle se esparcía, los descocados movimientos de caderas en los bailes de moda se agitaban, toda la época pasaba con su risa loca y bestial, con su hambre eterna y su eterna sed. Era la sospechosa casa del placer mundano, del placer impúdico que ensanchaba las ventanas para poner al transeunte en la confidencia de las alcobas. Marido y mujer vivían allí libremente, a la vista de sus criados. Habíanse dividido la casa, y acampaban, como si aquel no fuese su hogar, como lanzados, al finalizar un viaje tumultuoso y turbulento, en cualquier suntuoso hotel amueblado, en donde sólo se habían tomado el tiempo preciso para abrir sus cofres, para correr más de prisa en busca de los placeres de una ciudad nueva. Pasaban la noche en el hotel, no permaneciendo allí sino en los días de grandes banquetes, impelidos por incesante carrera a través de París, volviendo a veces sólo una hora, como se entra en un cuarto de posada, entre dos excursiones. Renata se sentía allí más inquieta, más nerviosa; sus faldas de seda se deslizaban como con silbidos de culebra sobre las mullidas alfombras, a lo largo del raso de los confidentes; sentíase irritada contra los estúpidos dorados que la rodeaban, contra aquellos elevados techos en donde tan sólo quedaban, después de noches de festín, las risotadas de los jóvenes estúpidos y las sentencias de los viejos granujas;

habría querido, para llenar todo aquel lujo, para habitar aquel deslumbrador centelleo, una diversión suprema, que en vano su curiosidad buscaba por todos los ámbitos del hotel, en el saloncito color de sol, en la estufa de vegetación exuberante. Saccard, por su parte, tocaba a la realización de sus ensueños; recibía a la alta banca, el señor Toutin-Laroche, al señor de Lawerens; recibía también a los grandes políticos, al barón Bouraud, al diputado Haffner; hasta su hermano, el ministro se había dignado asistir dos o tres veces para consolidar su situación con su presencia. No obstante, así como a su mujer, asaltábanle ansiedades nerviosas, una inquietud que prestaba a su reír extraños sonidos de vidrios rotos. Hacíase tan atolondrado, tan impetuoso, que sus amigos decían de él: "¡El demonio de Saccard! ¡gana demasiado dinero, se volverá loco!" En 1860 habíasele condecorado a consecuencia de un misterioso servicio que había prestado al prefecto, sirviendo de testaferra a una dama, para la venta de terrenos.

En la época de su instalación en el parque Monceaux fué cuando se realizó un acontecimiento en la vida de Renata que le produjo una impresión imperecedera. Hasta allí, el ministro se había resistido a las súplicas de su cuñada, ardía en deseos de ser invitada a los bailes de la corte. Consintió por último, creyendo la fortuna de su hermano definitivamente asentada. Renata no durmió por espacio de un mes. Llegó la noche del gran sarao, y ella, en extremo temblorosa, se encontraba en el coche que la llevaba a las Tullerías.

Llevaba un traje que era un prodigio de gracia y de originalidad, un verdadero descubrimiento que había ideado en una noche de insomnio y que tres obreros de Worms había ido a ejecu-

tar a su casa, a su vista. Consistía en una falda sencilla de gasa blanca, pero guarnecida de multitud de volantitos recortados y ribeteados con un cordoncito de terciopelo negro. El corpiño, también de terciopelo negro, era de escote cuadrado muy por debajo de la garganta, guarnecido por una finísima blonda apenas de un dedo de ancha; no llevaba ni una flor, ni el menor lazo; en las muñecas ostentaba brazaletes sin la menor cinceladura, y, en la cabeza, una estrecha diadema de oro, consistente en un arco liso; rodeábale la cabeza como un nimbo.

Cuando se encontró en los salones y luego que su marido se hubo apartado de ella para unirse al barón Gourand, experimentó un instante de turbación; pero los espejos, en que se veía encantadora, la tranquilizaron pronto; y acostumbábase al ardoroso ambiente, al murmullo de las voces, a aquella barahunda de trajes negros y de hombres blancos, cuando se presentó el emperador. Atravesaba lentamente el salón, del brazo de un general grueso y de pequeña estatura, que resoplaba como si hubiese tenido una digestión laboriosa. Los blancos hombros se colocaron en dos hileras, mientras que los trajes negros retrocedieron un paso, instintivamente, en actitud discreta. Renata se halló impelida al extremo de la fila de los hombros, cerca de la segunda puerta, aquella a que el emperador se dirigía con paso tardo y vacilante. Vióle por tal modo dirigirse hacia ella, desde una puerta a la otra.

Vestía de frac, con la banda colorada del gran cordón. Renata, dominada por la emoción, distinguía mal los objetos, y aquella mancha sangrienta parecía salpicar todo el pecho del príncipe. Encontróle pequeño, con las piernas demasiado cortas y con la cadera flexible; mas sen-

tiase maravillada, hasta el punto de parecerle hermoso, con su rostro descolorido y macilento, y con los aplomados párpados que caían sobre los apagados ojos. Bajo el bigote su boca se abría como perezosamente, mientras que su nariz era lo único que aparecía huesoso en toda su fisonomía disipada.

El emperador y el anciano general continuaban adelantando a paso menudo, pareciendo sostenerse mutuamente con languidez y sonriendo con vaguedad. Miraban a las damas inclinadas ante ellos, y sus ojos, dirigidos a derecha e izquierda, se deslizaban entre los escotes. El general se inclinaba, decía alguna palabra al amo y le apretaba el brazo con ademán de alegre compañero. El emperador, indolente y como disimulado, más descolorido aún que de costumbre, continuaba adelantando con su tardo andar.

Hallábanse en medio del salón, cuando Renata sintió que sus miradas se fijaban en ella. El general la miraba con tanto ojo abierto, mientras que el emperador, medio alzando los párpados despedía inciertos fulgores en la incolora perplejidad de sus desvanecidos ojos. Renata, aturrullada, bajó la cabeza, se inclinó y ya no vió otra cosa que los rosetones de la alfombra. Pero seguía la sombra de ambos personajes, y comprendió que se detenían unos segundos delante de ella. Creyó oír al emperador, a aquel soñador equívoco, que murmuraba, al mirarla envuelta en su falda de muselina estriada de terciopelo:

—Vea usted, general, una flor sin coger, un misterioso clavel con corola blanca y negra.

Y el general contestó con voz más brutal:

—Señor, ese clavel sentaría que es un primor en nuestros ojales.

Renata alzó la cabeza. La aparición había des-

aparecido, y una oleada de personas se amontonaba en la puerta. A partir de aquella velada, fué con frecuencia a las Tullerías, y hasta tuvo el honor de ser cumplimentada en voz alta por Su Majestad y de hacerse un poco amiga; mas acudiale siempre a la memoria el andar lento y pasado del príncipe en mitad del salón, entre las dos hileras de hombros, y, siempre que saboreaba algún nuevo goce por la creciente fortuna de su marido, volvía a ver al emperador dominando las inclinadas gargantas, dirigiéndose a ella y comparándola con un clavel, que el viejo general le aconsejaba poner en su ojal. Aquella nota era para ella la más aguda de su vida.

FIN DEL TOMO PRIMERO

PUBLICACIONES DE LA CASA

HISTORIA UNIVERSAL	43 tomos
CÉSAR CANTÚ	
HISTORIA NATURAL	24 tomos
K. ZIMMERMANN	
HISTORIA DE LA REVOLUCION FRANCESA.....	12 tomos
A. THIERS	
DICCIONARIO FILOSOFICO...	2 tomos
VOLTAIRE	

Obras de EMILIO ZOLA
15 títulos

—AVENTURAS DE DETECTIVES—
SHERLOCK HOLMES, NICK CARTER, JIM-NAY,
KING BRADY, ENIGMAS Y NOVELA MAESTRA

BIBLIOTECA PRÁCTICA

MANUALES DE CONOCIMIENTOS ÚTILES

Para ser su propio médico.
Para conquistar las mujeres.
Para decir la buenaventura.
Para ser actor.
Para ser magnetizador.
Para ser ventrílocuo.
Para ser mágico.
Para hacer máquinas eléctricas.
Para ser buen jugador.
Para ser detective.

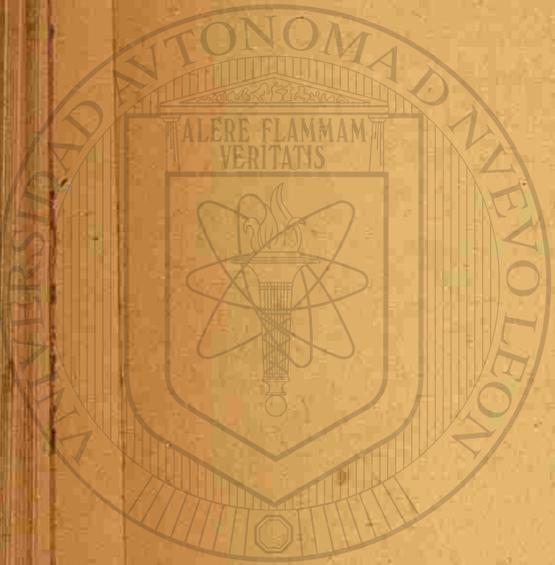
BIBLIOTECA SELECTA

Colección de 90 títulos
DE LOS MEJORES AUTORES

La llave del hipnotismo.
Nuevas teorías de hipnotismo.
Hipnotismo teatral.
Hipnotismo y Sugestión.
Magnetismo personal.

CUENTOS INFANTILES
GRAN SURTIDO

— PIDANSE CATALOGOS GRATIS —



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

